

EL IDOLO VIVIENTE

NOTA MAXWELL GRANT



*Colección
Hombres*

'AUDACES'

3

PTAS

Tc

www.todocoleccion.net

El ídolo viviente

Maxwell Grant
La Sombra/46

CAPÍTULO I

SOMBRAS DE CHINATOWN

DESCENDÍAN sobre Manhattan las brumas de la noche. El estruendo de un tren “elevado” se perdió entre la niebla, mientras un hombre solitario descendía por las escalerillas de hierro de la estación.

Al llegar a la calle se detuvo al pie de los peldaños para encender un cigarrillo, que colocó en una boquilla de aros de oro.

El resplandor del fósforo reveló un rastro astuto y cetrino, coronado por pobladas cejas nejas que indicaban el color de sus cabellos. Tras arrojar el fósforo al suelo, el individuo caminó junto al “elevado” braceando garbosamente.

Había en su porte algo de militar combinado con cierto aire de despreocupación. Su manera de andar echados hacia atrás los hombros y bien erguido, le hacía aparecer más alto de lo que realmente era.

Se le acercó un mendigo y le pidió unos céntimos para una taza de café. La respuesta que recibió fue una brusca negativa, que le hizo alejarse apresuradamente, refunfuñando.

El paseante ahogó una risa, dio unas chupadas a su cigarrillo y torció por una estrecha callejuela. Esta estaba solamente iluminada por unas cuantas lámparas, pero al desembocar en otra calle, el paseante se encontró dentro de una zona de resplandor que fue aumentando a medida que avanzaba.

Al doblar la esquina, el individuo se vio transportado a otro escenario que contrastaba vivamente con las sórdidas callejuelas que acababa de abandonar.

El paseante iba aproximándose al Barrio Chino de Nueva York. Ciudad dentro de otra ciudad, este extraño distrito tenía todo el

aspecto de una metrópoli oriental en miniatura.

La flotante neblina envolvía como en rojo resplandor las puertas y ventanas iluminadas. La tortuosa calle conducía a una zona brillantemente alumbrada, que podía haber pasado muy bien por un trozo del viejo Shanghai.

Rostros amarillos atisbaban desde las tiendas. Los ociosos apostados en las esquinas no podían ocultar su origen chino, a pesar de sus trajes americanos.

Una sonrisa de complacencia animó los labios del paseante.

El individuo del pálido rostro parecía encontrar un interés familiar en cuanto le rodeaba. Su escrutadora mirada observó los rostros solemnes de los celestes. Sin dejar de fumar su cigarrillo, iba estudiando las expresiones de aquellas caras amarillas que parecían copias mil veces repetidas.

El paseante se detenía de vez en cuando para coger al vuelo algunas palabras; luego continuaba avanzando hacia el corazón del Barrio Chino.

Llegó al cruce de las calles Mott y Pell, el centro del distrito. Allí su mirada recorrió la escena, mientras sus manos ensartaban un nuevo cigarrillo en la boquilla de ámbar.

El desconocido levantó los ojos hacia un balcón iluminado que correspondía a uno de los establecimientos más acreditados del Barrio Chino. Su mirada se posó luego sobre los muchos rostros amarillos que pasaban por su lado.

Avanzaron dos chinos enzarzados en una animada discusión en voz baja.

El hombre del rostro pálido los observó con extraña atención. Y echó a andar detrás de ellos cuando se alejaron.

Los orientales, vestidos a la americana, no se dieron cuenta de que el hombre los seguía. Entraron en una calle estrecha. El individuo del pálido rostro se detuvo para encender otro cigarrillo; luego volvió a echar a andar.

La nueva calle no era más que un sombrío callejón bordeado por negros muros rotos de trecho en trecho por los oscuros huecos de las tiendas.

Una sola luz adosada a la pared, indicaba que había un pequeño restaurante unos metros más arriba. A él se dirigían evidentemente los chinos que iban conversando.

Tan interesado estaba el individuo del rostro pálido, que no dedicaba la menor atención a nada que no fuesen los hombres que caminaban delante.

No se dio cuenta, por ejemplo, de que alguien marchaba en la misma dirección, pero por el otro lado de la calle. Esto, no obstante, no tenía nada de extraño, pues apenas era visible el nuevo personaje.

Una sombra alta y movable que tenía forma humana; un fantasma de la noche... esto era todo lo que revelaba la presencia del que seguía una dirección paralela a los dos chinos y a su vez seguidor.

Más aparente, ciertamente, que la forma que la producía, era la larga y grotesca sombra que se movía a lo largo de la acera opuesta.

Era como una vaga silueta que se mantenía al nivel de los chinos y del individuo que los seguía; tal era la principal característica del ser desconocido que acababa de entrar en la extraña escena.

Los chinos se detuvieron bajo la luz y penetraron en el restaurante. Este se componía de una habitación de regular tamaño con una docena de mesas.

A aquella hora estaba desierto. Los chinos ocuparon una mesa a un lado de la habitación.

Unos minutos después entró el individuo del rostro pálido. Miró a su alrededor, con un aire de quien ha hecho un descubrimiento interesante.

Luego se sentó a una mesa desocupada.

Uno de los chinos lanzó una mirada al recién llegado, luego se puso a hablar con su compañero. Su observación-hecha en chino-fue que debía de tratarse de algún americano curioso que hacía una excursión por Chinatown.

Se acercó un camarero, llevando tazones de comida, que colocó ante los clientes chinos. Por lo visto, éstos eran concurrentes asiduos al establecimiento. Cuando el camarero se aproximó al americano éste le habló con cierto sonsonete extraño.

—¿*Chop suey*? —preguntó—. ¿Sirven aquí *Chop suey*? Tráigame una ración en seguida.

Uno de los chinos volvió a hablar en su lengua nativa. Y repitió que aquel americano era indudablemente un curioso, ya que el *Chop suey* era el plato favorito de los que no estaban acostumbrados a las

delicadezas chinas.

Y aquel restaurante lo servía únicamente a los forasteros como aquél.

Para la mayoría de los occidentales, los rostros chinos son inexpresivos.

Pero para el individuo pálido, sentado en aquel apartado restaurante, no había duda de que los celestes comensales habían ido allí a conversar en privado. Desde que los encontró en el cruce de Mott y Pell había observado que rehuían a la gente.

Hablaban ahora con libertad, pero el hombre que los escuchaba entendía perfectamente su jerga. Fingiendo ser un curioso casual, los espiaba sin perder detalle.

Por su conversación se enteró de que eran comerciantes del Barrio Chino; y mientras manipulaba torpemente los palillos en su tazón de comida, esperaba pacientemente a que cambiase el tema de la discusión.

Los chinos no le dedicaron la menor atención. Él, por su parte, parecía completamente ocupado con su *chop suey*. De aquí que ni los que hablaban, ni el que escuchaba se diesen cuenta de que había llegado otro observador.

Atisbando por uno de los ángulos de la ventana delantera, un personaje invisible observaba a los chinos mientras hablaban, y arrojaba de vez en cuando alguna mirada al americano del rostro pálido.

Su figura, pegada al muro del edificio, se había transformado en un espectro de la noche. Inmóvil y silencioso, observaba todo lo que pasaba en la habitación, ya su penetrante mirada no tardó en descubrir que el hombre del rostro pálido estaba secretamente interesado en la discusión de los chinos.

—¿Dices, entonces—preguntó uno de los interlocutores—, que ha vuelto?

—Yo no digo que haya vuelto—replicó el otro—. Digo solamente que lo he oído.

—Por todas partes se habla de Kwa y dicen que está aquí.

—Hace mucho tiempo que se esperaba a Kwa. Las otras veces que vino se supo su regreso.

Los rostros amarillos se observaban mutuamente. Entonces el comerciante chino expresó el pensamiento que indudablemente

estaba en la imaginación de ambos.

—A Kwa le llaman el Ídolo Viviente. Su poder es grande entre los que creen en él. Es prudente no hablar demasiado de Kwa.

—Su residencia es secreta—añadiendo el segundo chino—, y sólo los creyentes pueden ver el rostro de Kwa.

Hubo un largo silencio. Los rostros amarillos siguieron en su inexpresiva inmovilidad. Sin embargo, sus palabras, para el que comprendiese el temperamento chino, estaban llenas de significado.

¡Kwa, el Ídolo Viviente! ¿Era un mito o un verdadero habitante del Barrio Chino de Nueva York? Ser reputado casi como una deidad bajo forma humana, sus creyentes formaban una secta secreta que no revelaba a nadie su actuación.

Aquellos comerciantes, al parecer amigos íntimos, se habían refugiado en aquel apartado lugar para hablar de su ídolo. Pero así y todo, lo hacían con toda clase de precauciones.

Ninguno de los dos estaba completamente seguro de que el otro fuese un discípulo de Kwa. En el Barrio Chino la adhesión a una causa significaba más que una larga amistad.

Los comerciantes acabaron su comida y abandonaron el restaurante con aire de preocupación. El individuo del rostro pálido sonrió.

Americano familiarizado con las costumbres orientales, comprendía los temores de los chinos, ahora que había escuchado su conversación.

Desde hacía algunos años, las sociedades secretas ejercían en el Barrio Chino una influencia oculta que salía a veces a la superficie. Pero el grupo capitaneado por el Ídolo Viviente tenía un poder superior al de todas ellas.

No era extraño que aquellos comerciantes se sintiesen preocupados. Un ser como Kwa, si era cierto lo que se contaba de él, tenía que poseer un poder sobrehumano que podía dirigir contra los no creyentes.

En cambio, ese mismo poder utilizado por sus fanáticos, podía socavar las demás sectas secretas, provocando sangrientas luchas entre ellas.

El americano empujó a un lado su plato y salió del restaurante. Unos momentos después caminaba hacia el centro de Barrio Chino, pero no vio la oscura forma que se le destacó del ángulo de un

sombrío edificio y se puso a seguirle.

Dos chinos estaban hablando a la puerta de una tienda.

Se callaron al ver a un hombre que se detenía a encender un cigarrillo, pero cuando observaron el pálido rostro del americano, reanudaron su discusión, y el desconocido pudo coger algunas de sus palabras.

—Se dice que Kwa ha vuelto y que...

—Los que creen en Kwa...

—Nadie puede saberlo, excepto los que han visto el rostro de Kwa...

El hombre del rostro pálido siguió su camino. Al llegar bajo un farol consultó su reloj; luego aceleró el paso, pero sin dejar de escuchar a los chinos que encontraba en su camino.

De nuevo oyó pronunciar el nombre de Kwa más adelante; al llegar a una calle desierta, otro oriental musitó el mismo misterioso título.

El distrito estaba preocupado. Kwa había vuelto. El algún secreto lugar habitaba un misterioso poder.

¿Quién era aquel ser desconocido que había regresado ahora a Nueva York?

¿Cuál era su misión en la gran ciudad?

El americano curioso recordó las sombrías calles del Barrio Chino. Existían en él extrañas amenazas... factores que no podían darse fuera de aquellas calles, que eran como un pedazo del Oriente transplantado a Manhattan.

Un ser tan misterioso como Kwa no tenía par en Nueva York, pensó el hombre del rostro pálido. Pero en esto se equivocaba. Si hubiera vuelto la cabeza, habría descubierto el rastro de una forma fantasmal tan misteriosa como el Ídolo Viviente.

De las tenebrosidades del Barrio Chino había surgido una sombra viva..., una figura extraña y siniestra que se deslizaba acompasando su marcha al paso militar del hombre que se alejaba.

Aquella figura extraña vagaba también aquella noche por las calles del Barrio Chino y no se había cruzado con el americano en su camino.

Y como el americano, también había escuchado los insistentes rumores sobre el misterioso Kwa.

La Sombra, señor de las tinieblas, había observado los labios de

los comerciantes chinos mientras hablaban. Inadvertido, La Sombra había oído el nombre de Kwa pronunciado a la puerta de la oscura tienda.

Más tarde, La Sombra había escuchado las observaciones de otros chinos al hablar en su lengua nativa del misterioso Ídolo Viviente.

Y ahora, espectro en las tinieblas, La Sombra seguía al americano que tan hábilmente había conseguido sorprender las conversaciones de los habitantes de Chinatown.

Envolvía la noche el distrito de Chinatown; pero La Sombra había desaparecido sin que nadie se hubiese dado cuenta de su llegada ni de su marcha.

CAPÍTULO II

LA REUNIÓN

CUATRO hombres estaban reunidos en torno a una mesa circular. La habitación en que se encontraban era el vestíbulo de un gran edificio, hecho fácilmente comprobable por las ventanas que franqueaban tres de sus salas.

Detrás de las corridas cortinas, los cuatro hombres sostenían una tranquila discusión. Un sillón vacante daba a entender que el grupo esperaba a otro miembro.

El sillón más amplio lo ocupaba el que podía ser considerado como presidente, un individuo de blancos cabellos, de unos setenta años de edad.

Tenía las espaldas encorvadas, rostro pálido, pero de expresión bondadosa, y sus manos descansaban en el borde de la mesa.

—¿Tendremos que esperar mucho?

El anciano dirigió la pregunta, con voz temblorosa, a sus compañeros.

—Espero que no, *mister* Schofield-le contestaron—. Nos concederemos unos cuantos minutos más, y luego continuaremos.

El anciano asintió. En aquel momento entró en la habitación un criado y se dirigió a él.

—El doctor Zelka está aquí, señor-anunció.

—Dígale que entre en seguida.

No fue el anciano el que dio esta orden. Fue un individuo de mediana edad, sentado a su derecha, el mismo que había hecho la anterior observación.

Evidentemente desempeñaba el papel de interlocutor de Schofield.

Todas las miradas se volvieron hacia la puerta. El caballero de

mediana edad se levantó y avanzó en aquella dirección. La puerta se abrió y entró un hombre de rostro pálido que se inclinó ante el grupo, sonriendo a guisa de saludo.

—¿Es usted el doctor Ward Zelka? —le preguntó el individuo de mediana edad.

—Sí—contestó el visitante, alargando la mano.

—Yo soy Westley Hartnett—dijo el otro—. Soy el apoderado de Barton Schofield.

Hartnett condujo al visitante hacia la mesa, y *mister* Barton se puso en pie para estrecharle la mano. Hartnett se volvió para continuar la presentación.

—Blaine Goodall—dijo a Zelka—. Presidente de la compañía Huxley.

Zelka recibió el apretón de manos de un individuo alto, de mandíbulas cuadradas, que tenía rostro de atleta.

—Y David Moultrie—continuó diciendo Hartnett.

El visitante recibió el saludo de un individuo muy flaco, cuya sonrisa ponía al descubierto toda su dentadura. Podía decirse que el rostro de David Moultrie era casi todo boca.

Terminadas las presentaciones, Hartnett condujo al doctor Zelka al sillón vacío. En pie todavía, el apoderado miró a su alrededor, como buscando algún oído indiscreto.

Las cortinas echadas le tranquilizaron. Luego estudió los rostros de los miembros del grupo como preparándose para una importante discusión.

Todos miraron hacia Hartnett. Blaine Goodall estaba pensativo; David Moultrie sonreía. El anciano Barton Schofield continuaba sentado a la cabecera de la mesa.

Nadie advirtió un imperceptible movimiento en la cortina de una de las ventanas. En la obscuridad exterior unas manos habían levantado el bastidor.

Unos ojos observaban a través de una estrecha rendija de la persiana. Unos oídos ávidos se aprestaban a escuchar lo que se dijese en la reunión.

La Sombra, señor de la noche, había llegado.

—Nuestra reunión—empezó diciendo Hartnett—, va a ocuparse de los negocios de la compañía Huxley. *Mister* Goodall, como presidente de tal empresa, se dirigió a mi cliente, Barton Schofield,

solicitando esta conferencia. *Mister Schofield* accedió a ello.

“Esta reunión, señores, es realmente una asamblea clandestina de los principales accionistas de la Compañía Huxley. Yo, por lo tanto, hago constar mi desaprobación antes de que comience la discusión. Ahora *mister Goodall* tiene la palabra.

Hartnett ocupó su asiento junto a Schofield y cambió con su cliente unas palabras en voz baja. Blaine Goodall, presidente de la Compañía, se puso en pie y, mientras masticaba nerviosamente un taco de goma, empezó a hablar a los reunidos.

—*Mister Hartnett* tiene razón-dijo—. Esta reunión es irregular, pero no he tenido más remedio que convocarla. El asunto es grave. Dentro de tres meses las Empresas Reunidas harán un gran esfuerzo para intervenir los intereses de la Compañía Huxley. Existe todavía la posibilidad de que un grupo de accionistas principales vendan sus valores a un precio equivalente al que pagarán las Empresas Reunidas, si se ven obligados a comprarlo en mercado abierto.

“Las Empresas Reunidas tienen la impresión de que el dominio de los intereses de la Compañía Huxley está en manos de un pequeño grupo de accionistas presididos por Barton Schofield, y están casi convencidas de que el mismo *mister Schofield* posee más del cincuenta por ciento de las acciones de la Huxley. Esto, no obstante, no es cierto.

“Mientras pensaba en este asunto recibí la vista de David Moultrie-el orador señaló al individuo de la boca grande—, quien había ya hablado con el doctor Zelka. El señor Moultrie trafica en valores industriales. Él fue quien me dijo que el doctor Zelka, como *mister Schofield*, posee la mayor parte de las acciones de la Huxley, y que los aquí presentes formamos el grupo principal cuya existencia se supone.

“*Mister Schofield* y el doctor Zelka mancomunarán sus intereses. Yo tengo que guardar silencio sobre los negocios de la Huxley mientras *mister Moultrie* se dedique a comprar acciones sueltas. Después tendremos el dominio que deseamos.

David Moultrie se puso en pie mientras Blaine Goodall casaba de hablar. Y a continuación, con su perenne sonrisa, se dedicó a apoyar los racionamientos del presidente de la Compañía.

—Déjenme trabajar-sugirió—, y compraré las acciones de la Huxley por poco más de nada. Haré aparecer que la Huxley está

próxima al naufragio...

—En otras palabras-le interrumpió Hartnett, echando fuego por los ojos—, que usted se propone arruinar los valores de la Huxley... para engañar a los actuales tenedores...

—¡Sí! —afirmó Goodall—. Eso es precisamente lo que quiero hacer. Puedo obtener dos millones de dólares de beneficios... quizá más... y su cliente será el más beneficiado.

—Un momento-dijo Hartnett poniéndose en pie—. He discutido este asunto con *mister* Schofield. Él es un hombre honrado, un banquero retirado cuyo nombre se ha conservado siempre sin mácula. *Mister* Schofield prefiere acudir al mercado abierto para comprar legítimamente las acciones de la Huxley y adquirir así el dominio de la Compañía. ¡Pero seguir el plan que usted sugiere... sería un robo! ¡Esta es nuestra contestación, Moultrie!

—¿Sí? —Moultrie sonrió burlonamente—. ¡Trate de oponerse! El doctor Zelka posee acciones suficientes para permitirme maniobrar. Les estropearé a usted el juego, Hartnett. Haré que las acciones de Huxley estén por los suelos, y ustedes tendrá en su poder un montón de papeles inútiles. ¡Barton Schofield jamás conseguirá el dominio de la Compañía!

Durante un momento el apoderado y el antagonista se miraron desafiadores.

El anciano Schofield parecía muy afectado. Blaine Goodall trataba de restablecer un ambiente de concordia. El doctor Ward Zelka finalmente logró imponerse tras una serie de violentos epítetos cambiados entre Hartnett y Moultrie. El hombre del rostro pálido habló en un tono reposado que atrajo hacia él la atención de la asamblea.

—¿Por qué hablar de honradez? —preguntó—. No se trata de eso. He aquí la situación en pocas palabras. Un hombre, provisto de medios, podría conseguir tranquilamente el dominio de los valores de la Huxley. Yo podría ser ese hombre. Barton Schofield podría ser ese hombre...

“Pero David Moultrie se nos ha anticipado en esta idea. Nos necesita a uno de los dos y decidió sabiamente acudir a ambos. Llegó hasta a mí con oportunidad y acepté su proyecto. Aconsejo a usted, *mister* Schofield-Zelka hablaba dirigiéndose directamente al anciano y no a Hartnett—, que haga lo mismo.

—¿Ha oído usted? —inquirió Moultrie, encarándose con Hartnett—. El doctor dice cosas sensatas. Yo permití que *mister* Schofield entrase en el juego porque creí que escucharía razones. Claro que él solo podría realizar el proyecto. Como también podría realizarlo el doctor Zelka, pero me pareció más prudente que los dos actuasen de acuerdo.

Un silencio; después tomó la palabra Blaine Goodall. El presidente de la Compañía Huxley estaba nervioso y solicitó la cooperación de todos los presentes.

—¿No podremos llegar a un acuerdo? —preguntó—. Me encuentro en una situación embarazosa, señores. A menos que decidamos algo, tendré que actuar en mi capacidad oficial para hacer saber al público que la Compañía Huxley tiene relaciones con las Empresas Reunidas.

—Hágalo así-desafió Hartnett, mientras el anciano Schofield hacia gestos de aprobación—. Rectificará usted de ese modo su actual equivocación. Está usted en tratos con dos hombres de dudosa reputación.

“*Mister* Moultrie, aquí presente-la voz del abogado adquirió tonos sarcásticos—, es un agente de negocios sin escrúpulos. En cuanto al doctor Zelka, he tenido ocasión de bucear en su pasado. No es un médico con clínica abierta en Nueva York. No está matriculado. ¿Por qué?

—¿Una pregunta? —intervino el doctor Zelka, entornando los ojos—. Puedo contestarla, *mister* Hartnett. Soy un hombre acomodado. He preferido viajar a llevar la tranquila existencia de un médico de barriada. Eso es todo.

—¿Viajar? —rió Hartnett—. Sí. Ya estoy enterado, doctor Zelka. Ha estado usted en Europa, en Oriente y en América del Sur. Hay allí algunas ciudades... y hasta algunos países que no le harían una acogida muy cordial, si volviera.

—Es muy posible-convino Zelka imperturbable mientras encendía otro cigarrillo—. El americano que viaja por el extranjero tiene que afrontar con frecuencia circunstancias desafortunadas que constituyen verdaderas injusticias.

—¿Sí? —sonrió el abogado—. Háblele usted de eso a *mister* Schofield, doctor Zelka. Mi cliente ha viajado también mucho durante su larga y fructífera vida, pero nunca tropezó con una de

esas circunstancias desafortunadas de que usted habla. ¡Honradez! Haría usted bien en tomarlo como lema, doctor Zelka.

Fue David Moultrie quien se levantó para hacer la defensa del acusado, pero el doctor Zelka le contuvo tranquilamente con un movimiento de la mano.

—¿Cuánto tardará usted en hacer público lo que nos ha anunciado? —preguntó dirigiéndose a Goodall.

—Dentro de dos semanas-contestó el interpelado—. Es todo lo más que puedo esperar.

—Será suficiente-decidió Zelka—. Separémonos como amigos, caballeros. Daremos a *mister* Hartnett la oportunidad de volver a conferenciar con *mister* Barton Schofield. Quizá, reflexionando más detenidamente, se decida a volver de su acuerdo. De ser así, *mister* Hartnett podrá comunicárselo a *mister* Goodall, quien a su vez, nos informará a Moultrie y a mí. Claro está que si llegamos a un acuerdo...

—Yo suspendería indefinidamente el anuncio-dijo Goodall—. Pero de no ser así, me veré obligado a cumplir mi deber como presidente de la Compañía Huxley.

—De acuerdo-convino Zelka, con una sonrisa—. Vámonos ya, Moultrie.

El médico tendió la mano a Westley Hartnett como prueba de que no le guardaba rencor. El abogado la aceptó.

—Lamento haber tenido que descender a detalles personales, doctor Zelka-se excusó—. Pero en lo que respecta al asunto que nos ha reunido aquí le digo desde ahora que no podremos llegar a una inteligencia.

—Piénselo bien-insistió Zelka, estrechando la mano del anciano Schofield.

Era imposible decir si su observación iba dirigida al abogado o al banquero.

Siguiendo el ejemplo de Zelka, David Moultrie estrechó las manos de los que le rodeaban. Los dos hombres abandonaron acto seguido la habitación.

Blaine Goodall anunció que tenía que retirarse también. Westley llamó a un criado; el anciano Schofield se levantó fatigosamente y emprendió la ascensión a sus habitaciones apoyado en el sirviente.

El anciano siempre se retiraba temprano por las noches. La

persiana de una de las ventanas se movió ligeramente. Allá afuera una figura fantasmal se alejó en la oscuridad. Atravesó rápidamente el jardín y llegó junto a un *coupé* parado detrás de la mansión de Barton Schofield.

Otro *coupé* pasó a toda velocidad por delante de la casa. David Moultrie y el doctor Ward Zelka marchaban en ese coche. Zelka había llegado en taxi hasta allí, y ahora Moultrie le volvía a la ciudad en su vehículo.

El *coupé* parado detrás de la casa se puso también en movimiento y salió a la carretera con los faros apagados. Luego emprendió la persecución del coche de Moultrie, guiado por su luz trasera.

Salió una risa del interior del coche perseguidor. Fue una risa siniestra, que despertó un eco sordo en los confines del *cuopé*.

La Sombra, invisible, desconocido, había escuchado a su sabor aquella noche. Se había enterado de los planes de dos vividores y conocía igualmente la decisión de los que se oponían a ellos.

¡La Sombra se disponía a actuar!

CAPÍTULO III

EL EPÍLOGO

EL doctor Ward Zelka y David Moultrie estaban sentados en un pequeño reservado del restaurante Brindle. Unas tazas de café les servían de pretexto para discutir lo ocurrido en casa de Barton Schofield.

Habían elegido como lugar de cita el restaurante de Brindle en Broadway porque sus pequeños reservados parecían aislar a sus ocupantes del resto del mundo.

Así, mientras hablaban, ambos hombres estaban seguros de que nadie podían oírles. Pero en esto, no obstante, estaban equivocados.

Si se hubiesen asomado al reservado inmediato, habrían visto un hombre que no perdía ninguna de sus palabras.

Un caballero vestido con traje de noche estaba solo en aquel reservado.

Había entrado cubierto con un abrigo y llevando un pequeño saco de mano, que depositó a su lado una vez que se hubo despojado del abrigo.

El saquito quedó entre el hombre y la pared. Los diestros dedos del desconocido sacaron de él un pequeño micrófono, un dispositivo en miniatura que quedó colgado en una rendija del tabique de separación.

El desconocido se sujetó después un diminuto auricular a la cabeza mientras apoyaba ésta en el tabique.

El micrófono recogía los menores detalles de la conversación, que trasladaba inmediatamente al oído del que escuchaba.

¿Quién era este cliente del Brindle? Nadie lo sabía. Su silenciosa entrada no había atraído la menor atención.

Sin embargo había en aquel restaurante de Broadway

malhechores de alto copete que habrían temblado de haber sabido la verdadera identidad de aquel solitario cliente.

El rostro sereno del desconocido era como una máscara con una expresión fría e inescrutable. Unos ojos de penetrante mirada brillaron a uno y otro lado de una nariz de halcón. Aun la más atenta inspección no habría descubierto en aquel rostro las verdaderas facciones del personaje a que pertenecían.

El misterioso cliente era La Sombra. El ser cuya presencia constituía una amenaza para el mundo del delito, había seguido a Zelka y a Moultrie a aquel restaurante.

Y allí, con ayuda de un detector metálico, estaba escuchando el epílogo de la conferencia celebrada en casa de Barton Schofield.

—Cometí una pifia-estaba diciendo David Moultrie—. Debí prescindir de Barton Schofield desde un principio.

—Nada habría usted adelantado con eso-fue la tranquila respuesta de Zelka—. Además, a Goodall estaba casi seguro de convencer a Schofield.

—Goodall tiene escrúpulos tontos...—comentó Moultrie—. Podía haber cerrado la boca y habría sido mejor.

—Goodall es un cobarde-convino Zelka—. Fluctúa entre la honradez y la pillería. Los hombres como él no sirven para nada. La conducta ética es algo que uno debe mantener por completo o destacar enteramente.

—Pero sus titubeos nos han estropeado el negocio. Ahora hay que perder la esperanza de que Barton Schofield se ponga de nuestro lado.

—No estoy tan seguro de eso-repuso Zelka en tono significativo—. Yo dejé el campo abierto para nuevas negociaciones. Si Barton Schofield fuese más joven, se habría negado en redondo a tratar con nosotros. Pero ahora está próximo a la chochez y se guía por completo de la opinión de Hartnett. Ahí está nuestra probabilidad de triunfo.

—¿En la opinión de Hartnett? —preguntó Moultrie en tono de incredulidad—. ¿Pero no le oyó usted hablar de honradez?

—¡Tonterías! Escuche, Moultrie. Hartnett es, desgraciadamente, un hombre honrado. Pero es también un abogado, y yo conozco la Ley tanto como la medicina.

“A la mayoría de los abogados les molesta poco la conciencia.

Sopesan todos los asuntos e invariablemente toman una decisión a favor del punto más fuerte. Es precisamente lo que sucede en los procedimientos judiciales. El fiscal se esfuerza por obtener un veredicto de culpabilidad y el defensor la absolución... y ambos se creen intérpretes de la justicia.

—¿Quién es Westley Hartnett? Yo se lo diré. Es un hombre pagado para proteger los intereses de Barton Schofield, ahora que el viejo banquero se ha retirado de la vida activa. Pero los asuntos financieros de Schofield no pueden ir del brazo con su honradez. Hartnett quizá se dé cuenta de que unos u otra tienen que ser sacrificados. Por ahora se ha inclinado a favor de la integridad. Pero nuestra repentina retirada le hará reflexionar. Y razonará, como lo hacen los abogados, que los negocios tangibles son también muy dignos de ser tenidos en cuenta.

—Comprendo-dijo Moultrie—. Y entonces se dará cuenta de que su deber para con Barton Schofield exige que proteja los valores de la Huxley que posee el viejo.

—Exacto. Y si consigue tranquilizar su conciencia decidirá que sigamos adelante. Para ello sólo necesita asegurarse de que el nombre de Barton Schofield no figurará en el asunto.

—Sería una gran cosa.

—Es solamente una opinión-aclaró Zelka—. Todo depende de la importancia de las acciones de la Huxley que posea Barton Schofield. Si Hartnett se obstina en defenderlas, estamos perdidos. Sería locura arruinar los valores en una lucha suicida.

—El viejo Schofield es el verdadero estorbo-rezongó Moultrie—. Dos semanas. ¡Bah! Si pudiéramos esperar más, el viejo quizá muriera antes de que Goodall publique su manifiesto. Si desapareciese Schofield...

—Hartnett manejaría su fortuna-interrumpió Zelka, con maliciosa sonrisa—. De tener que morir alguien... conviene que sea Hartnett. En Schofield se puede influir fácilmente si se ve obligado a cuidar por sí mismo de sus negocios durante una temporada.

—Es cierto-admitió Moultrie.

—El plan es muy sencillo-declaró Zelka—. Westley Hartnett es el principal obstáculo. Si le eliminásemos, tendríamos que entendernos solamente con...

—Con Barton Schofield.

—No. Con Blaine Goodall. Es un gran factor. Si Hartnett desaparece de escena, Goodall continuará teniendo deberes para con su Compañía. Y habría que hacerle callar.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que Barton Schofield se viese obligado a atender a razones. Ese sería el procedimiento ideal para hacernos dueños de la situación. Eliminemos a Hartnett como apoderado de Schofield. Bloqueemos a Goodall para que no pueda actuar. Manejemos a Schofield de manera que sus negocios estén en nuestras manos.

—Magnífico. Pero eso no puede hacerse en sólo dos semanas.

—Cierto. Por eso sugiero que esperemos. Quizá Hartnett cambie de opinión. Nadie sabe lo que puede suceder. Entretanto, y en lo que a usted y a mí se refiere...

El doctor Zelka hizo una pausa para sacar unas bocanadas de humo de su cigarrillo. Moultrie observaba la expresión de su pálido rostro. Se daba cuenta de que su compañero estaba calculando todas las posibilidades.

—Usted y yo-resumió Zelka, pensativo—, tenemos que actuar separados. Usted atenderá sus asuntos... y será muy discreto. Yo llevaré una existencia tranquila, paseando por Nueva York.

—¿A causa de Hartnett?

—Sí... y a causa de los otros. Ham ha buceado en nuestros asuntos. Quizá intente profundizar aún más. Los otros se dedicarán a vigilarnos, pero los despistaremos haciendo ver que nuestra amistad es superficial.

“No olvide que yo soy únicamente un importante accionista de la Compañía Huxley. Usted se ha acercado a mí como un extraño, y yo me he limitado a aceptar su proposición y a aprobar sus proyectos. No hay, por tanto, razón para que nos volvamos a ver, a menos que se convoque una nueva conferencia.

—Comprendido-convino Moultrie—. Eso producirá su efecto sobre Hartnett... y sobre los otros también, si consiguen algún informe de nuestros asuntos. Usted creyó que mi proposición era buena: ¿Por qué no había de aceptarla el viejo Schofield?

El doctor Zelka sonrió, recordando la sesión celebrada en casa del banquero.

De pronto se le vinieron a la memoria las alusiones personales hechas por Hartnett.

—He viajado mucho-dijo—. He estado en muchos países y siempre he sentido inclinación a lo desacostumbrado. Me afectó que Hartnett aludiese así a mi pasado. Pero por mucho que haya llegado a su conocimiento sólo se ha enterado de una pequeña parte de la verdad.

—¿Se ha visto usted en muchos compromisos?

—En muchos. Pero siempre he sabido salirme de ellos. Disfruto con la intriga y siempre he estado metido en ella. Pero cuando es necesario me porto como un caballero.

“Ha habido circunstancias en que me he encontrado en situaciones inesperadas, y me ha sido más fácil y cómodo abandonar el campo que seguir en él, exponiéndome a mayores compromisos. Esos son probablemente los casos de que Hartnett se enteró.

—Quizá hayan influido en él considerablemente-musitó Moultrie—. Parecía concederles mucha importancia.

—Eso fue meramente una excusa-afirmó Zelka—. Ya observaría usted la tranquilidad con que yo acogí sus declaraciones. No obstante, no las he olvidado. Tengo algo de oriental, Moultrie. Me gusta mezclarme con los naturales de Oriente para estudiar sus costumbres y practicar su idioma.

“Yo rara vez olvido un insulto y siempre encuentro medios de venganza... particularmente cuando me son beneficiosos.

Apareció una extraña expresión en el rostro de Ward Zelka. El médico sentía evidentemente lo que había dicho. Para David Moultrie, no obstante, aquél era un asunto de pequeña importancia.

El agente de negocios trataba todavía de encontrar el medio de anular el fracaso de aquella noche. De pronto se puso en pie y tendió la mano a Ward Zelka.

—Buenas noches-dijo—. Espero que estará usted en lo cierto y que sucederá algo que modifique esta situación. Dudo, sin embargo, de que Hartnett cambie de manera de pensar.

—Esperemos los acontecimientos-sonrió Zelka.

Cuando David Moultrie hubo desaparecido, el doctor permaneció aún algunos minutos en el reservado, hasta terminar su cigarrillo.

Luego abandonó el local y se dirigió a pie por Broadway.

Poco después de la partida de Ward Zelka, el hombre del

reservado inmediato cerró su maletín y se puso el abrigo. Un minuto más tarde salía del restaurante Brindle y caminaba por Broadway hasta llegar a una calle lateral.

Allí entró en una coupé parado en aquel sitio.

Una hora después Ward Zelka penetraba en el vestíbulo de la casa que habitaba en la parte alta de la ciudad. El médico registró la caja del correo; luego cerró la puerta de la calle y subió la piso.

Pero no se dio cuenta de algo desacostumbrado en los tenebrosos confines del vestíbulo.

En efecto, cuando el doctor hubo desaparecido, algo ocurrió en el mismo sitio que acababa de abandonar. Una mancha de sombra sobre las losas del suelo se puso repentinamente en movimiento. Una figura alargada pareció desprenderse de la misma pared.

Se dejó oír en el solitario vestíbulo el cuchicheo de una risa. Luego se abrió la puerta exterior y la misteriosa figura desapareció por ella.

Las investigaciones de La Sombra habían terminado por aquella noche.

La Sombra había escuchado la conversación entre Zelka y Moultrie.

Conocía también los pensamientos que bullían en los cerebros de las dos cómplices.

Chinatown... Long Island... Manhattan. ¿Estaban estos lugares relacionados con los crímenes que se proyectaban? ¡En todo caso a La Sombra no le cogerían desprevenido!

CAPÍTULO IV

UNA LLAMADA EXTRAÑA

A la tarde siguiente, el doctor Ward Zelka abandonó su departamento y se dirigió a pie hacia la avenida más próxima. La calle estaba compuesta por casas de vecindad, y el doctor tropezó con un individuo que se disponía a entrar en una de ellas.

El doctor lanzó una rápida mirada al desconocido. Vio un rostro vicioso y sensual, y en seguida clasificó al individuo como uno de los muchos vagos que malgastaban su tiempo paseando por la capital. Zelka sonrió y siguió su camino.

El joven se detuvo en el vestíbulo, echó una ojeada al buzón que llevaba el nombre de “Hugo Urvin” y entró luego en el ascensor, que le llevó hasta el cuarto piso.

Al entrar en su departamento, Hugo Urvin arrojó su sombrero y su abrigo sobre una silla, y se dejó caer en una otomana. La habitación estaba en desorden, pues Urvin no tenía ya los servicios de un criado.

Las ropas estaban desparramadas acá y allá, la mesa cubierta de facturas sin pagar.

Hasta los más preciados bienes del joven-una docena de fotografías de artistas principiantes-estaban apilados sobre una silla colocada en un rincón.

Hugo Urvin tenía en proyecto una rápida mudanza, pues debía más de dos meses de renta.

La impresión que a Ward Zelka causó el aspecto del joven era acertada.

Hugo Urvin, descendiente de una acaudalada familia, contaba con un amplio círculo de amistades. Poseía una personalidad simpática y atractiva que le permitía retener a sus amigos.

Sus continuas ganancias en las mesas de juego habían terminado; y no por mala suerte, si no por la disminución de los jugadores dispuestos a organizar partidas de *poker* con él.

Ciertos amigos se habían visto obligados a llamarle la atención a causa de sus largos descuidos en saldar las deudas que había prometido pagar.

Colocado ya al borde del abismo, Hugo Urvin se sentía dispuesto a todo; y había gentes que lo sospechaban. Nadie podía acusarle fundadamente de nada delictivo, pero nadie tampoco se habría sorprendido al verle señalado de pronto como delincuente.

Dos deseos llenaban en la actualidad la imaginación del Urvin. El primero era el dinero. El segundo guardaba relación con el anterior: la manera de conseguir ese dinero sin sacrificar su falsa posición social.

Dinero fácil, de origen bien oculto, era todo su ideal.

Repiqueó el teléfono. Hugo Urvin frunció el ceño. Había conseguido que no le desconectasen el aparato, pero éste se había convertido últimamente en una continua molestia. Cobradores de facturas y otros acreedores lo utilizaban más frecuentemente que sus amigos para comunicarle sus invitaciones para fiestas sociales.

Durante unos momentos, Urvin estuvo tentado de dejar que el teléfono siguiera repiqueando, pero la vista de las “fotos” apiladas en la silla recordó que la noche era la hora más oportuna para recibir llamadas de algunas amiguitas.

Hugo Urvin descolgó, pues, el receptor y aventuró un tímido ¡diga!

Hubo un silencio momentáneo. Luego se oyó una voz ronca, que hablaba en tono bajo y titubeante, dando un acento peculiar a cada sílaba.

—¿Es usted *mister* Hugo Urvin?

—Sí-respondió el joven.

Silencio; luego volvió a oírse la voz.

—¿Le gustaría a usted tener dinero?

El tono de voz le pareció tan ridículo, que el joven estuvo a punto de dar una airada respuesta, pero la voz añadió más enfáticamente que antes:

—¿Mucho dinero?

—Sí-musitó Urvin—. ¿Tiene usted algo para mí?

La voz rió insidiosamente. Urvin se sintió a disgusto. Estaba ahora seguro de que no se trataba de una broma a costa suya. El que hablaba al otro extremo del conductor le estaba haciendo una oferta definida.

—Hay dinero para usted-afirmó la voz—, si promete obedecer.

La última palabra sonó profundamente acentuada.

—Hágame la proposición-declaró Urvin con voz tranquila—. Ya reflexionaré.

—¿Está usted solo? —preguntó el desconocido comunicante.

—Sí-contestó Urvin.

—Continué estándolo. Salga de su casa en seguida. Vaya directamente a la calle Cuarenta y Siete, en Broadway. Deténgase en la esquina Sur, al borde de la acera. Escuche a la primera persona que le hable. Luego haga exactamente lo que ella le sugiera.

—En la esquina Sur-repitió Urvin riendo—. Calle Cuarenta y Siete en Broadway... la primera persona que me hable. Pero, oiga, ¿de qué se trata? ¿Qué iré ganando con ello?

—Mucho dinero-declaró la voz en tono convincente.

—Perfectamente-dijo Urvin—. Lo haré. Estaré allí dentro de un minuto.

—Espere—. La voz se hizo enfática—. No es esto todo. Más tarde oírás usted a alguien pronunciar cierta palabra. Dondequiera que la oiga usted, quédese allí.

—¿Cuál es la palabra?

—La palabra-dijo la voz, recalcando mucho las sílabas—, es un nombre que no debe usted repetir. Es Kwa. No la repita usted ahora ni luego: Kwa. ¿Comprende usted? Kwa.

Urvin tuvo que hacer un gran esfuerzo para no repetir el nombre. Luego dijo simplemente:

—Sí. Comprendo.

—Abandone usted su habitación en seguida-ordenó la voz.

La conversación terminó. Hugo Urvin se rascó la cabeza, perplejo.

La llamada telefónica podía ser una broma, pero él no lo creía así. Había algo convincente en aquella voz ronca que acababa de escuchar.

El joven sacó unos cuantos dólares del bolsillo. Aquel dinero

constituía todo su capital. Urvin pareció adoptar una decisión; se puso el abrigo y el sombrero y abandonó su alojamiento.

Al llegar a la esquina convenida, Urvin encendió un cigarrillo y se paró al borde de la acera. Pasaban por aquel concurrido lugar centenares de personas.

Había otros hombres parados por allí cerca y Urvin se preguntó cómo iban a distinguirlo entre la multitud. Luego decidió que la persona que le había llamado debía de ser alguien que le conocía.

Urvin frunció el ceño. Empezó a sospechar una broma; algún amigo estaría escondido por allí, riéndose a su costa.

Urvin arrojó su cigarrillo a medio fumar junto a la rueda trasera de un pesado autocar. Este vehículo estaba adornado con faroles chinos y llevaba un gran letrero con la palabra “Chinatown”.

Urvin observó que el coche estaba medio lleno de viajeros, y mientras lo contemplaba apareció por uno de los lados un empleado de uniforme.

—Autocar para Chinatown-anunció el individuo—. Gran excursión por medio dólar. ¡Vea Chinatown...!

—No me interesa-rezongó Urvin.

—¿Espera usted a alguien, eh? —preguntó el empleado—. ¿A una muchacha, quizá? Cuando llegue, llévela usted a Chinatown.

Urvin le volvió la espalda. El individuo le molestaba. El propagandista no pareció darse cuenta del desaire: se retiró unos pasos y se dedicó a animar a otro transeúnte exponiéndole los atractivos de una excursión a Chinatown.

Pasaron unos minutos. Urvin empezó a impacientarse. Miró a su alrededor, buscando un rostro conocido, de alguien que se estuviese burlando de él.

Luego volvió a contemplar el autocar, asaltado por la repentina sospecha de que alguien le observaba desde su interior. El vehículo estaba casi lleno, y el activo propagandista acuciaba a los futuros viajeros anunciándoles “que nos vamos a ir”.

—Vamos, joven-dijo el empleado, tratando otra vez de persuadir a Urvin—. Un asiento más y nos marchamos. La muchacha no viene. Anímese a hacer la excursión... Cuesta solamente medio dólar...

Hugo Urvin estaba a punto de replicar airadamente cuando se le ocurrió un pensamiento repentino. La airada respuesta murió en sus

labios.

“CALLE CUARENTA Y SIETE EN BROADWAY... LA PRIMERA PERSONA QUE LE HABLE A USTED.”

—¿Vamos, joven? —insistió el propagandista.

Urvin le miró fijamente. Nunca le había visto, pero no había duda de que estaba acostumbrado a su oficio.

¡Y era la primera persona que le había hablado y las instrucciones recibidas decían que obedeciese las sugerencias de esa primera persona!

Urvin se registró el chaleco, sacó medio dólar y se lo entregó al “gancho”.

El individuo le dio un billete, sin hacer el menor comentario. Estaba acostumbrado a que los parroquianos cambiasen de manera de pensar, por muy hostiles que se hubiesen mostrado al principio.

Hugo Urvin subió al vehículo y ocupó el único asiento que quedaba vacante.

El guía se unió al conductor; y el pesado autocar se puso en marcha.

Mientras atravesaban Broadway, Urvin no prestó la menor atención a la garrulería del guía. Iba preguntándose si habría obrado neciamente.

Si aquello era una broma, se había dejado enredar como un párvulo. Pero al mismo tiempo, el joven pensaba que algún cerebro astuto podía haber discurrido aquel medio para facilitar la entrevista.

El guía del autocar se había dirigido a cuantos encontró parados en la esquina. Quizá fuese un involuntario agente del desconocido que le había hablado por teléfono.

El pesado autocar se aproximaba a Chinatown. Cuando se detuvo, el guía invitó a los pasajeros a apearse. Capitanado por el individuo de uniforme, el grupo, formado por unas treinta personas, entró en una estrecha callejuela, a cuyo final empezaban a brillar las luces de Chinatown.

Caminando detrás del grupo, Hugo Urvin esperaba escuchar la palabra que le habían anunciado por teléfono, y que resonaba en su cerebro, más misteriosa que nunca, ahora que se encontraba en Chinatown.

¡KWA!

¿Qué significaría?

El guía penetró en un estrecho vestíbulo, dejó que el grupo de curiosos atravesase una pequeña puerta, y se encontraron todos en una habitación extrañamente decorada, que era evidentemente una capilla de Buda, a juzgar por las estatuas alienadas a lo largo de la pared. Un chino solemne, vestido a la manera oriental, fue presentado como Chon Look, sacerdote del templo secreto. Chon Look explicó en inglés el uso de las pajuelas aromáticas, de los talismanes de papel y de otros objetos utilizados por los budistas.

Al terminar, Chon Look extendió la mano y murmuró unas palabras chinas mientras se inclinaba. Al retirarse, la mayor parte de los visitantes siguió riendo al guía, comentando el extraño lenguaje de los budistas que custodiaban la capilla.

Pero Hugo Urvin notó que el sacerdote chino pronunciaba cierta palabra al final de cada una de sus frases.

¡Y se dio cuenta de que para él aquella palabra tenía un significado!

¡KWA!

Urvin titubeó; luego se detuvo, mientras los demás curiosos desfilaban por su lado. Observó entonces los labios de Chon Look y percibió claramente la pronunciación de la misteriosa sílaba.

¡KWA!

Hugo Urvin se apartó con disimulo de los últimos componentes del grupo y se detuvo para curiosear las pajuelas que habían sido mostradas a los visitantes. Volvió a oír el nombre de Kwa.

Cuando se volvió, todos los pasajeros del autocar habían desaparecido. La puerta exterior de la capilla estaba cerrada.

A la ceremonia habían asistido dos muchachas chinas. También habían abandonado la estancia.

Hugo Urvin estaba solo con el chino del rostro enigmático llamado Chon Look. Había ahora algo de solemne en el aspecto de aquel hombre cubierto con sus ropas budistas, sonriendo misteriosamente al único americano que había quedado en la capilla.

—Kwa-repitió Chon Look, dirigiéndose directamente a Hugo Urvin.

El joven hizo un gesto afirmativo. Recordó la advertencia de que no repitiese el nombre. Su silencio pareció ser lo que Chon Look

esperaba.

—Venga.

El chino cogió a Urvin por el codo y le condujo al centro de la capilla. Las luces se apagaron con inesperada rapidez. En medio de las tinieblas, Urvin se sintió obligado a girar sobre sí mismo hasta perder el sentido de la orientación.

Luego, antes de que se repusiera de su momentánea turbación, le obligaron a andar. Siguió avanzado sin encontrar pared alguna.

En lugar de ello, sintió que caminaban por un tenebroso pasadizo que se había abierto misteriosamente ante ellos.

Había empezado una extraña aventura para Hugo Urvin. Allí, en cierto lugar de Chinatown, aparentemente destinado a atraer a los curiosos, iba a celebrarse la entrevista prometida por la misteriosa voz que le hablara por teléfono.

¿En qué terminaría aquel misterio?

Hugo Urvin no lo sabía; pero ahora estaba seguro de que aquello no podía ser una broma.

¡En alguna parte, se encontraría con otro personaje superior a Chon Look, el budista!

¡KWA!

La palabra era un nombre... así lo había dicho la voz. Ahora Hugo Urvin se daba cuenta de que el mismo Kwa era el que le había hablado; y no tardaría en conocer al ser singular que llevaba aquel extraño título.

CAPÍTULO V

EL ÍDOLO VIVIENTE

EL pasadizo terminó después de una serie de intrincadas revueltas. Y terminó bruscamente. Un apretón de la mano de Chon Look le advirtió a Urvin que tuviese cuidado con una sólida barrera que impedía avanzar más.

Algo emitió un chasquido. Se elevó un panel como una cortina. Brilló una luz más allá. La barrera seguía invisible, a pesar de la iluminación que surgía lentamente del suelo.

Chon Look había conducido al americano a una habitación de extraña forma cubierta de deslumbrante tapicería.

El único mueble era un gran taburete colocado cerca de la pared del fondo.

Enfrente, y a ambos lado, había grandes pebeteros-tres en total —, de los que surgían ondulantes columnas de humo que se elevaban lentamente hacia el techo.

Hugo Urvin notó que las patas del taburete estaban muy separadas. La cubierta del mueble era muy sólida y aquél parecía casi un trono. El joven se encontró solo; Chon Look se había retirado a un rincón de la estancia.

Buscando al chino, Urvin se dio cuenta de que el panel por el que había entrado estaba ahora cerrado; Luego observó que Chon Look empuñaba un pesado gong de latón y un martillo.

El chino se aproximó al gran taburete y descargó un golpe en el gong.

El efecto fue de lo más sorprendente. No se oyó el menor sonido, aunque a Urvin le pareció sentir las vibraciones del golpe. ¡El gong era silencioso!

Antes de que Urvin se hubiese repuesto de su sorpresa, ocurrió

otro fenómeno. Como si respondiesen al sordo golpe del batidor contra el latón, cada pebetero arrojó una bufarada. Se elevaron al techo grandes nubes de humo, envolviendo al taburete en un denso velo blanco. Cuando se desvaneció el humo, Urvin parpadeó incrédulo.

Una figura había aparecido sobre el taburete. Estaba sentada con las piernas cruzadas, cubierta con un traje oriental recamado de oro, cuyos reflejos cegaban la vista.

—¡Kwa! —anunció Chon Look, con una profunda reverencia.

Hugo Urvin no podía apartar la mirada de la aparición. Era el rostro más maligno que había visto. Ojos saltones, nariz aplastada, labios gruesos y dientes aguzados y salientes; tales eran las características de sus facciones.

Levantando una mano de uñas como garras, el repugnante monstruo gesticuló con Chon Look. El budista se inclinó y se retiró.

Urvin pensó que había ido meramente a colocar el gongo en su rincón; pero cuando miró hacia atrás, vio que Chon Look había desaparecido. El chino debió pasar por el panel, cerrándolo tras de sí.

Urvin se volvió nerviosamente hacia Kwa. Sentía un irreprimible temor hacia aquel diabólico ser.

Este sentimiento fue aumentando cuando el monstruo emitió una especie de risa ahogada... el mismo sonido que Urvin había oído a través del teléfono.

—Yo soy Kwa—anunció el ocupante del extraño trono—. Soy el que te llamó, Hugo Urvin. Fuiste prudente al darme tu respuesta.

Los pebeteros seguían lanzando sus rizadas columnas de humo hacia el techo y envolviendo al demoníaco personaje en sus blancas volutas.

La fealdad de Kwa se hizo aún más impresionante; sin embargo, Hugo Urvin logró disimular su repugnancia.

Había ido allí por puro afán de medro personal. A pesar de la malvada expresión del rostro de Kwa no había motivos para creer en una amenaza. Se tranquilizó.

—Te he llamado—continuó diciendo Kwa con su peculiar tono de voz—, porque te necesito. En correspondencia, te ofrezco algo de que tú también tienes necesidad: dinero.

Urvin asintió.

—Dinero-repitió Kwa con énfasis—. Lo tendrás si prometes obedecer mis órdenes.

Urvin repitió su gesto afirmativo. Se abstenía de hablar. Por otra parte, temía comprometerse dando una respuesta definitiva antes de saber lo que Kwa deseaba. El gesto afirmativo podía tomarse por un signo de comprensión o de obediencia; pero dejaba lugar a retractarse.

Kwa pareció adivinar los pensamientos del joven. El monstruo volvió a hablar concretando sus proposiciones.

—Tus deberes se limitarán a lo que puedas fácilmente ejecutar. Mientras guardes el secreto que te exijo, no habrá peligro para ti. Mientras obedezcas mis órdenes, nada tendrás que temer.

Una pausa; luego Kwa preguntó:

—¿Lo prometes?

—Sí—contestó Urvin—. Lo prometo.

—Eso me complace. Dime... ¿Has oído hablar alguna vez de Kwa?

—Nunca.

—Yo soy Kwa. Soy aquel a quien mis creyentes llaman el Ídolo Viviente. Me tienen por un semidiós sobre la tierra. Tienen razón en creerlo así. Yo soy Kwa.

Las palabras fueron pronunciadas con una seguridad impresionante que hizo estremecerse a Hugo Urvin. El tenebroso pasadizo que le había conducido hasta aquel lugar; el gong mudo; la aparición de Kwa entre nubes de incienso; todo ello eran manifestaciones de algo sobrenatural.

—Las manos de Kwa—añadió la horrible criatura extendiendo sus ganchudas garras—, llegan a todas partes. Salen de este antro para apoderarse de lo que Kwa necesita. Ahora pueden llegar hasta ti, porque perteneces a Kwa.

“Pero nada debes temer, mientras obedezcas. No necesitarás volver a ver el rostro de Kwa; pero tendrás nuevas entrevistas con aquel a quien conociste primero. Chon Look. El te dará objetos envueltos en papel... como éste.

Kwa sacó de debajo de su túnica un pequeño envoltorio de papel de arroz y lo retuvo entre sus largas uñas.

Un movimiento de su mano hizo que el envoltorio se desplegara en dos hojas, y Kwa fingió leer en ellas un importante mensaje.

—Vendrás aquí—añadió Kwa—, como lo hiciste esta noche, siempre que tengas que comunicar algo u órdenes que recibir. No necesitas hablar a Chon Look. Él comprenderá y será quien hable. Tú nunca-la ronca voz adquirió un tono insidioso—, pronuncies el nombre de Kwa. ¡Tú no perteneces a aquellos que pueden pronunciar sin peligro el título del Ídolo Viviente!

La horrible criatura agitó sus brazos. Los pebeteros lanzaron nuevas humaredas. El humo cubrió el taburete como un chorro de vapor.

La nube se disipó. ¡Kwa había desaparecido!

Hugo Urvin siguió inmóvil, presa de profundo asombro. De pronto oyó ruido a su espalda.

Se volvió rápidamente y se encontró con Chon Look, que había regresado. El budista señaló hacia un panel abierto. Urvin siguió a su guía chino.

Llegaron a las tinieblas de la capilla después de recorrer un camino inextricable. Urvin sintió que le obligaban a girar sobre sí mismo, luego se encendieron las luces y se encontró en la misma capilla de que había partido.

Chon Look señaló al rincón en que estaban las pajuelas de las ofrendas.

Urvin avanzó en aquella dirección. Chon Look abrió una puerta. Las muchachas chinas entraron y unos minutos después invadía la capilla un grupo de curiosos acompañados por un nuevo guía.

Hugo Urvin escuchó las monótonas explicaciones de Chon Look. Cuando terminó de hablar, el chino hizo un gesto y el joven se unió al grupo de curiosos que se retiraba.

Las muchachas estaban ahora junto a la puerta, distribuyendo pequeños paquetes que recibían de manos de Chon Look. El guía explicó que eran recuerdos que el guardián de la capilla entregaba a veces a sus visitantes.

Urvin recibió uno de los paquetes y se lo guardó en el bolsillo.

Al salir, el guía retuvo a la multitud hasta que aparecieron los jóvenes para recolectar cincuenta céntimos de cada visitante. El guía explicó que aquello era necesario para el sostenimiento de la capilla.

Algunos curiosos refunfuñaron, pero siguió la colecta, mientras el guía les recordaba que la visita al templo tenía una tarifa extra.

Al volver de Broadway, Hugo Urvin llevaba todavía el paquete en el bolsillo.

Cuando se apeó del autocar se dirigió directamente a su departamento y se apresuró a abrir el paquete. Dentro de la envoltura de papel descubrió cinco billetes de cincuenta dólares.

El joven se guardó el dinero, riendo para sí. La excursión no había podido ser más beneficiosa. Y esperaba que las futuras lo serían aún más.

El negocio sólo tenía un inconveniente: las obligaciones que Kwa se disponía a imponerle.

La cajita de regalo contenía una pequeña medalla con la efigie de los tres monos sabios. Urvin sonrió y la puso a un lado.

Luego cogió la envoltura de papel y la alisó por el borde. Inmediatamente se desdobló en dos hojas. Una de ellas llevaba un escrito.

Urvin continuó riendo mientras leía las instrucciones. Se le imponía una obligación bien sencilla, que debía cumplir antes del día siguiente por la noche.

Con doscientos cincuenta dólares en el bolsillo, Urvin se sentía completamente feliz y el porvenir se le presentaba de color de rosa. Se dedicó a pasearse por la habitación, sumido en agradables pensamientos.

De pronto fijó la mirada sobre la mesa donde había dejado la nota de Kwa; y mientras se preguntaba si debía conservar o destruir el mensaje, el papel se cuidó de su propia suerte.

¡Puff! La hoja que contenía la escritura lanzó una llamarada y quedó reducida a cenizas. Urvin había visto otras veces papel inflamable.

Pero siempre había sido preciso provocar la ignición. Aquella hoja de papel había sido evidentemente tratada con una substancia química que obraba automáticamente cuando se separaba la primera hoja de la segunda que la acompañaba.

Cualquiera que fuese la explicación, la repentina desaparición del mensaje hizo recordar a Urvin las extrañas escenas presenciadas en el templo de Kwa.

El joven no pudo por menos de echarse a reír al recordar la afirmación de Kwa de que él era un Ídolo Viviente.

No obstante, Urvin no podía borrar de su imaginación el horror

de aquella escena en la estancia secreta que comunicaba con la capilla budista.

Al abandonar su habitación para ensayar el poder del primer billete de cincuenta dólares, le zumbaba aún en los oídos las palabras de Kwa. Todo marcharía bien... si obedecía.

Había razones para obedecer la voluntad de Kwa. Una era la perversidad de la extraña criatura; la otra el cebo de los billetes de cincuenta dólares que Urvin podía palpar en su bolsillo.

Se desvaneció toda duda en la imaginación del joven. Kwa había elegido bien. Había encontrado un servidor sin escrúpulos. Hugo Urvin se proponía obedecer ciegamente sus órdenes.

CAPÍTULO VI

KWA SE PREPARA

DESPUÉS de la marcha de Hugo Urvin el templo secreto no estuvo mucho tiempo desierto. Tan pronto como los curiosos hubieron desaparecido, Chon Look se aproximó a una de las paredes de la capilla y apoyó la mano en una estantería que contenía ornamentos de jade y china.

La estantería se movió hacia arriba y dejó al descubierto un hueco practicado en el muro.

Chon Look entró en él y la estantería descendió suavemente sin alterar la posición de los objetos que contenía.

Al mismo tiempo ocurría una escena similar en otra parte de Chinatown, unas manzanas más allá de la capilla budista.

Un comerciante chino, cuya pequeña tienda llevaba el título de Soy Foon, acompañado de unos caracteres chinos, cerró la puerta principal y se dirigió a las habitaciones interiores.

Soy Foon-el comerciante estaba vestido con su traje nativo-se aproximó a una estantería semejante a la que había en la capilla budista y realizó la misma operación que Chon Look. La estantería se elevó con su carga de chucherías; Soy Foon penetró en la abertura y la estantería descendió tras él.

Cuando llegó al final del pasadizo, Soy Foon oprimió un botón y se elevó un panel para permitirle la entrada al templo de Kwa.

Chon Look estaba ya allí. El budista había llegado por una entrada diferente que la utilizada por el comerciante. Había, pues, dos comunicaciones con el templo chino separadas por una manzana de casas.

Chon Look recogió el gong y descargó sobre él un golpe sordo. Ambos chinos se inclinaron solemnemente ante el pesado taburete.

Surgieron de los pebeteros grandes nubes de humo.

Cuando éste se disipó apareció la refulgente figura de Kwa. Los chinos se deshicieron en reverencias a la criatura a quien consideraban como un ídolo viviente.

Kwa fue el primero en hablar. Lo hizo lentamente y con su tono característico, pero ahora en el idioma chino.

—El hombre se marchó-anunció Chon Look—. Obedecerá tus órdenes, gran Kwa.

—Mis hombres están preparados, gran Kwa-declaró Soy Foon—. Están prontos a obedecer las órdenes de Kwa. He hablado con ellos esta noche; con Koy Shan el “Poderoso”; con Chun Shi el “Astuto”.

Sonrió Kwa complacido; sus aguzados dientes se agitaron entre carnosos labios.

—Está bien-dijo—. A ti, Chon Look, te corresponde una misión; a ti, Soy Foon, otra. Los que no pertenecen a nuestra raza-era evidente que se refería a los americanos-vendrán a ti, Chon Look. Los de la nuestra-ambos oyentes se inclinaron, como aceptando a Kwa por chino—, se dirigirán a ti, Soy Foon.

“Guardad bien las puertas-siguió diciendo Kwa—, pues aunque Kwa no necesita guardianes, rara vez está en su templo. Aun ahora yo, Kwa, no tardaré en partir.

El Ídolo Viviente cesó de hablar. Sus saltones ojos miraron fijamente a uno de los celestes; luego al otro. Soy Foon y Chon Look permanecían inmóviles, en aparente temor.

Surgió de los pebeteros una nube de humo. Cuando se disipó, Kwa había desaparecido de su trono.

La atmósfera pareció absorber la humareda; su fuerte olor era casi mareante, pero los chinos parecían acostumbrados a él. Los dos hombres se separaron sin pronunciar nuevas palabras, cada uno por uno de los pasadizos.

Vuelto a su capilla, Chon Look quedó pensativo mientras esperaba la llegada de nuevos turistas. A Chon Look le iba muy bien desde que se había hecho creyente de Kwa. El en otro tiempo oscuro comerciante de Chinatown había recibido misteriosamente fondo con que montar su capilla como una de las entradas al templo secreto de Kwa.

La capilla no era más que una imitación; no obstante, Chon Look no había sido censurado para abrirla. Por el contrario, eran muchos

los chinos que admiraban su empresa...

Los curiosos americanos eran considerados caza libre en los barrios de Chinatown, y Chon Look, mediante un contrato con los dueños de los autobuses, no tardó en ver florecer su negocio.

Apoyado por los fondos secretos, estaba en situación de desafiar a posibles competidores, y todos admiraban su habilidad al transformar su viejo tabuco en aquel provechoso negocio.

Muchos chinos habrían quedado sorprendidos de saber el verdadero origen de las ganancias de Chon Look.

La falsa capilla budista constituía la mejor pantalla para el templo secreto de Kwa. Visitada por grupos siempre renovados de curiosos, Chon Look no tenía necesidad de otros recursos.

De aquí que la policía que patrullaba por el Barrio Chino clasificase aquel lugar entre lo que no requerían vigilancia.

Chon Look sabía esto. Su blando rostro reflejaba su satisfacción después de cada visita al templo secreto de Kwa.

Además admiraba la sagacidad del Ídolo al elegir su capilla como medio de ponerse en contacto con los americanos.

El joven que había acudido a la cita aquella noche hubiese pasado por uno de los muchos turistas que visitaban Chinatown.

¡Aquel mismo joven podía volver una y otra vez mezclado con las partidas de curiosos, sin despertar la menor sospecha!

Mientras Chon Look permanecía ensimismado en su falsa capilla, Soy Foon estaba igualmente pensativo. El comerciante chino estaba en la trastienda de su establecimiento, que constituía un negocio no menos provechoso que el de la capilla.

El chino hacía todo lo posible por conservar su tienda en buen orden y en hacerla aparecer como un lugar de tráfico normal.

Pero Soy Foon tenía una misión mucho más peligrosa que la de Chon Look.

La parte delantera de su tienda era la pantalla. La interior era el punto de cita de ciertos chinos de carácter un tanto sospechoso.

Al igual que Chon Look, Soy Foon pertenecía en cuerpo y alma a Kwa, y siempre estaba pendiente de sus llamadas. Una lámpara eléctrica colocada en la pared de su establecimiento servía como señal. Cuando se encendía la luz, significaba que Kwa quería una entrevista. Otra luz semejante estaba montada en una de las paredes de la capilla de Chon Look con iguales fines.

En este momento la luz de Soy Foon estaba apagada. Ello era debido a que Kwa no le necesitaría ya por aquella noche.

El templo interior estaba vacío. Kwa había marchado.

Pero iban acudiendo aún otros personajes a la trastienda del comerciante, y otra luz disimulaba iba señalando la llegada de los individuos a quienes Soy Foon esperaba.

El comerciante abrió una puerta posterior. Entraron en la pequeña habitación dos hombres de rostro amarillo. Ambos iban vestidos a la europea, pero la semiobscuridad de la estancia no acababa de ocultar su identidad china.

Aquellos dos hombres ofrecían un notable contraste. Uno era alto, fuerte, corpulento... un verdadero gigante comparado con los chinos de estatura media. El otro era bajo, enclenque y de aspecto enfermizo.

El individuo corpulento tenía un rostro inexpresivo cruzado por rojas cicatrices. Eran las señales de las sangrientas trifulcas en que había participado. El menor de sus movimientos revelaba la fuerza de que estaba dotado.

Soy Foon lo contempló con gesto de complacencia. Aquel individuo reunía las mejores condiciones para servir a Kwa, pues podía, además, hacerse ayudar por otros compinches de su misma calaña.

Era conocido por Koy Shan el “Poderoso”.

Los ojos de almendra de Soy Foon se volvieron hacia el raquítico individuo que acompañaba a Koy Shan. Era el suyo un rostro que revelaba astucia y decisión.

La delgadez del hombrecillo resaltaba aún más con la desproporcionada largura de sus brazos y piernas.

Parecía una araña amarillenta pronta a lanzarse sobre su presa. También él estaba bien dotado para el servicio de Kwa. Su nombre era Chun Shi el “Astuto”.

El comerciante chino empezó a hablar en su jerga a los dos rufianes. Sus palabras hicieron aparecer malignas sonrisas en los rostros de Koy Shan y Chun Shi.

—Kwa ha hablado-tal fue el punto substancial de su discurso—. Dice que ha llegado el momento propicio. Cada uno de vosotros tiene que actuar. Os espera una gran tarea. Cuando la terminéis, recibiréis la recompensa de Kwa.

Los amarillentos rostros se animaron.

—Donde se requiera fuerza-continuó diciendo Soy Foon—, Koy Shan servirá al gran Kwa. Donde se necesite astucia, Chun Shi ejecutará la labor. Esto es todo. Acudiréis cada uno a la hora que os he señalado. Cuando Kwa vuelva a hablar, será llamado uno de vosotros para actuar.

Los chinos se inclinaron. No repitieron el nombre de Kwa. Este privilegio pertenecía solamente a los que, como Soy Foon, podían ver cara a cara al Ídolo Viviente.

Tanto Koy Shan como Chun Shi esperaban que su recompensa sería la promoción al grupo interior que formaban los creyentes a quienes permitía hablar con el mismo Kwa en persona.

Soy Foon correspondió a la reverencia de los dos chinos. Koy Shan y Chun Shi se retiraron. El comerciante quedó solo. Una lenta sonrisa apareció en su flácido rostro. Soy Foon se sentía satisfecho.

Como Chon Look, el budista, Soy Foon, el comerciante, estaba seguro de que era digno de la confianza que le dispensaba el gran Kwa.

Había en perspectiva un importante servicio.

¡Kwa estaba preparado! Koy Shan y Chun Shi habían recibido sus órdenes.

Hugo Urvin tenía también sus instrucciones. Kwa estaba a punto de actuar.

¿Dónde? Nadie lo sabía.

CAPÍTULO VII

UNA VISITA CASUAL

WESTLEY Hartnett se encontraba en el despacho de su departamento. El abogado trabajaba en el informe que había ofrecido a Barton Schofield.

Este informe se relacionaba con la situación de la Compañía Huxley.

El doctor Ward Zelka había hablado sabiamente cuando dijo a David Moultrie a Hartnett quizá volviese a reflexionar sobre su decisión.

El abogado se encontraba, pues, estudiando las posibles contingencias que pudieran presentarse si Moultrie insistía en seguir adelante con sus proyectos.

Westley Hartnett había sido sincero cuando habló de la honradez de Barton Schofield. El abogado merecía la confianza que en él había depositado el banquero retirado.

No obstante, Hartnett estaba haciendo exactamente lo que Zelka había predicho: estableciendo un balance entre la honradez y los intereses financieros.

El abogado continuó su trabajo con un montón de documentos extendidos ante él. De pronto descargó el puño sobre los documentos y cogió el teléfono.

Pidió un número; cuando le contestaron solicitó comunicación con Barton Schofield.

No tardó en dejarse oír la voz del anciano. Hartnett empezó disculpándose por llamar a hora tan avanzada. Era solamente las nueve, pero sobrepasaba a la en que Schofield acostumbraba a acostarse.

Cuando la cansada voz del banquero respondió a la disculpa,

Hartnett procedió a exponerle lo que le preocupaba.

—Se trata del asunto de la Huxley-declaró—. Se perderá dinero si usted se empeña en rechazar la combinación, *mister* Schofield. Esto me trae muy preocupado. No obstante, opino que debemos resistir hasta el final. ¿Qué le parece?

El abogado escuchó atentamente. Su rostro se iluminó al recibir las palabras de aprobación de Schofield. Cuando terminó la comunicación, Westley Hartnett se puso en pie y permaneció pensativo junto a su mesa.

Se sentía satisfecho de haberse mantenido en su primera decisión. Que el médico tramposo y el agiotista fullero hiciesen lo que quisiesen.

Westley Hartnett, como apoderado de Schofield, nunca se presentaría a participar en tan sucios manejos.

El abogado admiraba a Barton Schofield. El viejo banquero podía haber ganado fácilmente un millón de dólares como participación en el equívoco negocio. Moultrie y Zelka le habrían cedido con gusto tal cantidad.

Pero peligrando la honradez, Barton prefería perder la oportunidad de semejante ganancia.

Además estaba dispuesto a sacrificar sus actuales acciones de la Huxley, aunque Moultrie, en venganza, arruinase todos los valores de la Empresa.

Era cosa decidida. El abogado y su cliente estaban de acuerdo en tan importante asunto...

La aprobación de Schofield había terminado con toda indecisión por parte de Hartnett. El anciano había hablado con una firmeza que recordaba los días de su actividad financiera.

Sonó el teléfono. Hartnett contestó. Le llamaban del vestíbulo. El portero anunció que un caballero llamado Hugo Urvin pedía ser recibido.

El rostro del abogado expresó la mayor perplejidad. Contestó que podía subir el visitante; peor apenas hubo colgado el receptor, se preguntó cuál sería el objeto de la visita del joven.

Cuando apareció Urvin, el abogado le recibió con expresión interrogadora.

Urvin sonrió, mientras le tendía la mano. Luego preguntó si Hartnett disponía de tiempo para una pequeña consulta.

Hartnett asintió e indicó una silla al visitante. El abogado se sentó junto a la mesa, donde continuaban extendidos los papeles que se referían a la Compañía Huxley.

—Espero que no le habré interrumpido-empezó diciendo Urvin afablemente—. Llamé a su despacho esta tarde... pero había usted salido. Quería hacerle una pregunta sobre asuntos legales. Es usted el único abogado que conozco entre mis amigos.

—Hemos sido presentados-repuso Hartnett—. Pero nuestro poco trato apenas puede llamarse amistad.

—Es cierto-sonrió Urvin—. Generalmente nos hemos visto en el Unión Club. Pero lo que me decidió a visitarle a usted esta noche fue nuestro encuentro en casa de Barton Schofield.

—Recuerdo, en efecto, que le vi a usted allí-dijo Hartnett.

—En una de las fiestas de Maximina Schofield-recordó Urvin—. Ella mencionó que era usted el apoderado de su abuelo.

Hartnett recordó el incidente. Maximina, joven de veinte años, nieta de Barton Schofield, daba frecuentes fiestas, y en una de ellas Hartnett fue presentado a los invitados.

—Volveré allí mañana por la noche-continuó Urvin—. Quizá volvamos a vernos allí.

—Posiblemente-dijo Hartnett—. Yo estaré a primera hora de la tarde. Poco antes de venir usted he estado hablando con *mister* Schofield por teléfono.

—El objeto de mi visita-declaró Urvin cambiando de conversación—, se relaciona con mis asuntos propios. Acabo de pasar por un periodo de dificultades financieras que ha terminado ahora. Y he conseguido reajustar mis ingresos sobre excelentes bases. No obstante, alguno de mis acreedores continúa molestándome con facturas que ya he pagado, y como he sido algo descuidado en mis asuntos no se como reunir pruebas de tales pagos.

“Por eso se me ocurrió que usted podría aconsejarme e intenté verle a usted en su despacho. El asunto me preocupa tanto, que le agradeceré mucho me conceda una entrevista lo antes posible.

—Mañana no podrá ser-dijo Hartnett—. Quizá pasado mañana. Vaya a mi despacho pasado mañana, Urvin. ¿Le parece demasiado tarde?

Urvin quedó pensativo. Se levantó impacientemente de su

asiento y se aproximó a la ventana.

Durante unos momentos contempló el patio mientras se acariciaba la barbilla. Finalmente se volvió hacia el abogado e hizo un gesto afirmativo.

—Pasado mañana-convino—, pero pasaré por aquí mañana por la noche para dejarle mis documentos después de que vuelva de casa de Schofield...

—Estaré aquí-dijo Hartnett—. Pero preferiría que me visitase usted en el despacho al día siguiente.

Urvin se mostró de acuerdo y, cambiando súbitamente su preocupación en afabilidad, paseó la mirada por la habitación.

—Está usted bien instalado-observó—. ¿Vive usted solo, *mister* Hartnett?

—Mi esposa está fuera-explicó el abogado—. No tengo criados. Mi esposa volverá dentro de unos días. Entretanto voy a comer a los restaurantes. Aquí no hago otra cosa que dormir... y trabajar cuando tengo algo urgente.

Urvin le estrechó la mano y se retiró. Hartnett se volvió mientras volvía a ocupar su asiento detrás de la mesa. Estaba acostumbrado a clientes molestos como aquél.

Urvin con sus pequeñas dificultades, le había parecido más preocupado que muchos hombres de negocios que le había considerado asuntos de verdadera importancia.

¡Una visita nocturna, insistiendo en la urgencia de una consulta, y resultaba luego que se trataba de algunas facturas no pagadas, asunto que podía arreglar cualquier abogadillo principiante!

Tales casos molestaban a Hartnett, especialmente cuando el cliente le era antipático como le pasaba con Hugo Urvin, a quién tenía por un vago sin oficio ni beneficio.

Ya en la calle, Hugo Urvin se dirigió a la parte alta de Broadway. Iba sonriendo para sí. Había hecho un buen trabajo aquella noche.

Estaba seguro de que Hartnett no había adivinado el verdadero motivo de su visita, cuyo propósito quedó logrado cuando miró por la ventana.

Mientras caminaba, Urvin iba grabando en su imaginación ciertos detalles que había observado. La ventana de Hartnett era la quinta a partir del ángulo derecho del patio.

Estaba en el noveno piso. Seis ventanas más allá, a la vuelta de la esquina, estaba el final de un pequeño vestíbulo. Además, una pequeña cornisa sobresalía unos cuantos pies bajo la hilera de las ventanas.

Cerca de la calle Cuarenta y Dos, Urvin vio un autobús de Chinatown. Se aproximó al empleado que hacía la propaganda y le entregó cincuenta céntimos.

Recibió su billete y encontró un asiento aislado cerca de la trasera del enorme vehículo. Allí se dedicó a anotar lo que había observado en casa de Hartnett.

Luego dobló el papel y lo encerró en un sobre del tamaño de un naípe.

Terminada esta operación, sacó un periódico de un bolsillo y se puso a leer a la luz de un farol, que se filtraba al interior del vehículo. Un bocinazo le anunció al fin que el autobús estaba a punto de partir.

Unos hombres empezaron a desmontar el cartelón y los farolillos chinos para volverlos a colgar en el próximo autobús.

Hugo Urvin sonrió. Pronto estaría en la capilla budista. Allí, junto a las pajuelas de las ofrendas, depositaría cautelosamente el diminuto sobre.

Al salir del local esperaba recibir de Chon Look un recuerdo sagrado, especialmente destinado para él. La sonrisa de Urvin se acentuó. Le parecía ya sentir el roce de los billetes.

La información de aquella noche era exactamente la que se le había ordenado hacer. Tenía, pues, derecho a esperar nuevos fondos por su fidelidad a Kwa.

El autobús rodaba Broadway abajo. A Hugo Urvin se le hacía eterno el tiempo. Era el único viajero a quien molestaba la charlatanería del guía que iba explicando las diferentes curiosidades de Manhattan.

Al fin el autobús llegó a las primeras calles de Chinatown. Los viajeros se apearon y el guía los condujo hacia la puerta iluminada.

Hugo Urvin, que caminaba detrás del grupo, observó algunos chinos a las puertas de sus tiendas.

Y al fijar la mirada en el suelo, notó en él una silueta peculiar. Levantó entonces la vista y vio un chino de rostro solemne, vestido a la europea, parado junto a la puerta de un pequeño bazar.

Había algo de misterioso en el rostro del individuo. Urvin no pudo olvidar aquellas facciones de pajarraco nocturno. Al volver la cabeza vio que le seguía fijamente con la mirada.

La impresión de aquel incidente le duraba cuando penetró en la capilla budista. Había una razón para que el joven se sintiese preocupado.

Hugo Urvin era ahora el cómplice de un criminal. Instrumento del crimen, acababa de ver a alguien que era el terror del mundo del delito.

Aquel siniestro chino no era otro que La Sombra, que había adoptado un disfraz oriental para circular por Chinatown.

¡Buscaba una pista que le condujese a la guarida de Kwa!

Pero en su busca del Ídolo Viviente, La Sombra había tropezado con un ser maestro en astucias y artimañas. Ante sus mismos ojos, Hugo Urvin había pasado como uno de tantos componentes del grupo de curiosos.

Todo iba ejecutándose con arreglo a los planes de Kwa. Buscando extender su poder más allá de los confines del barrio chino, el Ídolo Viviente se había proporcionado tan ingeniosamente una ayuda, que ni la misma Sombra había conseguido descubrir aún tan diabólica astucia.

CAPÍTULO VIII

EL ROSTRO AMARILLO

WESTLEY Hartnett y Barton Schofield se encontraban en el amplio porche de la casa del viejo banquero. Por la puerta algo entreabierta llegaban rumores de música.

—Maximina disfruta con estas reuniones-comentó Hartnett—. ¿No le molesta a usted el ruido después de acostarse?

—Rara vez-contestó el anciano con voz cansada—. Mi habitación está aislada en el piso de arriba. Allí me encuentro completamente solo, y las paredes están hechas a prueba de ruidos.

La mención de la costumbre del banquero de retirarse temprano pareció tener un efecto inmediato. Barton Schofield se puso en pie y se dirigió lentamente hacia la puerta.

—Son más de las nueve-dijo—. Me voy a la cama. Buenas noches, Hartnett.

El abogado ayudó a su cliente a atravesar la puerta. Acudió un sirviente y acompañó a Barton Schofield en su penoso avance hacia las escaleras.

Hartnett se dirigió al salón, donde acababa de terminar la danza.

Maximina Schofield saludó con una sonrisa al abogado y, agarrándole de la mano, le condujo a un rincón donde la esperaba un joven.

—Quiero presentarle a usted a *mister* Vincent-dijo la joven—. Es un nuevo amigo mío. Lo he conocido por intermedio de Lamont Cranston.

Hartnett enarcó las cejas al escuchar aquellas palabras. Lamont Cranston, millonario trotamundos, era un hombre muy conocido en la alta sociedad de Nueva York; y cualquiera de sus amigos tenía que ser bien recibido en los salones aristocráticos.

Westley Hartnett estrechó la mano del joven y entabló conversación con él.

El abogado, por lo general, le interesaban muy poco los jóvenes que solían acudir a las reuniones de Maximina Schofield, pero Harry Vincent le impresionó como un tipo altamente inteligente.

—¿Es usted amigo de Lamont Cranston? —preguntó el abogado.

—Sí—contestó el joven—. Cenábamos juntos en el Ritz cuando me presentó a *miss* Schofield.

—Cranston es todo un carácter—comentó Hartnett—. Como siempre está viajando, creí que se encontraría en el extranjero en la actualidad. La última vez que fui a visitarle me dijeron que había partido a cazar elefantes en África.

—Yo hace mucho tiempo que conozco a Cranston—explicó Harry—. Tiene una manera de hablar de sus viajes que se le pasa a uno el tiempo sin sentir escuchándole.

—Yo he conocido a Cranston en el Cobalt Club—dijo Hartnett—. También le he oído hablar de sus viajes y estoy de completo acuerdo con lo que usted dice.

Los dos hombres se alejaron del salón, charlando. Hartnett, interesado en la conversación no se dio cuenta de que su compañero procuraba llevarle a otro sitio.

De pronto, al notar que se habían alejado de los bailarines, Hartnett propuso sentarse en el porche para fumar un cigarro. Harry aceptó.

El abogado y su joven amigo se enzarzaron en diversas discusiones mientras fumaban sendos “selectos” en la soledad del porche. Pasó el tiempo rápidamente.

Hartnett no parecía cansarse de la conversación de su compañero. Lo único que le intrigaba era por qué Harry Vincent, un hombre que parecía tan práctico, se había dignado asistir a una fiesta tan trivial como la que se celebraba en aquellos momentos.

Hartnett habría quedado asombrado de haber conocido la causa. Harry Vincent estaba allí con un fin especial. Y ese fin era vigilar a Hartnett.

Harry Vincent era un agente del fantástico personaje conocido por La Sombra. Había sido presentado a Maximina Schofield para poder actuar de protector secreto tanto del abogado como del viejo banquero.

En cierto modo, la misión de Harry era doble, pero se le había ordenado que concentrase su atención en Hartnett, a menos que algún acontecimiento hiciese más importante a Schofield.

La presentación de Harry a Maximina Schofield había sido muy bien planteada. La personalidad de Lamont Cranston, millonario trotamundos, que tenía su residencia permanente en Nueva Jersey, era frecuentemente adoptada por La Sombra.

Este, bajo la figura de Cranston, había invitado a Harry a cenar en el Ritz, donde siempre acostumbraba a hacerlo Maximina Schofield.

Sin embargo, el mismo Harry no sabía que era su misterioso jefe quien había organizado la presentación.

Sólo sabía que existía alguna relación entre Cranston y La Sombra; pero tenía al famoso millonario por otro agente confidencial y de ningún modo por la misma Sombra.

Esa noche Vincent pensaba permanecer en la casa hasta que Westley Hartnett se retirase. Entonces seguiría al abogado, a menos que algo le aconsejase permanecer en la mansión de los Schofield.

La Sombra confiaba en el claro juicio de Harry Vincent.

La conversación derivó hacia asuntos judiciales. Suavemente, Harry conquistó el interés de Hartnett, de tal modo que el abogado expresó su deseo de reunirse con él frecuentemente.

Este era un importante progreso para Harry Vincent. Significaba que podría vigilar más estrechamente a su nuevo amigo de allí en adelante.

—Vaya a verme-suplicó Hartnett—. Todas las horas son buenas... en mi despacho o en mi casa. Hago vida de soltero mientras mi esposa está ausente. Hay allí espacio suficiente, si usted quiere quedarse a pasar la noche. Francamente... no es frecuente tropezar con personas tan inteligentes como usted. Soy hombre de pocos amigos, pero sé apreciar las buenas amistades.

“Vea usted aquel joven-añadió señalando a un individuo que se estaba poniendo el abrigo y el sombrero para marcharse—. Me es verdaderamente antipático. Es el tipo perfecto del parásito social, vicioso y vago.

El abogado se refería a Hugo Urvin. Maximina Schofield se había aproximado para despedir al invitado. Al volverse, vio a la pareja sentada en el solitario porche.

—¡Me preguntaba qué había sido de ustedes! —exclamó la joven—. No me extrañaba que *mister* Hartnett se hubiese marchado, porque no le gusta el baile. Pero usted no tiene excusa, *mister* Vincent. ¡Venga a bailar esta danza conmigo!

Harry hizo un gesto a Hartnett y se alejó con la joven para unirse a los demás invitados. Pero al finalizar la danza se las arregló para regresar al porche.

Al aproximarse a la puerta abierta vio a Hartnett fumando soñolientamente su cigarro. Harry se detuvo de pronto.

Detrás del abogado, espiando por el hueco de una ventana abierta, vio el rostro más odioso que pudiera imaginarse. Era un rostro amarillento, de ojos saltones y dientes lobunos, con una expresión de odiosa malignidad.

Era un rostro demoníaco. Una masa de grotesca amarillez; una cara que parecía demasiado horrible para ser humana.

Harry Vincent esperó, sin hacer el menor movimiento que delatase su llegada. Y mientras esperaba, el rostro desapareció como si se hubiese fundido por las sombras.

Harry penetró entonces en el porche. Su aparición sacó a Hartnett de su ensueño.

—Hola, Vincent-dijo el abogado—. Me quedé medio dormido. Tendré que retirarme pronto. Me terminaré antes el cigarro. Siéntese; siéntese.

—Volveré-dijo Harry—. Tengo que hacer una llamada telefónica. Le veré a usted antes de que se marche.

Harry encontró el teléfono en una pequeña cabina del vestíbulo. Pidió un número y le contestó una voz.

—Burbank al habla.

Era la voz del hombre que servía de enlace a La Sombra. Siempre estaba disponible para los agentes de servicio como Harry. Sólo Burbank tenía comunicación directa con La Sombra.

—Alguien vigila a Hartnett-informó Harry Vincent, mientras miraba a su alrededor para cerciorarse de que nadie le escuchaba—. Rostro amarillo... como un chino. Le vi espiando por la ventana del porche.

—Espere la respuesta.

Harry colgó el receptor y esperó. Transcurrieron unos minutos. El timbre empezó a repiquetear, pero Harry descolgó el aparato tan

rápidamente que estaba seguro de que nadie pudo oír el timbre.

—Vincent al habla-informó.

—Aquí Burbank-dijo la voz—. Retenga a Hartnett. Vigile por si reaparece el rostro amarillo. Sígale la pista si es posible.

Harry colgó el receptor. Sabía lo que significaban las órdenes recibidas. La Sombra no tardaría en presentarse. Si conseguía retener a Hartnett un rato más, todo marcharía bien.

Pero cuando Harry llegó al porche se encontró con que el abogado no estaba ya allí. Durante la ausencia de Harry, Hartnett, evidentemente, se había decidido marchar a la ciudad.

El joven atravesó apresuradamente el salón de baile y salió a la veranda. Se extendía ante ella un sendero que desaparecía en una curva. Al final Harry vio un *coupé* a punto de arrancar.

¡El coche de Hartnett!

Las órdenes eran retener a Hartnett; y ya no podían cumplirse. Al único recurso era seguir al abogado a la ciudad.

El *coupé* de Hartnett estaba estacionado ante el mismo sendero. Pero mientras el joven observaba los movimientos del vehículo, sus ojos se posaron en un seto que iluminaban en aquel momento los faros.

Agazapada tras el ramaje percibió una grotesca figura que vigilaba la marcha del abogado. Y cuando las luces cayeron de lleno sobre el seto, Harry vio el mismo rostro que había observado en la ventana del porche.

Los saltones ojos de aquel rostro demoníacos estaban fijos en el coche.

Cuando éste se puso en marcha, la repugnante figura volvió la cabeza como para no perder de vista al conductor del *coupé*.

El coche se alejó a gran velocidad; las luces desaparecieron; pero a la suave claridad que proyectaban las iluminadas ventanas de la mansión de Schofield, Harry pudo ver claramente la silueta de la insidiosa criatura.

Harry siguió observando en silencio. Se le presentaba un dilema. Tenía ahora dos deberes que cumplir: vigilar a Hartnett y espiar a aquel nocturno visitante.

De no haberle descubierto, Harry se habría decidido a seguir al abogado.

Ahora, con lo que parecía ser un insidioso enemigo a la vista,

Harry decidió quedarse. Debía permanecer allí para guiar a La Sombra.

¿Westley Hartnett? Harry sintió escrúpulos; luego resolvió que el abogado estaría seguramente a salvo. En cambio el peligro continuaba allí, oculto tras aquellos setos, al acecho de su futura víctima.

Harry se acordó de Barton Schofield, y esto le hizo seguir observando el sitio en que continuaba agazapado el misterioso personaje. Si éste se aproximaba a la casa, sería preciso dar la alarma.

Pasaron quince, treinta minutos. Harry se dio cuenta de pronto que el monstruo se había puesto en movimiento.

La figura fue alargándose, tomando forma humana, y, tras atravesar el campo de césped, se perdió en la obscuridad.

¿Era el momento de obrar? Harry titubeó. Esperó unos minutos más con la esperanza de que la siniestra figura reapareciese. Luego, alarmado, volvió a entrar en la casa.

Algo se agarró a su brazo; Harry reprimió una exclamación al volverse y enfrentarse con dos ojos de fuego que le miraban en la obscuridad.

¡La Sombra!

Harry había visto rara vez a su misterioso jefe. Este incidente le recordó la noche en que entró al servicio de La Sombra.

Una multitud de recuerdos invadieron su imaginación; pero se esfumaron cuando oyó una sola palabra... una orden que no admitía demora, pronunciada en tono siniestro.

—¡Informe!

Harry relató atropelladamente lo que le había sucedido. La Sombra contestó con otra sola palabra:

—¡Quédese!

Dicho esto el negro fantasma desapareció. Tan rápida y silenciosa fue su partida, que Harry no pudo descubrir la dirección que había tomado.

Unos minutos después volvió a notar la presión en su brazo. Esta vez, sin volverse, escuchó las instrucciones que La Sombra le musitaba.

—Su sombrero. Su abrigo. Monte en su coche y deténgase con las luces apagadas bajo uno de los árboles que hay el otro lado del

prado.

La figura de La Sombra se desvaneció de nuevo. Harry penetró en la casa, pidió su abrigo y su sombrero y dijo al criado que informase a *miss Schofield* que se había visto obligado a marchar para una cita inesperada.

El joven corrió a su *coupé* y lo condujo al sitio convenido. Apenas había detenido el coche y apagado las luces, cuando se abrió la portezuela y una mano firme le obligó a saltar a tierra.

Luego oyó la voz de La Sombra junto a su oído. El señor de las tinieblas le indicaba una ventana que se destacaba claramente en la fachada gris de la casa. Era como una mancha negra que Harry distinguió en seguida.

—Es la habitación de Barton Schofield-musitó La Sombra—. Estuve allí. Toda va bien por ahora. La ventana es el único camino para entrar. La puerta del fondo está cerrada. Vigile por si se presenta algún intruso. Actúe en caso necesario.

Las palabras terminaron en tono casi burlón. Sus ecos persistieron en el oído de Harry. Antes de que se extinguieran, La Sombra había desaparecido.

Surgió un coche de las tinieblas. Harry comprendió lo sucedido. La Sombra partía a alguna determinada misión. Quizá se dirigía a proteger a Westley Hartnett, mientras él quedaba allí de guardia.

Pasaron unos minutos; Vincent seguía vigilando. El ser de rostro amarillo había desaparecido sin dejar rastro, coincidiendo con la llegada de La Sombra.

¡Rostro amarillo! ¿Qué amenaza significaba? ¿Perteneecía a un rostro de maldad que amenazaba las vidas de unos hombres indefensos?

Harry adivinaba que el ser demoníaco rondaba aún por allí, dispuesto a atacar a un débil anciano, dormido en una apartada estancia.

Él, Harry Vincent, era la única persona que podía proteger a Barton Schofield, caso de reaparecer la amenaza. Aquella ventana sería fácilmente accesible para la ágil y simiesca figura que Harry había visto atravesar el prado.

Convencido de la importancia de su misión, Harry esperó, apoyada la mano en el frío acero de la automática que descansaba en el bolsillo de su abrigo.

Un coche había cruzado el sendero después de la marcha de La Sombra.

Siguió otro coche; marcharon otros invitados unos minutos más tarde. Harry Vincent continuó vigilando.

CAPÍTULO IX

EN EL UNION CLUB

MIENTRAS ocurrían tan extraños episodios en la mansión de Barton Schofield, Hugo Urvin había llegado al Unión Club de Manhattan.

Al entrar en los salones de aquel aristocrático centro, el joven sintió viva satisfacción.

Su segunda llegada a Chinatown había tenido lugar la noche anterior. Allí, en la capilla budista, había entregado su sobre. En correspondencia había recibido uno de los pequeños envoltorios de Chon Look.

El paquete contenía cinco billetes de Banco sujetos a una bandejita de metal, recuerdo de la visita.

Pero esta vez los billetes eran de doble valor: de cien dólares cada uno.

Y entre las hojas de papel del envoltorio. Hugo Urvin había descubierto otro mensaje.

¡Más dinero! Aquello parecía ser una mina. Para esa noche, Urvin tenía otra misión que cumplir en servicio de Kwa.

Había abandonado la mansión de Schofield a primera hora de la noche con objeto de llegar a tiempo al Unión Club con tal objeto.

Al atravesar la sala de tertulias, Urvin descubrió al hombre a quien buscaba.

Era Blaine Goodall, presidente de la Compañía Huxley. El Unión Club era el lugar en que Goodall podía ser encontrado más fácilmente. Vivía en el Club y lo abandonaba rara vez, excepto para ir a su despacho.

Urvin, dándose aires de potentado, se sentó junto a Goodall y entabló con él una amistosa conversación. El presidente de la

Huxley parecía algo preocupado. No obstante, empezó a hablar animadamente.

Urvin, con objeto de hacer notar que ahora se encontraba bien provisto de fondos, hizo a Goodall una serie de preguntas sobre las ventajas de vivir en el Club.

—Me gusta esto-declaró Goodall—, y a usted probablemente también le agradaría vivir aquí.

—¿En qué piso tiene usted su habitación? —preguntó Urvin en tono casual.

—En el quinto-contestó Goodall—. En la habitación quinientos cincuenta. No la he cambiado desde que me alojé aquí. Esta noche será la primera vez después de seis meses que no duerma en ella.

—¿Esta noche? —repitió Urvin—. ¿Se marcha usted de la ciudad?

—Sí-declaró Goodall—. Espero salir a medianoche. Me marchó a Trenton.

—Es algo tarde-observó Urvin.

—Estoy esperando a un amigo, a Conrad Beecham, que me acompañará. Pero no puede venir a buscarme hasta medianoche. De no ser por eso, saldría ahora mismo.

—Trenton-observó Urvin—. Supongo que irá usted por el camino de Lincoln, como es costumbre.

—No-contestó Goodall—. Prefiero el camino transversal. Hay menos tráfico.

Goodall sacó un sobre del bolsillo, trazó sobre él un itinerario y luego arrojó el papel al cesto.

—Nos veremos más tarde, Goodall-dijo Urvin poniéndose en pie —, y gracias por la información de las habitaciones. Probablemente terminaré alojándome aquí.

Después de atravesar el vestíbulo, Urvin aceleró el paso al llegar a la puerta exterior. Mientras caminaba consultó su reloj.

Eran las diez y media. El joven estuvo tentado de tomar un taxi en las cercanías de la calle Cuarenta y Siete, pero observó de pronto que estaba a punto de salir una autobús para Chinatown. Apresuró entonces el paso, pagó su medio dólar al conductor y ocupó un asiento vacante.

Sacando del bolsillo una hoja de papel empezó a trazar con lápiz una serie de signos ininteligibles, mientras observaba al individuo

que iba a su lado.

Y al notar que el hombre parecía interesado en las explicaciones del guía, escribió rápidamente un corto informe de su conversación con Blaine Goodall.

A continuación plegó el papel, lo introdujo en un diminuto sobre, y se lo guardó en el bolsillo.

El autobús empleó casi media hora en llegar a su destino. El guía llevó al grupo de turistas por las calles de Chinatown.

Antes de llegar a la esquina de las calles Mott y Pell, el empleado introdujo a su rebaño en una callejuela que iba a dar a la capilla budista.

Chon Look vió a Hugo Urvin. Cuando el chino terminó su explicación de las pajuelas propiciatorias observó que el americano las recogía para examinarlas. Vio también el sobre que Urvin depositaba junto a ellas.

Chon Look terminó apresuradamente su charla, condujo a los visitantes a la puerta e hizo una seña a las muchachas para que trajesen los paquetitos de regalo. Uno de éstos estaba destinado a Hugo Urvin.

—Importante-musitó Urvin mientras tomaba el paquetito de manos del budista—. Actúe rápidamente.

Chon Look no respondió nada, pero Urvin se dio cuenta de que el chino le había comprendido.

En cuanto quedó vacía la estancia. Chon Look se apresuró a acercarse a las pajuelas recogió el sobre y abrió el pasadizo secreto. Una vez llegado al templo golpeó el gong mudo.

Los pebeteros lanzaron sus nubes de humo. La figura de Kwa apareció sobre su taburete. Chon Look entregó el sobre. Kwa lo desgarró con sus largas uñas y leyó el mensaje. Gorgoteó una risa cruel en sus carnosos labios.

Su ganchuda mano se apoyó en uno de los costados del taburete, oprimiendo un botón invisible.

Un instante después se abrió un panel y entró Soy Foon. Kwa había llamado a su secuaz. El Ídolo Viviente alargó la nota a Soy Foon y pronunció unas palabras en chino. El comerciante hizo una reverencia.

Antes de que terminase su saludo, los pebeteros lanzaron nuevas nubes de humo y Kwa desapareció.

Chon Look y Soy Foon se separaron y cada uno marchó por su pasadizo.

Chon Look volvió a la capilla y Soy Foon a su trastienda. Al llegar a ella lanzó una voz. Apareció un muchacho. Soy Foon le habló en inglés, que parecía ser el único lenguaje que comprendía aquel joven nacido en América.

—Ve a buscar a Koy Shan-ordenó Soy Foon.

El muchacho se inclinó y se retiró.

Cinco minutos después un golpecito en la puerta anunció la llegada del visitante. Soy Foon franqueó la entrada al corpulento chino.

—¿Estas preparado, Koy Shan? —preguntó Soy Foon.

—Tan preparado como lo estaba Chun Shi-contestó el forzudo.

—Chun Shi marchó ya-declaró Soy Foon con una lenta sonrisa —. A ti te llega ahora la vez de hacer lo mismo.

El comerciante se acercó más al atleta y empezó a hablarle con un sonsonete monótono. En el desfigurado rostro de Koy Shan el “Poderoso” brilló la comprensión.

Una capilla secreta en el corazón de Chinatown; órdenes de Kwa por mediación de su secuaz, Soy Foon, era sin duda una siniestra escena, pero no tanto como la que estaba ocurriendo no lejos de aquel lugar.

En un ennegrecido edificio de una obscura calleja de Chinatown se abrió un pequeño postigo al nivel del suelo. Asomaron cautelosamente la cabeza y los hombros de un hombre.

Siguió el cuerpo. Una figura completamente cubierta con un sombrero y un abrigo acabó de surgir y se esfumó apresuradamente por la calleja. La puerta volvió a cerrarse inmediatamente.

Mientras caminaba, el fugitivo procuraba evitar las luces de la calle. No obstante, una le iluminó de lleno, y entonces pudo verse su rostro amarillento de expresión siniestra.

Era el mismo rostro que Harry Vincent había visto tras los setos de la casa de Barton Schofield. ¡Era el rostro de Kwa!

La expresión maligna de sus facciones fue sufriendo un cambio, y cuando llegó a otra obscura callejuela tenían aspecto más humano.

Su rápida carrera le condujo a una calle apartada de Chinatown, donde la monstruosa armazón del “elevado” vibraba al paso de un

tren.

El individuo se detuvo para entrar en un almacén pobremente iluminado situado al otro lado de la calle. Una vez dentro, se dirigió a un oscuro rincón donde había un aparato telefónico adosado a la pared.

Allí, invisible su rostro para el almacenista, introdujo una moneda en la ranura y descolgó el receptor.

El dedo que marcó el número tenía las uñas menos ganchudas que cuando su dueño representaba a Kwa. El misterioso individuo había perdido su peculiar identidad.

La voz había sufrido también un cambio. Cuando este hombre hablaba su tono era fingido, pero ya no tenía su característica gangosidad.

Transformado en otra persona, el hombre que había sido Kwa, no se parecía en lo más mínimo al llamado Ídolo Viviente.

Vuelto de espalda—única parte de su cuerpo visible dentro del almacén—, tenía el aspecto de un neoyorquino entrado al azar en aquel lugar para enviar un mensaje telefónico.

Kwa no era ya Kwa. Le había sustituido un ser de sosegados modales que despachaba sus asuntos por un teléfono de pago, como un ciudadano cualquiera.

Sin embargo, a pesar de su actual aspecto, Kwa era todavía una amenaza. El Ídolo Viviente preparaba sus planes para un crimen insidioso.

CAPÍTULO X

LA ASTUCIA DE CHUN SHI

EL domicilio de Westley Hartnett estaba situado en uno de los barrios extremos de la parte alta de la ciudad.

A pesar de que el abogado había viajado rápidamente en su coche, era cerca de la medianoche cuando llegaba a su destino.

De haber tenido que dirigirse a algún punto del bajo Manhattan-Chinatown, por ejemplo—, haría ya tiempo que estaría en él.

Westley Hartnett estaba satisfecho de la rapidez con que había hecho el recorrido hasta su casa. Otro coche, sin embargo, le había seguido a mayor distancia.

La Sombra, presintiendo una amenaza para el abogado, había emprendido su persecución apenas se apartó de Harry Vincent.

Cuando Hartnett entraba en el vestíbulo de su casa, un esbelto *coupé* desembocaba en la Avenida, una docena de calles más allá.

Los accidentes más triviales tienen a veces importantes consecuencias en los sucesos inmediatos. La puerta del ascensor se estaba cerrando cuando se aproximó Westley Hartnett. El operador vio al abogado y volvió a abrir la puerta.

Al mismo tiempo, allá en la Avenida, un taxi que desembocaba en la calle lateral chocó con un *sedan*, y el tráfico quedó bloqueado automáticamente.

El conductor del *coupé* se vio, pues, obligado a esperar a los demás coches que se pusieran en fila para salvar la inesperada barricada.

Así, pues, Westley Hartnett no experimentó el menor retraso para subir a su apartamento, mientras que la persona que se velaba por él perdió preciosos minutos en sus esfuerzos por alcanzar el abogado.

Al llegar a su departamento, Hartnett abrió rápidamente la puerta y encendió la luz del recibidor. Si se hubiera detenido para quitarse el abrigo y el sombrero, habría tenido de nuevo la ocasión de evitar un inminente peligro. Pero aquella noche, contrariamente a su costumbre, Hartnett se dirigió directamente al salón y encendió una de las lámparas.

El abogado acertó a encender la que estaba más próxima a la ventana. Y al observar que la atmósfera estaba muy cargada levantó la vidriera.

Quizá el hecho de no haberse quitado el abrigo fue causa de que encontrase demasiado caldeada la habitación. Como quiera que fuese, Hartnett estaba ayudando involuntariamente a alguien que esperaba el momento de entrar en acción.

Mientras el abogado volvía la espalda a la ventana, saltó desde las tinieblas exteriores una extraña criatura.

Y como una araña humana, aprisionó con brazos y piernas el cuerpo del abogado. Hartnett lanzó un grito angustioso mientras se debatía para librarse del mortal abrazo.

La criatura se enroscó a su víctima. Hartnett se encontró frente a un rostro amarillento de expresión infernal; era el chino conocido por Shun Shi el “Astuto”.

El secuaz de Kwa había estado esperando el regreso del abogado, colgado de la parte exterior de la ventana.

Unas manos como garras aprisionaron el cuello de Hartnett. Antes de que el abogado pudiera romper la tenaza, Chinatown se había enroscado más a su cuerpo.

Los largos miembros del astuto criminal rodeaban a su presa como los ondulantes tentáculos de un pulpo.

La mano del chino ahogó los gritos de Hartnett; sin embargo, permitió que el abogado pudiera desplazarse, dando tumbos, en torno a la habitación. En aquello estribaba la astucia de Shun Shi; y Hartnett cometió un fatal error.

De haberse limitado a luchar contra las manos que le aprisionaban, habría retrasado su muerte, pues Chun Shi habría necesitado mucho tiempo para estrangularlo.

Por ironía del destino, un ser amigo iba aproximándose a aquellos lugares y una más acertada defensa por parte de Hartnett habría significado su salvación.

Pero el abogado se limitó a ir dando bandazos de un lado a otro, y se colocó en la posición exacta que esperaba Chun Shi.

¡Cerca de la mesa, y Hartnett apoyado en ella de espaldas! El contorsionado cuerpo de Chun Shi pareció saltar hacia arriba, y el cambio de peso hizo que el abogado perdiera el equilibrio.

Mientras caía hacia atrás, el chino lanzó un ahogado rugido y aplicó la palma de su mano derecha sobre el rostro de su víctima.

La nuca de Hartnett chocó contra el ángulo de la pesada mesa, y el cuerpo se desplomó como un fardo.

Chun Shi se alejó de un salto, con la agilidad de un acróbata. Sus ojos de azabache se cercioraron de que toda había terminado y con un nuevo salto ganó la ventana.

Un instante después gateaba por la estrecha cornisa que corría a lo largo del edificio, siempre por debajo de las balaustradas.

Medio minuto después de haber abandonado el cadáver de Westley Hartnett, Chinatown ganaba la ventana que daba al pasillo lateral y desaparecía.

El cuerpo de Hartnett quedó inmóvil sobre el suelo, junto a la mesa. Pasaron largos minutos. Chasqueó la cerradura de la puerta.

Esta se abrió y apareció una forma negra. La Sombra avanzó lentamente hasta el salón. El caballero de las tinieblas, espectral figura iluminada por una lámpara, contempló la obra de Chun Shi.

Westley Hartnett estaba muerto. El destino había conspirado contra él aquella noche. Desde el momento en que Harry Vincent había echado de menos al abogado en el porche, se había conjurado todo para favorecer los siniestro planes de los asesinos.

La insidiosa figura que Harry había visto detrás del seto había sido el objeto principal de la vigilancia de La Sombra.

La rápida carrera del caballero de la noche iba encaminada a evitar que Hartnett cayese víctima de la infernal criatura. Pero un enemigo más astuto había esperado el regreso del abogado a su casa.

A pesar de todo, La Sombra podía haber salvado a Hartnett de no haber sido por una serie de factores adversos.

La rápida llegada a su hogar de Westley Hartnett; el imprevisto retraso de La Sombra en la Avenida; la hábil estrategia de Chun Shi...

Westley Hartnett estaba muerto. Su asesino había desaparecido

sin dejar el menor rastro.

Sin embargo, La Sombra, al examinar el cadáver del abogado, comprendió que la muerte había ocurrido unos minutos antes y que sólo había un camino por el que el asesino hubiera podido escapar.

Asomándose al exterior, el maravilloso investigador observó la cornisa que corría bajo la fila de las ventanas.

La Sombra comprendió que alguna criatura de movimientos felinos había escapado por allí y que su persecución sería inútil.

Sonó en la habitación una risa burlona. Era el siniestro grito de venganza de La Sombra. El mal había triunfado allí aquella noche.

¡Pero quienquiera que fuese el criminal, no podría arrebatarse otra vida!

La Sombra recordó las palabras que había escuchado unas noches antes: el frío análisis hecho por el doctor Ward Zelka en el restaurante Brindle.

Westley Hartnett era uno de los que estorbaban sus criminales planes. Su eliminación favorecía a alguien que esperaba conseguir mal ganadas riquezas.

El pensamiento de La Sombra voló a otra parte. Ya no a La Sombra le preocupaba la suerte corrida por Westley Hartnett. El abogado no podía ser vuelto a la vida. Había que pensar en otra persona; en alguien que estaba todavía vivo y merecía vivir.

¡Blaine Goodall! Después de Westley Hartnett, el presidente de la Huxley era el principal obstáculo para los proyectos de los criminales.

¿Cuánto tiempo tardaría en llegarle la vez?

Mientras se maduraba un crimen, La Sombra lo consideraba como una amenaza inminente. El maestro de detectives nunca malgastaba el tiempo cuando la suerte decretaba algo irremediable. Blaine Goodall, vivo, requería protección. Westley Hartnett, muerto, no necesitaba ninguna.

Resonó la lúgubre risa. Las paredes devolvieron sus ecos, y cuando se extinguió el último no quedaba en la estancia más que el cuerpo de Westley Hartnett.

La Sombra había desaparecido. El afortunado golpe de Chun Shi no era más que el primero de una serie.

¡Cuándo descargase el próximo, La Sombra estaría allí para impedirlo!

CAPÍTULO XI

ACTUA LA SOMBRA

POCO después de medianoche, a la media hora de la trágica muerte de Westley Hartnett, entró en el vestíbulo del Unión Club un hombre alto y de rostro afilado. El portero del club se inclinó al reconocerle.

Lamont Cranston no era socio del Unión Club, pero tenía tarjeta de libre admisión, y su presencia agradó al portero.

No era frecuente que el célebre millonario visitase el edificio. Los socios del club le apremiaban para que entrase a formar parte de la organización, y el portero, orgulloso del prestigio del club, secundaba sus esfuerzos.

El millonario sonrió afablemente y cruzó el vestíbulo. Su mirada se dirigió al salón de tertulias.

Sus oídos percibieron una voz airada. Cranston se detuvo para presenciar la acalorada discusión entre un individuo grueso y un empleado.

—Le digo a usted que *mister* Goodall tiene que estar aquí-repetía el hombre grueso—. Prometió esperarme hasta las doce...

—Lo sé, *mister* Beecham-replicaba el empleado—, pero cuando recibí su aviso telefónico...

—¡Yo no telefoneé aquí! —protestó Beecham.

—Déjeme decirme exactamente lo ocurrido, señor. Atendí al teléfono y se me dijo que la llamada era de usted y que comunicase a *mister* Goodall que usted no podía acompañarle en su excursión a Trenton. Lo hice así, y *mister* Goodall se marchó.

—¿Quién le llamó a usted?

—¡No lo sé, señor!

—¡Es escandaloso! —vociferó Conrad Beecham—. No dije a

nadie que llamase en mi nombre. ¿Dónde estaba *mister* Goodall cuando lo vio usted por primera vez?

—Estaba sentado aquí mismo, señor-dijo el empleado, señalando un gran sillón—. Pareció contrariado cuando le informé de que no vendría usted.

—¡Jamás avisé tal cosa! —volvió a tronar Beecham—. ¡Esto es un ultraje! ¡Voy a subir a la habitación de Goodall! ¡Si está allí, pobre de usted! ¡Significará su despido inmediato!

El empleado se encogió de hombre y Beecham salió del salón como una tromba. El empleado salió a andar tras él.

Lamont Cranston, testigo silencioso de la escena, sacó una lenta bocanada de humo de su cigarro y se aproximó al sitio en que el empleado había dicho que Blaine Goodall había estado sentado.

¡Una excursión a Trenton!

Un hábil policía habría considerado esto como una pista perfecta. Una ancha carretera conducía de Nueva York a Trenton. Siguiéndola, aún se podría haber dado alcance a un hombre que viajaba a velocidad normal.

La Sombra, no obstante, y a pesar de haberse enterado de que Blaine Goodall había partido, no mostró el menor apresuramiento.

Bajo el pacífico disfraz de Lamont Cranston, el maravilloso investigador contempló el sillón que Goodall había ocupado recientemente.

Transcurrió un minuto... un minuto que un detective vulgar habría considerado como una pérdida de tiempo. Pero al final de aquel minuto la penetrante mirada de La Sombra había encontrado un rastro.

Por debajo del borde del asiento sobresalía la punta de un pedazo de papel blanco. Lamont Cranston, sin dejar de fumar su cigarrillo, se sentó en el sillón de Blaine Goodall y con el mismo movimiento recogió del suelo un sobre. Los ojos de La Sombra contemplaron el rudimentario croquis trazado por Goodall para ilustrar su conversación con Hugo Urvin.

La mano de La Sombra estrujó el sobre hasta convertirlo en una pelota y lo arrojó al cesto de los papeles, de donde había rebotado al ser lanzado por Blaine.

La Sombra acababa de ganar un tanto contra el enemigo. Su calma le había permitido evitar un paso inútil.

Cualquiera otro habría seguido el camino directo hasta la capital de Nueva Jersey, pero La Sombra estaba dispuesto a tomar la ruta desviada por la que Blaine Goodall había mostrado preferencia.

El misterioso personaje que se ocultaba bajo el disfraz de Lamont Cranston se levantó y se dirigió al vestíbulo.

Allí entró en una cabina telefónica y pidió un número de Nueva Jersey.

Contestó una voz; era la de Richard, ayuda de cámara de Lamont Cranston.

—Aquí *mister* Cranston-dijo La Sombra con el empaque de un millonario—. Di un Stanley que pienso utilizar el coche de carreras esta noche. Que lo lleve inmediatamente junto al Túnel de Holanda, en Nueva Jersey, y me espere allí.

Terminada la comunicación, La Sombra abandonó el Unión Club. El portero le saludó respetuosamente al pasar. Bajo la aguileña nariz del falso millonario floreció una sonrisa burlona.

¡Lamont Cranston! Su nombre inspiraba respeto y admiración. Sólo La Sombra sabía que el verdadero Lamont Cranston se encontraba cazando elefantes por los bosques de Nigeria.

Al llegar junto al *coupé*, La Sombra actuó más rápidamente. El ligero coche se lanzó veloz hacia la parte baja de la ciudad. Al poco tiempo llegaba al Túnel de Holanda y cruzaba el tubo bajo el río Hudson.

Era un coche muy rápido, pero no lo suficiente para alcanzar a un hombre que llevaba tanta delantera como Blaine Goodall.

El *coupé* se detuvo al otro extremo del Túnel. Su ocupante, el falso Cranston, se apeó y se aproximó al soberbio *roadster* que le estaba esperando.

El uniformado chofer saludó llevándose la mano a la visera de la gorra.

—Hola, Stanley-dijo la voz campechana de Cranston—. Lleva el *coupé* a casa. Voy a dar unas vueltas por ahí.

El chofer notó que su mano llevaba un pequeño maletín, cosa que solía hacer frecuentemente. Stanley habría quedado sorprendido, de haber sabido su contenido.

En la obscuridad del interior del coche de carreras, el personaje que era el doble exacto del millonario abrió el maletín y sacó una serie de envoltorios.

Cuando el coche se puso en marcha, el conductor desapareció bajo los pliegues de una capa negra. Un amplio sombrero de fieltro cubrió su cabeza.

Unos guantes negros enfundaron sus manos.

¡La Sombra era otra vez La Sombra!

El soberbio *speedster*—un coche con ruedas mucho mayores que las de los grandes *limousines*—avanzó veloz por la carretera de Lincoln.

No había duda de que iba dando alcance a Blaine Goodall; pero su velocidad, por el momento, no era mayor que la que podía haber desarrollado el *coupé*.

El coche llegó a un cruce de carreteras y siguió la que Blaine Goodall había elegido para su excursión a Trenton, por ser la menos frecuentada y permitir mayor velocidad.

¿Millas? ¿Qué eran unas millas para aquel potente vehículo? ¡Y además era La Sombra quien iba al volante!

La carretera se perdía a lo lejos en línea recta. Ni un solo coche a la vista a aquella hora tan avanzada.

El motor zumbaba suavemente a setenta millas por hora. A poco el cuadrante marcaba noventa. El zumbido se convirtió en un rugido.

El coche avanzaba ya a ciento diez. Se sostuvo largo rato en tan terrible velocidad, tendiendo a aumentarla de vez en cuando, y acometiendo temerariamente las curvas más peligrosas.

La mano de La Sombra se aferraba al volante. El implacable enemigo del crimen iba ganando a Blaine Goodall una milla cada dos.

Si aquella noche acechaba el peligro al paso de un hombre inocente, La Sombra estaría allí para impedirlo.

CAPÍTULO XII

EL PODER DE KOY SHAN

BLAINÉ Goodall corría por la bien pavimentada carretera de Trenton, y atravesaba un lugar solitario no lejos de la ciudad de Hopewell.

El camino elegido por el presidente de la Huxley era excelente, a pesar de su moderada anchura.

Empezaba a caer una ligera llovizna. El piso estaba resbaladizo, y Goodall redujo la velocidad de su coche a cuarenta y cinco millas por hora.

Hasta entonces había corrido a cincuenta y cincuenta y cinco millas.

Blaine Goodall iba disgustado. No podía comprender por qué su amigo Beecham había cambiado de parecer sobre aquella excursión a Trenton.

Goodall se sentía intranquilo desde que recibiera el mensaje telefónico en el Unión Club. A causa de aquel mensaje tenía que viajar solo. Si su amigo le hubiese avisado antes, habría podido salir a las ocho y estaría ahora disfrutando de un lecho confortable en un buen hotel de Trenton.

La llovizna hacia muy molesta la conducción del coche. Goodall no podía comprender la falta de consideración que Beecham había demostrado.

No cesaba de pensar en ello.

Poco podía sospechar que su casual conversación con Hugo Urvin había sido la verdadera causa de su actual situación.

Después de aquella conversación se habían sucedido una cadena de notables acontecimientos, y en aquel mismo momento Goodall corría a enfrentarse con peligros inesperados.

Una de las cosas que más molestaban a Blaine Goodall era la frecuencia de las señales de cruce.

Cada vez que aminoraba la velocidad del coche obedeciendo a una de aquellas señales, descubría que se trataba de un cruce de caminos de tercera clase. No obstante, Goodall obedecía instintivamente cada aviso a medida que se iban presentando.

Corría ahora por una larga curva desierta. A lo mejor las luces del faro de un aeródromo trazaba sus pinceladas de luz sobre el horizonte.

Sus destellos estaban siempre igualmente espaciados. Goodall pensó que el camino daría la vuelta al faro.

Zumbó algo allá atrás. El ruido fue convirtiéndose en un rugido distante.

¿Un aeroplano? Se parecía más a un poderoso motor que avanzase por la carretera, aunque la rapidez conque se aproximaba convenció a Goodall de que debía tratarse de un avión más bien que de un coche, pues el ruido iba aumentando constantemente.

Una curva. Otra señal de cruce. Goodall aplicó los frenos y cruzó perpendicularmente un polvoriento camino. Luego pisó el acelerador para acometer una pendiente.

El ruido de allá atrás se convirtió en un rugido terrorífico al enfilarse la poderosa máquina la cuesta que Goodall acababa de tomar.

Los poderosos faros de un coche llamaron en el espejo retrovisor.

Apareció otra cosa allá adelante... atravesada en la carretera. Era un coche de turismo. El vehículo estaba parado en un punto peligroso, y Goodall comprendió que, si seguía avanzando, no podría evitar el choque.

Poderosos destellos acompañados por terribles bocinazos. Eran el aviso de los de atrás. Un automóvil negro obstruía el camino allá delante, como un pirata de las carreteras. Ante esta amenaza, Blaine Goodall aplicó los frenos con más fuerza de lo acostumbrado.

El *coupé* de Goodall empezó a patinar. Todavía agarrado a los frenos, Goodall pudo dominarlo hasta hacerlo virar sobre un lado de la carretera. Y mientras ejecutaba esta maniobra, que le iba acercando al coche del turismo, fue alcanzado por el potente *speedster* que le había venido siguiendo.

Bajo el dominio de un conductor de asombrosa habilidad, el vehículo aminoró su marcha para evitar dos choques: el primero con Goodall; el segundo con el coche atravesado en la carretera.

Detenido el *coupé*, con el radiador apuntando en dirección contraria a la seguida hasta allí, Goodall asomó la cabeza por la ventanilla, y al ver el coche que le obstruía el camino lanzó un grito de espanto.

El resplandor de los faros delanteros del *speedster* iluminaba plenamente el imprevisto obstáculo. Por todos sus huecos asomaban amenazadores revólveres.

Surgió un fogonazo. Una bala penetró por la ventanilla del *coupé* de Goodall.

¡Los que abrían fuego eran asaltadores de caminos!

Sus primeros disparos fueron dirigidos al azar, pero Goodall, inerme junto al volante del *sedan*, no tardaría en ofrecer un blanco fácil. Tras los revólveres gesticulaban unos extraños rostros amarillos.

El terror se apoderó de Blaine Goodall.

Tenía ante sí la muerte, una muerte que descargaría su golpe dentro de un minuto, de no llegar una ayuda inesperada.

Fue el conductor del potente *speedster* quien intervino. Con un rápido giro del volante se interpuso sobre el coche amenazado y el que le amenazaba.

Desviados los faros del *speedster*, no eran ya visibles los rostros amarillos; empero cuando una automática envió su mensaje de plomo desde la cabina del coche recién llegado, los criminales ocupantes del otro comprendieron que tenían que vérselas con un enemigo terrible.

La Sombra había llegado al final de su visita. Y había llegado a tiempo de impedir la emboscada preparada para Blaine Goodall.

Interpuesto su veloz *speedster* entre el *coupé* y el coche de turismo, su mano libre abrió fuego contra la banda de rufianes que bloqueaban la carretera.

Las ensordecedoras detonaciones de su automática revelaba su potencia.

Comparados con ella, los revólveres de los fracasados asesinos eran simples juguetes. Los metálicos mensajes proclamaban el poder de La Sombra.

Cada ladrido de su arma encontraba un blanco viviente. Y mientras ametrallaba a sus enemigos, reía su boca con risa burlona. Los chinos iban cayendo uno a uno. Sus disparos iban siendo cada vez más espaciados.

El conductor del coche de turismo fue el único que escapó a la ira de La Sombra. Mientras cruzaban el aire de las balas, el chino puso en marcha su vehículo y le lanzó carretera abajo, tras un audaz viraje que estuvo a punto de hacerle chocar con una cerca. Volvió a oírse la risa de La Sombra como un grito de desafío a través de la neblina que envolvía el solitario lugar.

Vaciada su automática, La Sombra empuñó una nueva arma. Había salvado la vida de Blaine Goodall y estaba preparado para enfrentarse con nuevos enemigos.

Pero la audaz intervención de La Sombra estaba destinada a fracasar; y no por la habilidad del enemigo, sino a causa de un repentino aturdimiento de Blaine Goodall en aquel momento crítico.

A pesar de no caber duda de que el ocupante del *speedster* era un amigo, Goodall emprendió una huída loca.

Antes de que La Sombra pudiera detenerle, el espantado caballero puso en marcha su coche y se lanzó a toda velocidad hacia el barroso cruce de caminos, situado al otro lado del puente.

La Sombra actuó tan rápidamente como le fue posible. No mostró la menor intención de perseguir a su vencido enemigo; en lugar de ello, maniobró apresuradamente para lanzarse tras el enloquecido Goodall.

El largo y poderoso coche requirió, no obstante, más tiempo para dar la vuelta que el ágil *coupé*.

En el momento en que La Sombra lograba orientar su coche, Blaine Goodall alcanzaba las cercanías del puente. Un nuevo terror arrancó un grito al presidente de la Huxley.

¡Un segundo coche de turismo, casi idéntico al primero, estaba atravesado en el camino para bloquear la retirada!

Al resplandor de los faros de su coche, Goodall pudo ver unos rostros amarillos tan horribles como los de aquellos de quienes acababa de escapar...

Silbó una bala. No dio al *coupé*, pero el miedo hizo su obra. Goodall lanzó un grito salvaje y apretó con el pie el freno del *coupé*.

El coche patinó de nuevo. El espantado conductor perdió completamente el dominio del coche.

El *coupé* fue a estrellarse contra la barandilla del puente, la rompió, y cayó dando volteretas en un profundo barranco.

El rugido del *speedster* de La Sombra ahogó el grito de agonía de Goodall.

La Sombra atacó con renovada furia a su nuevo enemigo. El soberbio coche tenía un conductor de primera clase. Con la mano izquierda sobre el volante, La Sombra se inclinó a un lado y su mano derecha oprimió el gatillo de la poderosa automática.

El cañón envió sus mortíferos proyectiles a las filas.

Los revólveres de los chinos trataron de hacer frente a la granizada. Pero fracasaron. Los pistoleros fueron desplomándose unos tras otros sobre los asientos del coche de turismo. El conductor lanzó el coche por la embarrada carretera que tenía delante. Pero no ejecutó a tiempo la maniobra.

El potente *speedster* viró hábilmente para evitar el choque con el fugitivo.

Al mismo tiempo se irguió por detrás del parabrisas una alta figura, y el coche continuó avanzando hacia el puente.

El haz de luz de una linterna iluminó la barandilla rota. A su resplandor pudo verse el informe montón del *coupé* de Blaine Goodall.

La Sombra se deslizó por uno de los lados del puente y fue resbalando por el talud hasta llegar junto al destrozado vehículo.

La linterna descubrió un cuerpo sangriento. Blaine Goodall, en su esfuerzo por escapar a la muerte, había abierto la portezuela del *coupé* durante la caída. Su acción no había sido realizada a tiempo.

Cogido bajo el coche, no había podido escapar a su suerte. Cuando la linterna iluminó el rostro contorsionado por el terror, al presidente de la Huxley exhalaba su último suspiro.

La Sombra le contempló en silencio. Una vez más la fatalidad le había vencido. Había llegado a tiempo de exterminar a una cuadrilla de asesinos.

Había sembrado la muerte en las filas de los que guardaban la retirada. Pero en el fragor de la lucha el hombre a quien había venido a salvar se había lanzado a su propia destrucción.

Koy Shan había logrado su criminal propósito. Blaine Goodall

estaba muerto. Siguieron largos minutos al triste descubrimiento de La Sombra; luego saltó éste al *speedster*, rugió el poderoso motor y el coche retrocedió a toda velocidad camino de Nueva York.

La Sombra había ejecutado grandes hazañas aquella noche. En la solitaria carretera de Nueva Jersey su audacia había evitado un cobarde asesinato.

Blaine Goodall había muerto víctima de su propio espanto mientras estaba bajo la protección de La Sombra. Lo resbaladizo había contribuido también a su muerte.

Pero el secuaz de Kwa también había conseguido su objeto con la desaparición del presidente de la Huxley. Era aquélla una cuenta que tendría que ajustar con el caballero de la noche.

¡Y La Sombra sabía que no tardaría en presentarse la oportunidad!

CAPÍTULO XIII

LA PISTA DE LA SOMBRA

LOS periódicos del día siguiente daban los detalles de dos nuevos asesinatos: Westley Hartnett, conocido abogado, había sido encontrado estrangulado en el gabinete de la Compañía Huxley. Blaine Goodall había sido asesinado mientras viajaba por una solitaria carretera de Nueva Jersey. La diferencia entre las circunstancias que rodeaban ambas muertes era tan aparente que no se establecía ninguna relación entre ellas. No había duda de que Westley Hartnett había sido víctima de un sanguinario enemigo. La policía de Nueva York aclararía el suceso.

Blaine Goodall, por el contrario, había sucumbido por una desgracia coincidencia.

Las huellas de los neumáticos y las armas abandonadas sobre el terreno demostraban que Goodall se había encontrado entre los fuegos de dos bandas rivales de pistoleros, y al intentar huir se había estrellado contra la barandilla de un puente.

La policía del Estado de Nueva Jersey pondría en claro su caso.

Así, pues, José Cardona, as de los detectives de las fuerzas de Nueva York, sólo tuvo que intervenir en la muerte de Hartnett.

El famoso policía tardó poco tiempo en comprobar las actividades del abogado una vez que se presentó en su domicilio.

Hartnett había pasado la tarde en casa de Barton Schofield. Cardona lo había corroborado por teléfono. El abogado había llegado a su casa poco después de medianoche.

Su cadáver había sido descubierto a las ocho por la mujer que realizaba la limpieza del cuarto.

¿Cuándo había ocurrido el asesinato? Tal detalle fue prontamente averiguado. Los inspectores médicos afirmaban que

Hartnett debió morir unas ocho horas antes de que fuese descubierto su cadáver.

El hecho de que el abogado llevase puesto su abrigo, probaba que había sido asesinado poco después de entrar en su domicilio.

¿El asesino? Sobre ese punto, Cardona no tenía pista alguna. El registro de las habitaciones no reveló nada. El asesino lo mismo pudo entrar que salir por la puerta que por la ventana.

Todo indicaba que era obra de un maniático. Pero mientras Cardona andaba perplejo, falto de todo rastro, otro personaje de Nueva York se ocupaba en investigaciones más eficaces.

La Sombra sabía de hechos, que de haberlos conocido, habrían asombrado al detective José Cardona.

Una luz azulina brillaba en el rincón de una habitación sumida en las tinieblas, salvo en aquel único punto iluminado.

Bajo los rayos que la pantalla proyectaba hacia abajo, unas largas manos blancas trabajaban sobre el pulimentado tablero de una mesa.

En el tercer dedo de su mano izquierda destellaba una misteriosa gema que lanzaba al espacio miríadas de irisaciones.

Sus poderosos destellos-que corrían toda la gama entre el rojo y el azul-disparaban hacia la luz ilusorios chispazos.

Esta piedra era el girasol de La Sombra; un ópalo de fuego de inapreciable belleza, que servía de talismán a su dueño. Como la misma Sombra, la gema era un arcano de misterio y de energía oculta.

La mano derecha de La Sombra empezó a trazar sobre una hoja de papel signos criptográficos.

Se movía como un miembro aislado dotado de vida propia, y la primera palabra que trazó fue la que había servido de partida a toda una serie de hechos criminales.

“KWA”

Mientras la mano escribía aquel nombre, unos labios invisibles pronunciaron su única sílaba con un misterioso murmullo:

“KWA”

Desde su vuelta a Chinatown se había iniciado las intrigas y los crímenes.

La Sombra había previsto tales sucesos. El caballero de las tinieblas conocía perfectamente el poder latente, pronto a entrar en

acción, que se ocultaba en el Barrio Chino de Nueva York.

La Sombra había recorrido los más secretos rincones de Chinatown en busca de las raíces del delito y había dado con el Ídolo Viviente.

Y mientras realizaba sus investigaciones, Kwa, todavía oculto en el misterio, había extendido sus manos que sembraban el mal.

La Sombra se ocupaba ahora en analizar los hechos, en unir los eslabones separados para formar una cadena, desdeñando los que no trazaban una línea recta. Y he aquí los principales eslabones.

El Chinatown todos sus habitantes comentaban una misma cosa. Un americano que entendía su lenguaje, había oído hablar de Kwa.

¡Cinco hombres habían celebrado una reunión, y dos estaban ya muertos!

La policía de Nueva York creía que Westley Hartnett había sido asesinado por un maniático. En Nueva Jersey, los agentes del Estado clasificaban a Blaine Goodall como la víctima casual de un tiroteo entre *gangsters*.

Pero La Sombra sabía la verdad.

Westley Hartnett había sido asesinado por un astuto criminal que había actuado con asombrosa habilidad.

Ágil como un mono, el asesino había huido después rápidamente. La Sombra sabía que aquella criatura del infierno había salido de Chinatown para cometer el crimen.

A Blaine Goodall le habían preparado una emboscada unos individuos armados. No se trataba de una cuadrilla de *gangsters*.

¡Demasiado bien lo sabía La Sombra! Los faros de su potente coche habían descubierto unos rostros chinos, tras los revólveres que enmudecieron ante el torrente de plomo de sus automáticas.

Un segundo asesino: alguien que empleaba la fuerza en lugar de la astucia.

Dos secuaces de Kwa, enemigos mortales de la sociedad, a cuyas criminales carreras había que poner fin. ¡La Sombra había jurado que nunca más volverían a arrancar una vida humana!

La mano de La Sombra continuó moviéndose y aparecieron cinco nombres sobre la hoja de papel:

Westley Hartnett

Blaine Goodall

Barton Schofield

David Moultrie

Ward Zelka

Con solemne gesto, La Sombra tachó de la lista los dos primeros nombres.

Hartnett y Goodall habían muerto. Schofield era el primer destinado a seguir la misma suerte.

¡El rostro amarillo! Había hecho su aparición en la mansión de Schofield la noche pasada. Harry Vincent había observado la escurridiza forma del que llevaba aquel rostro maligno.

Lo había estado vigilando en la obscuridad, para asegurarse de que no volvería.

“¡KWA!”

Los labios invisibles volvieron a pronunciar el insidioso nombre. Brillaron coléricos unos ojos en la oscuridad. La Sombra sabía bien que no tardaría en ocurrir algún suceso extraño en la morada de Barton Schofield.

Por dos veces había intentado La Sombra abortar los crímenes concebidos por el siniestro Kwa. Ambos habían ocurrido la última noche, y en uno y otro la suerte había hecho fracasar a La Sombra.

Sólo había un medio para que La Sombra pudiera dominar el curso del destino: ¡planear su contragolpe antes de que los secuaces de Kwa entrasen de nuevo en acción!

Un largo dedo se posó sobre el nombre tachado de Westley Hartnett.

Alguien, La Sombra lo sabía, había vigilado los actos del abogado muerto.

El asesino escondido en la habitación de la víctima tuvo que ser guiado hasta allí por una información segura.

El dedo se trasladó al nombre igualmente tachado de Blaine Goodall. Allí las pruebas de contacto directo eran más evidentes.

Alguien, en el Unión Club, se había enterado del camino que Goodall se proponía seguir para ir a Trenton. Una falsa llamada telefónica había eliminado al amigo de Goodall, Beecham, de la excursión.

La Sombra había tenido que enfrentarse con muchos asesinos. La mayor parte no habrían tenido escrúpulos en sacrificar a una víctima innecesaria como Beecham.

¿Por qué el que asesinó a Goodall se había detenido en

semejante minucia, demostrando en cambio su absoluta falta de conciencia en otros detalles?

Ello demostraba que había que habérselas con un hombre que estaba lejos de ser un criminal vulgar.

¡KWA! La sagaz inteligencia que se hacía pasar por el Ídolo Viviente, había comprado los servicios de algún cómplice que no pertenecía al mundo amarillo.

Este cómplice tuvo que ser el individuo que visitó a Westley Hartnett y a Blaine Goodall, y también quizá el que tuvo acceso a la morada de Barton Schofield.

La Sombra lanzó una risa ahogada mientras desdoblaba un informe de Harry Vincent. Se trataba de un relato detallado de los acontecimientos de la noche en casa de Schofield.

En él, Harry Vincent afirmaba que Westley Hartnett había expresado su desagrado por uno de los invitados a la reunión de miss Schofield.

Hugo Urvin era el nombre del individuo. Era una pista muy débil, pero La Sombra decidió utilizarla inmediatamente. Otro de los informes procedía de un agente secreto de La Sombra, un periodista llamado Clyde Burke.

Antes de recibir el aviso de Harry Vincent, La Sombra había enviado a Clyde Burke al Unión Club.

Burke, como representante del semanario *Classic*, de Nueva York, había hablado con la dependencia del club sobre Blaine Goodall.

El periodista se había enterado así de que el presidente de la Huxley estuvo en la sala de descanso durante toda la tarde. Esperaba a su amigo Beecham.

Parecía de buen humor y se le había visto charlando con otro miembro del club. Burke se había enterado por casualidad del nombre del compañero de Goodall. ¡Hugo Urvin!

Aquel joven había llegado al club después de su temprana partida de la morada de Barton Schofield. Había allí alguien que podía ser un agente secreto del siniestro Kwa.

No se escapaba el menor detalle a la maravillosa penetración de La Sombra.

El sobre que bajo el disfraz de Lamont Cranston había recogido del suelo del club, le iba a dar la clave que resolvería el misterio de

la muerte de Goodall.

Hugo Urvin había hablado con Blaine Goodall y se había enterado así de los planes del caballero. Aquello debió ocurrir entre las diez y media y las once y media. En aquel corto período de tiempo una banda de asesinos chinos debió ser enviada en dos coches, para salir al encuentro de Goodall camino de Trenton.

¿Quién dio el aviso? Para La Sombra sólo pudo ser una persona: Hugo Urvin era el que había establecido el rápido contacto con Kwa.

Y serían necesarios nuevos contactos para la ejecución de los demás crímenes. La Sombra había conseguido descubrir muchos misterios con indicios mucho más débiles.

¡Hugo Urvin sería quien le condujese a la guardia secreta del Ídolo Viviente!

La Sombra estudió una vez más la lista de nombre que había escrito. De los cinco que asistieron a la reunión de Barton Schofield quedaban tres.

El anciano banquero, el agiotista sin escrúpulos y el médico de los suaves modales.

Barton Schofield era contrario a los otros dos. Al mismo tiempo, David Moultrie y Ward Zelka, aunque unidos por las circunstancias, podían obrar separadamente en sus actividades individuales.

La Sombra escribió unas breves instrucciones y encerró cada una en un sobre aparte. Una para Clyde Burke, para que vigilase a David Moultrie.

La otra para Harry Vincent, cuyo deber consistiría en no perder de vista al doctor Ward. La Sombra se encargaría de Barton Schofield.

El anciano banquero, desaparecidos Hartnett y Goodall, carecía ya de toda protección. Sin embargo, La Sombra no creía que Schofield corriese peligro por el momento.

Kwa había estado la noche pasada en la morada del banquero, pero Kwa se había dedicado a observar a Westley Hartnett, cuya vida estaba entonces en la balanza. A Barton Schofield nada le había sucedido.

Nada le sucedería hasta que el agente de Kwa entregase nuevos informes o recibiese instrucciones.

La actual situación quedaba reducida a dos personajes. Kwa, el

Ídolo Viviente, era uno. Barton Schofield, el banquero retirado, el otro.

El eslabón que los tenía en comunicación era probablemente Hugo Urvin.

La Sombra descargaría su primer golpe sobre aquel punto débil.

Emitió un chasquido la lámpara que iluminaba la pulimentada mesa. La habitación quedó sumida en las tinieblas. Era aquél santuario de La Sombra, el laboratorio secreto de sus audaces planes.

Una risa quebró el solemne silencio de la estancia. Las paredes devolvieron sus ecos en misteriosos murmullos.

La Sombra había desaparecido. Había empezado su nueva batalla contra las fuerzas del mal. ¡Buscaba el camino directo hacia Kwa, el Ídolo Viviente!

CAPÍTULO XIV

LO QUE AVERIGUÓ LA SOMBRA

BRILLABAN las luces de Broadway. Empezaba la noche en Manhattan, y los anuncios luminosos de Time Square hacían sus guiños a los buscadores de placeres.

En la calle cuarenta y Siete un protagonista ponderaba los atractivos de una excursión a Chinatown.

Hugo Urvin, elegantemente vestido y jugueteando con un nuevo bastón, se colocó en la fila de los curiosos.

Sacó medio dólar del chaleco y se lo entregó al voceador. Este le cortó un billete y Hugo subió al autocar.

Unos minutos después se acercó otro cliente y pagó su medio dólar.

Este hombre era alto, de rostro alargado, que parecía inexpresivo a pesar del brillo de sus ojos de halcón. Subió igualmente al autocar y tomó asiento a espaldas de Hugo Urvin...

La Sombra estaba sobre la pista de su enemigo. Había visto salir a Urvin de su casa y le había seguido. Y había descubierto así el sencillo pero ingenioso procedimiento que empleaba el joven para hacer sus visitas al Barrio Chino.

De haber sido Hugo Urvin uno de esos neoyorquinos astutos que acostumbran frecuentar Chinatown, La Sombra ya haría tiempo que habría descubierto su identidad, pues el maestro de detectives pasaba muchas horas del día recorriendo las calles del Barrio Chino.

Pero Hugo Urvin iba formando parte de uno de los muchos rebaños de curiosos que partían periódicamente para Chinatown, había conseguido ocultar hasta entonces sus visitas a la capilla regentada por Chon Look.

El enorme autocar empezó a rodar por Broadway. Media hora

después se detenía a la entrada de una calleja, y el guía ordenaba a los pasajeros que se apeasen. El grupo avanzó lentamente, saboreando por anticipado la aventura.

La vista de algunos policías de uniforme, que patrullaban con regularidad por las calles del distrito, no disminuyó el entusiasmo de la multitud.

Las veladas alusiones del guía a los peligros que podían correrse en Chinatown eran suficientes para conservar la emoción de los excursionistas.

Allá delante resplandecía como un ascua la esquina de Mott y Pell. El guía empujó a su rebaño hacia el callejón en que estaba instalada la capilla budista.

Sólo dos personas entre aquella multitud caminaban con aparente indiferencia. Un era Hugo Urvin; la otra el hombre de los ojos de halcón que le seguía.

Inconsciente de aquella vigilancia, Hugo Urvin daba vueltas a su bastón mientras penetraba en la capilla confundido entre el grupo de visitantes.

Chon Look y las jóvenes chinas se inclinaron solemnemente para recibir a su centinela. El sacerdote budista empezó a explicar con su acostumbrado sonsonete el objeto de los papeles de oraciones y de las pajuelas votivas.

Hugo Urvin contempló curiosamente tales objetos, después que Chon Look los hubo dejado a un lado; pero esta noche el joven no llevaba sobre alguno para entregar como otras veces hizo.

Desgraciadamente, sus maniobras no tenían significado alguno para el hombre que las observaba. No obstante, La Sombra no aflojó su atención.

Terminó la explicación del guardián de la capilla. Los visitantes fueron desfilando para recibir cada uno el obsequio de un paquetito. Chon Look entregó el suyo a Hugo Urvin, y otro a La Sombra.

Continuó la excursión a través de Chinatown. Los visitantes volvieron al fin al autocar. Pero durante aquel tiempo, La Sombra se había fijado en un hecho muy significativo.

Desde el momento en que abandonaron la capilla regentada por Chon Look, Hugo Urvin había mostrado una impaciencia que le había sido imposible ocultar.

Calle 47 y Broadway. Los pasajeros se apearon. Hugo Urvin entró en la estación del “metro”. Le siguió el hombre de las facciones aguileñas.

Urvin miró desconfiadamente a su alrededor, pero no se dio cuenta de la vigilancia de que era objeto. La mano que llevaba metida en el bolsillo del abrigo daba vueltas sin cesar al paquete que guardaba en él.

Sabía que contenía nuevos fondos, y disfrutaba anticipadamente con el contacto de su tesoro.

Hugo Urvin sonrió maliciosamente. ¡Había servido bien a Kwa! La recompensa no podía por menos de ser espléndida.

El domicilio de Urvin estaba a poca distancia de la estación del “metro”, donde el joven se apeó. Este echó a andar volteando el bastoncillo con la mano derecha y estrujando con la izquierda el misterioso paquetito.

Pero alguien caminó más rápidamente que él. Era evidente que Urvin regresaría a su casa en cuanto abandonase la estación del “metro”.

Su perseguidor adivinó sus intenciones y se les anticipó subiendo a un *coupé* que encontró estacionado en una calle lateral.

Apenas acababa de pasar Urvin por delante del coche cuando surgió una sombra de su interior. Era como un ser hecho de negruras, cubierto con una flotante capa y un sombrero de anchas alas que le ocultaban el rostro.

La Sombra había reemplazado al individuo de inexpresivas facciones que había seguido a Urvin.

La Sombra avanzó a lo largo de la acera, al otro lado de la calle, que cruzó a unos cien metros delante de Urvin. El joven no se dio cuenta de la presencia de aquel ser fantasmal que se deslizó en el portal de su casa.

Chasqueó la cerradura de la puerta interior. El misterioso personaje entró en el vestíbulo.

La puerta se cerró tres segundos antes de que Hugo Urvin hiciese su aparición. Y cuando Urvin cruzó a su vez el vestíbulo, no había el menor rastro del invisible fantasma.

El ascensor emprendió su viaje. Urvin abrió la puerta de su departamento y encendió una lámpara de mesa. Sus ávidas manos desgarraron la envoltura del paquetito. Apareció a la vista un fajo

de billetes atados a un elefantito.

Urvin colocó el pequeño elefante de jade junto a la envoltura de papel de arroz y contó con alegre sonrisa los billetes de cien dólares.

Había cientos ¡espléndida recompensa de Kwa, el Ídolo Viviente! Urvin se guardó los billetes en el bolsillo y sonrió con renovada satisfacción.

Recogió la envoltura de papel y colocó la hoja bajo la luz. Se hizo más amplia su sonrisa. Aquellos mensajes de Kwa eran maravillosos. Una vez leídos no quedaba el menor rastro de ellos.

Algo se movió en la región de sombras situada entre la espalda de Hugo Urvin y la pared. El joven no percibió el menor ruido. Parecía haberse movido un trozo de algo inmaterial.

La única manifestación de la presencia de un ser viviente era un par de ojos febriles. Su mirada, como la de Hugo Urvin, se concentraba en la hoja de papel que el joven tenía en la mano.

Urvin alisó la hoja y la colocó sobre la mesa. Luego leyó cuidadosamente las instrucciones. Tan embebido estaba en la lectura, que no se dio cuenta de la presencia del misterioso personaje que le observaba.

¡Extraña escena! Hugo Urvin leyendo el papel a la luz de la lámpara, y a su espalda, un fantasma que interceptaba los rayos luminosos y dejaba el resto de la habitación en tinieblas sepulcrales.

Cada palabra que leía Urvin era vista también por La Sombra; sin embargo la inmóvil y negra figura no delató su presencia.

Y mientras Urvin sonreía comprensivamente, terminada la lectura de las nuevas instrucciones, el misterioso personaje fue a confundirse con las sombras de la pared. La hoja de papel volvió a la mesa.

Urvin tuvo por primera vez la sensación de peligro, giró rápidamente y se quedó mirando hacia la penumbra del distante rincón.

¿Se había movido algo allí? Por un momento Urvin creyó percibir una ligera ondulación en la penumbra. La lámpara de la mesa no proporcionaba la suficiente claridad. Urvin se volvió hacia el conmutador instalado en la puerta de la habitación.

En aquel instante la hoja de papel inició su combustión espontánea. Aunque acostumbrado a aquel fenómeno, Urvin se

sobresaltó momentáneamente.

Había olvidado el mensaje de Kwa. El joven se dirigió sonriendo forzosamente a la puerta de la habitación.

Pero en aquel intervalo, en que sus ojos se volvieron instintivamente hacia el papel que empezaba a entrar en combustión, ocurrió un cambio en el ensombrecido rincón.

La Sombra se había deslizado de aquel sitio y había ganado la puerta de otra habitación. Mientras Urvin oprimía el conmutador, la alta figura se desvaneció como un fantasma.

El joven vio solamente la pared desnuda, iluminada ya completamente por las lámparas del techo que acababa de encender.

Urvin recogió los ya inútiles pedazos de papel de arroz y los arrojó al cesto.

Luego colocó el elefante de jade sobre la librería, juntos con unos monos y otros recuerdos de sus visitas a la capilla budista de Chinatown.

Aquella nueva chuchería disgustó a Urvin. Tenía la superstición de que los elefantes traían mala suerte. Había una razón para ello.

Urvin sabía muy bien que había ocasionado la muerte de dos hombres; Westley Hartnett y Barton Schofield. No era probable que se viese alguna vez complicado en aquellos asesinatos; el trabajo que a él le encomendaban no exigía ninguna acción directa.

No obstante, Urvin tenía miedo. Como malhechor, pertenecía aún a la ínfima clase. La causa de su preocupación debía atribuirse a falta de verdadero temple y no a la carga de la conciencia.

A solas en su habitación empezó a sentirse a disgusto. Sacó de su bolsillo mil doscientos dólares y se los volvió a guardar. Kwa pagaba bien sus servicios. No era cosa de desertar. Y sobre todo, ya era tarde para arrepentirse.

Urvin ensayó otra forzada sonrisa y abandonó su domicilio. Necesitaba el brillo de las luces, las diversiones de un club nocturno, cualquier forma de aturdimiento artificial que tranquilizase su imaginación.

Tenía que ejecutar una nueva tarea en servicio de Kwa. Sería sencilla, como las anteriores. Se animó pensando que no tendría que ejecutarla hasta el día siguiente por la noche.

¡Después de todo, nadie conocía sus relaciones con Kwa! Nadie

sabía lo que el Ídolo Viviente exigía de él ahora.

Hugo Urvin se equivocaba en esto. Cuando la puerta de su departamento se cerró tras él, emergió de la habitación interior la figura de La Sombra.

Urvin había dejado la lámpara de mesa encendida. Cerca de la zona iluminada. La Sombra trazaba sobre el suelo una silueta siniestra y alargada.

Los labios invisibles dejaron escapar el cuchicheo de una risa. Había en ella un tono burlón y triunfal. Lo que Hugo Urvin sabía, La Sombra lo sabía también.

Los planes del próximo crimen de Kwa habían sido revelados al misterioso espectro cuyo poderoso brazo estaba pronto a aplastar al audaz criminal.

¡El día siguiente por la noche!

Era inminente otro asesinato. Hugo Urvin desempeñaría en él un papel insignificante. Otros estarían allí par ejecutar la siniestra labor.

Uno de los asesinos nocturnos-ambos, quizá-serían los llamados a descargar el golpe.

Esta vez La Sombra estaba preparado. No tardaría en hacer abortar los planes de Kwa.

¡Conocía ya sus astutos procedimientos!

CAPÍTULO XV

A LA NOCHE SIGUIENTE

A las ocho de la noche siguiente, Hugo Urvin llegaba a la morada de Barton Schofield. Asistía invitado a una fiesta proyectada desde algún tiempo antes.

Cuando *miss* Schofield extendía sus invitaciones, invariablemente lo hacía para varias fiestas a la vez.

Urvin, uno de los invitados al baile de dos noches antes, se había así enterado de que debía asistir a éste también.

Acto seguido informó a Kwa de ambos compromisos sociales y había recibido de su jefe las instrucciones pendientes.

Dos noches antes, Urvin no había desempeñado el menor papel en la morada de Schofield, aunque Westley Hartnett estaba presente; pero esta noche el espía de Kwa tenía que actuar según nuevas instrucciones.

Su misión consistía en vigilar a Barton Schofield.

Hugo Urvin inició su actuación tan pronto como entró en la casa. Mientras saludaba a la dueña en el vestíbulo, se las arregló para lanzar una mirada por la puerta que daba al porche. El viejo banquero estaba sentado en un amplio sillón, esperando soñoliento la hora de irse a acostar.

Hugo Urvin acompañó a Maximina al salón de baile. Desde aquel momento le sería fácil seguir todos los movimientos de Schofield. Sólo tenía que esperar a que el anciano subiese a sus habitaciones. Pero mientras acompañaba a Maximina, Urvin volvió casualmente la cabeza y vio que entraban en el vestíbulo dos desconocidos. Uno de ellos era joven y alto, de rostro alargado y solemne; el otro era más bajo y robusto, y sus facciones revelaban energía y resolución.

Ninguno de los dos era invitado de Maximina, y Urvin observó que el criado les conducía hacia el porche.

—¿Quiénes son esos individuos? —preguntó Urvin a Maximina.

—Vienen a ver al abuelo—contestó la joven—. El alto es George Cubitt. Trabaja en el despacho de *mister Hartnett*. ¿No se enteró usted de lo que le sucedió a nuestro abogado?

—¿Se refiere usted a Westley Hartnett?

—Sí. ¡Fue terrible! Lo mataron anteanoche, al llegar a su casa, después de salir de aquí. ¡Ha sido un golpe espantoso para el abuelo!

Urvin se preguntó qué iría a hacer allí Cubitt, pero abrigó la esperanza de que no permanecería mucho tiempo en la casa de su compañero.

Después de todo, pensó Urvin, su presencia no significaría complicación alguna. Se despedirían cuando Barton Schofield decidiera retirarse.

La única duda que le quedaba a Urvin se refería a la identidad del compañero de George Cubitt.

Si Hugo Urvin se hubiese asomado al porche-acto que prudentemente no realizó—se habría enterado de quién era el individuo que acompañaba a Cubitt.

Y entonces sí que habría tenido motivos para preocuparse. El individuo de las facciones energéticas no era otro que el detective José Cardona.

George Cubitt presentó al policía al viejo banquero. Barton Schofield les indicó con gesto cansado dos sillas. Sus visitantes se sentaron.

Cardona había cerrado la puerta tras de sí y animó a su compañero con una seña para que hablase.

—*Mister Schofield*—empezó diciendo el joven abogado—, el detective Cardona está investigando la muerte de Westley Hartnett.

—¡Ah! —exclamó el anciano, animada repentinamente su mirada—. ¿Se preocupa usted en esa buena obra? ¡Pobre Hartnett! Espero que sabrá usted encontrar al miserable que lo asesinó.

—Ya hemos averiguado algo, *mister Schofield*—declaró Cardona—. Debemos a *mister Cubitt* una buena pista. El se lo contará.

Schofield se volvió hacia Cubitt. El joven se inclinó hacia delante.

—Sabemos-dijo—, que Westley Hartnett, como apoderado de usted, tuvo relaciones con Blaine Goodall, el presidente de la Compañía Huxley.

—Es cierto-afirmó Schofield, animándose algo—. Goodall estuvo aquí con Hartnett... no hace muchas noches. Vinieron a hablar conmigo de los asuntos de la Huxley.

—¡Ah! —exclamó Cubitt, volviéndose a Cardona—. ¿Ve usted? Tenía yo razón. Esto relaciona las dos muertes.

—¿Las dos muertes?

La pregunta fue hecha por Barton Schofield. Los ojos del anciano expresaron alarma. El banquero trasladó la mirada de Cubitt a Cardona.

—Sí, dos muertes-declaró el detective—. Westley Hartnett murió. Blaine Goodall murió también...

Cardona se calló al ver que Barton se dejaba caer hacia atrás en su sillón. El detective se puso en pie, alarmado. Pero Schofield se recobró rápidamente e hizo seña de que se sentía bien.

—¿Blaine Goodall... muerto? —repitió Schofield solemnemente—. ¿Fue también asesinado? ¿Por qué no se me dijo?

—¿No lo sabía usted? —preguntó Cardona sorprendido.

Barton hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—Goodall fue asesinado en una carretera de Nueva Jersey-explicó el detective—. Al principio se creyó que había sucumbido víctima casual de una lucha entre bandas de pistoleros. Ahora no hay duda de que fue asesinado.

—¡Asesinado! —exclamó el anciano, irguiéndose en su asiento con increíble energía—. ¡Asesinado! ¡Yo sé por qué!

Cardona se inclinó hacia delante para escuchar lo que el anciano banquero iba a decir. Cubitt hizo lo mismo. Schofield, arrebatado por la indignación, hablaba con una vehemencia de que no se le creyera capaz.

—Nunca leo los periódicos-siguió diciendo el anciano—. Sé que mataron a Hartnett porque me lo dijeron los criados. Pero de Goodall no sabía nada. La noticia es nueva para mí... pero ahora la comprendo.

—Díganos-apremió Cardona.

—Es algo relacionado con los valores de la Huxley-dijo el anciano como si desvariase—. Hartnett trajo unos hombres aquí.

Eran dos, además de Goodall. Yo tenía pensado comprar todas las acciones de la Huxley. Esos individuos que trajo Hartnett querían bloquearla. ¿Comprenden ustedes? Mis negocios chocaban con los suyos... y yo seguí el consejo de Hartnett, se enfadaron mucho con él... y con Goodall...

Barton Schofield se llevó de pronto las manos al corazón. Su repentina exaltación le había debilitado. El anciano vaciló en su asiento.

Cubitt se apresuró a cogerle antes de que cayese. El anciano se acostó en el sillón, jadeando. Pasada la crisis, sonrió débilmente.

—Tengo... que tomarlo con calma-balbuocé—. Soy muy viejo. Esta noticia... de la muerte de Goodall...

Cubitt permanecía de pie a su lado, por si necesitaba nuevos auxilios.

—¿Quiénes eran aquellos dos individuos? ¿Conoce usted sus nombres? —preguntó Cardona en tono tranquilo.

—¡Ojalá los recordase! —dijo Schofield con un gesto de fatiga—. Uno tenía una cara muy rara. Muy contorsionada. No puedo recordar nombres... nunca pude. No me preocupé de averiguar quiénes eran aquellos individuos. Estaba muy cansado la noche en que Hartnett me los presentó.

—¿Y el otro sujeto? —insistió Cardona.

—Era un médico. Sí, un médico, Hartnett mencionó ese detalle. Era un hombre que había viajado por todo el mundo. Tenía un nombre muy extraño.

Hubo una pausa; de pronto el rostro de Schofield expresó viva ansiedad.

¿Green ustedes que estoy amenazado? —preguntó—. ¿Es por eso por lo que han venido ustedes aquí? ¿Estoy en peligro? Díganme... díganme...

—No se preocupe, *mister* Schofield— le tranquilizó Cardona—; ya descubriremos a esos sujetos. Quizá ellos nos aclaren este misterio. ¡Pero si siquiera pudiera usted recordar sus nombres!

—¿Verdad que me protegerá usted? ¿Verdad que no me matarán? —preguntó el anciano con voz insegura. Luego intentó levantarse, apoyándose en los brazos del sillón, y cayó pesadamente.

—Cuide de él—ordenó Cardona a su compañero.

Mientras George Cubitt atendía al anciano, el detective corrió a la puerta y llamó a un criado. Barton Schofield se agitaba débilmente cuando llegó el sirviente.

—*Mister* Schofield se ha sobreexcitado-declaró el detective—. Hay que llevarle a sus habitaciones.

El criado asintió y ayudó a Cardona a poner el pie al anciano banquero.

Cubitt los siguió. Llegaron a lo alto de la escalinata y avanzaron por el pasillo hacia el cuarto de Schofield. El anciano sonreía débilmente.

—Estoy mejor-declaró a Cardona—. Lamento haberle excitado tanto. Supongo que cuando descanse un poco, me sentiré más tranquilo. Entonces podrá usted seguir interrogándome.

—Ya es muy tarde, señor-observó el criado.

—No importa-dijo Schofield, cerrando los ojos—. Tengo que concentrarme. Esto es de vital importancia. Hartnett murió... Goodall murió...

Cardona comprendió que Barton Schofield estaba agotado. El detective era un buen psicólogo. Sabía que el descanso despejaría la fatigada imaginación del anciano.

—Será mejor que *mister* Schofield duerma-decidió—. No hay motivos para alarmarse. *Mister* Cubitt y yo nos retiramos. Yo volveré mañana y hablaremos.

El banquero balbuceó una respuesta. El criado indicó con un gesto que la decisión de Cardona era la más acertada.

A continuación ayudó al anciano a desnudarse. Cardona hizo una seña a Cubitt. Abandonaron los dos la habitación.

Llegaron abajo, se dirigieron al porche. Cardona apagó la luz. Cubitt vio extrañado que el detective manipulaba en la llave que abría la puerta del jardín.

Luego sintió que Cardona le agarraba del brazo. El detective le condujo al vestíbulo y pidió los sombreros y abrigos.

Hugo Urvin observó que la pareja se marchaba y sonrió. Su misión exigía mucha cautela. Barton Schofield se había retirado, pero Urvin no podía actuar hasta que desapareciesen los visitantes.

Ya en la oscuridad de la veranda, el detective cogió el brazo del abogado, su voz tuvo un tono de misterio.

—Venga-dijo en voz baja—. Tenga cuidado.

Condujo a Cubitt hacia uno de los ángulos de la casa. Descendieron a la puerta del porche, la que había dejado abierta Cardona. El detective la hizo girar cuidadosamente e indicó a su compañero que entrase.

Se sentaron en un rincón y Cardona musitó a su compañero las razones de su extraña conducta. Cubitt se estremeció al sentir que el detective depositaba un revólver en su mano.

—No quise asustar al viejo-declaró Cardona—, pero estoy seguro de que corre peligro.

—¿Cree usted que aquellos desconocidos planeaban algo contra Schofield?

—¿Por qué no? ¿No se deshicieron de Hartnett y Goodall? Escuche. Schofield es un anciano. Lo más sencillo sería dejarle reposando. Pero supongamos que alguien espía por aquí... Nos habrá visto entrar. ¿Y sabe usted lo que hemos hecho? ¡Quizá hayamos precipitado el peligro que se cierne sobre el viejo!

—¿Por interrogarle?

—Seguro. Casi todos los malhechores me conocen. Al venir aquí no me di cuenta de la gravedad que podía revestir este acto. Cuando Schofield comenzó a asustarse, se me ocurrió que podía estar “marcado”.

—Pero si nos quedamos aquí...

.Podemos vigilar. Debería tener algunos hombres a mano, pero ya es demasiado tarde para avisarlos. Es mejor esperar los acontecimientos. En cuanto yo se lo indique a usted, no dude en utilizar el cacharro que le entregado. ¿Ha tirado usted alguna vez?

—Sí, he tirado al blanco.

—Bien. Conserve entonces su presencia de ánimo. Quizá no suceda nada esta noche, pero hay que estar preparados por sí acaso. Mañana destacaré unos hombres para que vigilen estos lugares. Me gustaría dar una vuelta por estos alrededores, pero será mejor que sigamos aquí.

Los dos hombres continuaron sentados en la obscuridad; Cardona sereno y tranquilo, Cubitt preocupado. Terminó una danza, y el silencio reemplazó al rumor de música que llegaba hasta el porche.

Hugo Urvin abandonó el salón de baile y se dirigió al vestíbulo. Allí encendió un cigarrillo y se reunió con otros dos jóvenes junto a

la puerta de entrada.

A la reunión de aquella noche habían acudido pocos invitados; apenas se elevaban a una docena. Debido a este detalle, Urvin procuraba disimular sus actos cuidadosamente.

Esperó a que sus compañeros volviesen al salón de baile; luego, con aire negligente, abrió la puerta, salió a la veranda y se dirigió al lado opuesto del camino que Cardona y Cubitt había tan subrepticamente seguido.

A llegar a la barandilla, se detuvo y sacó unas bocanadas de humo de su cigarrillo. Luego se lo quitó de la boca y lo disparó al aire con un impulso de su pulgar e índice. El cigarrillo trazó un largo arco meteórico en la oscuridad.

Cuando cayó sobre la hierba desparramó unas chispas.

Urvin retrocedió hasta el vestíbulo y volvió a entrar en el salón de baile.

Nadie se había dado cuenta de que había estado temporalmente ausente. Sin embargo, en aquel corto espacio de tiempo, Urvin había ejecutado la misión que le encomendara Kwa.

La lumbre de su cigarrillo había sido la señal para los malhechores agazapados en las tinieblas que rodeaban la casa.

CAPÍTULO XVI

EN LAS ESCALERAS

EL cigarrillo de Hugo Urvin brillaba todavía en la hierba cuando se irguió una figura que quedó un momento expectante.

El desconocido se agarró luego al enrejado cubierto de ramas de parra adosado a la pared de la casa y empezó a trepar hacia una de las ventanas.

Invisible en su movimiento, espectral en su acción, el escalador parecía un engendro de la noche, y aunque eran muchos los ojos fijos en aquella misma casa, nadie se dio cuenta de su ascensión. La Sombra, señor de la noche, se encontró por fin a la altura del segundo piso de la morada de Barton Schofield y ganó una ventana. Se elevó al marco de ésta y la negra figura penetró en el interior.

Entretanto, avanzaban unos bultos por el jardín. Desde su elevado atalaya, La Sombra descubrió a los furtivos invasores.

Era a éstos a quines había sido destinada la señal luminosa de Hugo Urvin.

Diseminados, ocultos en diversos puntos, no habría habido medio de atacar a uno sin alarmar a los otros.

Los asaltantes se reunieron junto a una pequeña puerta al nivel del suelo. La Sombra esperaba esto.

Vio que uno de los hombres entraba por la abertura: luego otro. Contó ocho en total. Los invisibles labios de La Sombra dejaron escapar el cuchicheo de una risa burlona.

Dos eran los principales bandidos que Kwa empleaba para sus siniestras tareas. El uno utilizaba la astucia y el otro la fuerza. La Sombra estaba preparado para hacer frente a ambos.

De haber sido elegido Chun Shi, ello habría significado una lucha a base de astucia. Koy Shan, no obstante, había sido el

designado.

Era uno de los pocos pistoleros chinos que habían escapado con vida del encuentro con La Sombra dos noches antes. Y acompañaban a este temible enemigo un grupo de criminales audaces.

El asesinato no figuraba aquella noche en el programa de los malhechores.

La Sombra lo sabía. El plan era muy sencillo. La misión de los asaltantes era capturar vivo a Barton Schofield.

¡Eran ocho contra un desvalido anciano!

La Sombra atravesó una habitación sumida en las tinieblas, encontró una puerta y la abrió. Se encontró en un amplio pasillo y pasó por delante del dormitorio de Barton Schofield.

Había otra puerta al final del pasillo, y más allá empezaban las escaleras. La Sombra se fundió con las tinieblas que envolvían aquella parte de la casa.

Llegaban de allá abajo los sones de la música. El segundo piso estaba desierto. Se oyeron unos pasos apagados. Los asaltantes habían entrado en la casa por un portillo posterior.

Desde su escondite, La Sombra no podía distinguir a los que componían la insidiosa banda, pero dominaba la puerta del dormitorio de Barton Schofield.

Aparecieron unas figuras en el pasillo, precedidas por un individuo corpulento, que no podía ser otro que Koy Shan el “Poderoso”. Los rostros amarillos no apartaban la mirada de su jefe. Koy Shan dio una orden en voz baja. Dos de los hombres avanzaron hacia el rellano de la escalera principal.

La estrategia de Koy Shan estaba ya clara. Dejaba a dos de sus secuaces para guardar la retirada, y a otros dos para vigilar la escalera principal; con los cuatro restantes podía invadir él impunemente el dormitorio y apoderarse del inerme banquero.

Los cuatro chinos estaban de espaldas a La Sombra. El misterioso personaje tendría que luchar con seis enemigos, pero todas las ventajas estaban de su parte. Cuando la manaza de Koy Shan se apoyó sobre el tirador de la puerta, La Sombra se movió lentamente hacia delante.

Mientras La Sombra se preparaba para desencadenar un rápido ataque, uno de los hombres apostados en el rellano de la escalera

volvió la cabeza para ver cómo avanzaban los otros.

Este chino, como sus compañeros, estaba armado de un largo cuchillo.

Los almendrados ojos del chino se dilataron de asombro al observar una forma movable que le impedía ver a Koy Shan.

El chino tardó un instante en darse cuenta de que se trataba de un enemigo viviente, pero no pudo reprimir el asombro que le causó su descubrimiento.

Se escapó de sus labios un grito ahogado mientras se lanzaba hacia delante esgrimiendo su cuchillo.

La Sombra giró rápidamente para hacer frente al ataque. El chino había pegado un salto, contando con herir a su enemigo por la espalda.

Pero el rápido movimiento de La Sombra hizo fracasar su propósito. El hombro del caballero de la noche chocó con las rodillas del chino y éste rodó por el suelo, escapándosele de las manos el cuchillo, que fue a parar a los pies de los que encontraban a la puerta de Schofield.

Tendido de bruces, este enemigo de La Sombra quedaba de momento eliminado. El segundo chino que vigilaba la escalera volvió a su vez y levantó el cuchillo para descargar el golpe que su compañero había fallado.

Los largos brazos de La Sombra apresaron al chino, inmovilizándole.

Mientras su mano izquierda le sujetaba por detrás, la derecha le descargó un mazazo en el barba. El bandido se desplomó como un fardo, rodando escaleras abajo.

Deshecho de su segundo enemigo. La Sombra giró rápidamente y quedó frente a frente con Koy Shan y sus secuaces.

La Sombra había calculado correctamente que los chinos irían armados de cuchillos y no de revólveres. Las hojas que brillaban en la penumbra, le revelaron lo acertado de su creencia.

La Sombra sabía ya cómo luchar contra tales armas. Su esbelta figura se plantó de un salto en medio de los cuatro atacantes.

Sus enguantados puños entraron en acción y empezaron a llover golpes sobre los amarillentos rostros. Los mazazos parecían venir de todas partes.

Sólo uno de los chinos consiguió sostenerse frente al vengativo

caballero.

Este chino no era Koy Shan, pues el atlético individuo había caído fulminado por el primer golpe de La Sombra. Era uno de sus lugartenientes que luchaba con rabia feroz, debatiéndose entre los brazos de su atacante.

Con un rápido movimiento consiguió libertar su mano derecha y la echó hacia atrás para descargar un golpe con el cuchillo que empuñaba todavía.

La Sombra hizo un esguince con el cuerpo y ambos combatientes rodaron por el suelo.

Pero en la caída, La Sombra actuó con no menor rapidez. Su mano derecha se ocultó bajo la capa. Y mientras yacía contra la pared, con el chino medio tendido sobre él, oprimió el gatillo de una automática.

Resonó en el pasillo una terrible detonación. El chino, contorsionado el rostro, se inclinó sobre un costado y cayó sobre el cuerpo de La Sombra.

El cuchillo rodó por el suelo.

La Sombra no intentó quitarse de encima su ya inofensiva carga; su mano derecha completamente libre, volvió a apuntar a los demás chinos.

Uno de éstos dio un salto hacia delante, intentando arrojar un cuchillo.

Rugió la automática. El chino se desplomó sin terminar el salto. El cuchillo fue a clavarse en la pared a unas pulgadas de la cabeza de La Sombra.

De los seis bandidos, tres quedaban completamente eliminados. Uno había rodado escaleras abajo; dos habían caído perforados por las balas de La Sombra. Los otros, Koy Shan entre ellos, se precipitaron por las escaleras.

Antes de que La Sombra pudiera disparar de nuevo se vio obligado a hacer frente a otra amenaza que su clara inteligencia había previsto: la pareja de mogoles que había quedado para guardar la retirada.

Giró la automática de La Sombra. El cañón escupió un vivo fogonazo. El primer chino rodó por el suelo, empuñando aún un inútil revólver.

El otro, situado unos metros más atrás, se arrojó de cabeza por

la misma escalerilla por donde había venido y se libró por verdadero milagro de no ser alcanzado por una de las balas de La Sombra.

Este chino consiguió refugiarse en sitio seguro. El pasillo estaba ya libre. La Sombra, no obstante, no se detuvo a disfrutar de su victoria.

Con rápido movimiento se quitó de encima el cadáver que le había servido de escudo y se puso en pie.

Se oían voces en el piso de abajo. El batacazo del primer chino que había caído rodando por las escaleras había atraído a la gente que bailaba en el salón. Al pie del primer peldaño encontraron su cuerpo inmóvil.

Aquel enemigo estaba fuera de combate.

Oyeron a continuación el estruendo de la automática de La Sombra. Koy Shan y sus compañeros aparecieron en lo alto de la escalinata con el terror reflejado en sus rostros. Los jóvenes y las muchachas retrocedieron espantados hacia el salón al ver que los chinos trataban de abrirse paso blandiendo sus descomunales cuchillos.

Dos mogoles lograron llegar a la puerta principal sin que nadie les estorbase. Uno era Koy Shan. El tercero, aún en las escaleras, fue sorprendido por la llegada del detective José Cardona y de George Cubitt.

Una enérgica voz de Cardona paralizó al fugitivo en su huída. El empavorecido asesino dejó caer su cuchillo y levantó las manos.

—¡Encañónelo! —gritó Cardona—. ¡Yo voy allá arriba!

George Cubitt obedeció. Cardona, revólver en mano, emprendió la ascensión para averiguar la causa de los disparos que ya habían cesado.

Un repentino grito de aviso le hizo detenerse a medio camino.

Cubitt tenía la mirada fija en la puerta de la entrada. En su umbral acababa de aparecer la atlética figura de Koy Shan, revólver en mano.

Cubitt, tembloroso, seguía encañonando al chino cuya custodia le había encomendado Cardona.

Salió un grito ronco de la garganta de Koy Shan, y su automática apuntó directamente a José Cardona. El *gangster* chino había reconocido al notable detective y se preparaba con implacable

precisión, a terminar con su vida.

Su dedo estaba ya sobre el gatillo, mientras que el revólver del detective descansaba aún sobre un costado.

Sonó una terrible detonación en lo alto de la escalera. Acababa de entrar en acción la automática de La Sombra. Había llegado a tiempo de evitar el nuevo crimen de Koy Shan.

No había cesado aún el eco de la espantosa detonación cuando Koy Shan se desplomó.

Antes de caer el atlético chino dio dos pasos hacia atrás, agitó una mano en el aire y el revólver se desprendió de sus dedos.

La Sombra había cumplido su juramento. Desde la muerte de Blaine Goodall, Koy Shan no había cometido nuevos asesinatos.

Una de las principales amenazas de Kwa había desaparecido ya. Koy Shan el “Poderoso” había muerto.

CAPÍTULO XVII

LAS MANOS DE KWA

SE asomaron al salón de baile unas docenas de rostros asustados. George Cubitt continuaba encañonando al chino al pie de la escalinata.

Sólo una persona levantó la mirada hacia el segundo piso. Esa persona fue José Cardona.

Allá, en lo alto de la escalinata, el detective vio la negra figura del implacable enemigo del crimen. Un revuelo de la negra capa que le cubría dejó al descubierto una mancha de sangre.

Bajo las amplias alas del sombrero brillaban dos ojos como carbunclos. Una enguantada mano empuñaba aún una automática humeante... ¡La Sombra!

No era la primera vez que Cardona encontraba al misterioso ser. Le era ya conocido su maravillosos poder.

Lo que acababa de presenciar era una nueva prueba de su arrojo para combatir contra el crimen. Aquella noche, la mano de La Sombra había salvado la vida de Cardona.

Los últimos ecos del disparo de La Sombra coincidieron con el apagado cuchicheo de su risa burlona. Sólo un perfecto tirador como La Sombra podía haber realizado la hazaña de derribar a Koy Shan desde aquella distancia.

Cardona se volvió para ordenar a Cubitt que siguiese vigilando a su prisionero y en aquel breve espacio de tiempo, La Sombra pareció fundirse con la obscuridad. Un revoloteo de la negra capa, y la fantasmal figura desapareció. José Cardona se lanzó escaleras arriba.

Aunque sabía que La Sombra era un ser amigo, Cardona sintió una sensación de temor al encontrarse en lo alto de la escalinata.

El espectáculo de los cuatro chinos tendidos en el pasillo arrancó una exclamación de los labios del detective.

José Cardona quedó unos momentos inmóvil. No se veía el menor rastro de La Sombra.

La puerta del dormitorio de Barton Schofield estaba situada a la izquierda.

Cardona hizo girar el pestillo. No tenía la llave echada. Abrió la puerta y dio la luz. Barton Schofield estaba medio fuera de la cama, mirando tembloroso al hombre que acababa de entrar. Lanzó un grito de momentáneo terror; luego reconoció al detective.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Cardona.

—Sí-balbuceó Schofield—. ¿Qué... qué ha sucedido?

—Una intentona-contestó Cardona lacónicamente—. Querían llevársele a usted, pero nosotros-aquí Cardona titubeó al pronunciar el nombre el plural—, nosotros hemos conseguido desbaratar sus planes. Acuéstese... no tema nada.

—¿Pero no habrá peligro...?

—Ninguno. Cierre la puerta. Enviaré a alguien para que vigile.

Barton Schofield obedeció como un niño y se metió en la cama. Temblaba todavía ligeramente mientras se arreglaba las mantas alrededor del cuello.

Cardona se aseguró de que no había nadie en la habitación; Luego apagó la luz, salió, y cerró la puerta. Recordó entonces que Schofield, ya acostado como estaba, no podría levantarse en la obscuridad para dar vuelta a la llave; pero el detective decidió que no sería necesario.

Cardona se asomó al rellano de la escalinata y fue acogido con un grito por un joven que estaba allí abajo. Uno de los invitados custodiaban al chino capturado. El preso estaba sólidamente atado con cinturones.

—La gente se ha ido allá fuera para registrar los alrededores de la casa-informó el joven al detective—. Su amigo, el abogado, fue con ellos. Quizá convenga que vaya usted también por si hubiera algún peligro...

Cardona bajó precipitadamente las escaleras y se lanzó hacia la veranda. Al salir oyó gritos que venían de la parte izquierda del jardín. Cardona saltó la barandilla por aquella parte.

Uno de los invitados tenía en la mano una linterna y sus rayos

descubrieron la escurridiza figura de un chino que atravesaba corriendo el prado.

Detonó un revólver. Cubitt había disparado. El chino continuó corriendo.

Otra detonación... una tercera... Cubitt, que había practicado el tiro al blanco, demostró su inhabilidad para atinar a un objeto en movimiento, y Cardona estaba demasiado lejos para disparar, y el fugitivo logró llegar a un corpulento árbol y desapareció tras él.

—¡Cuidado! —gritó Cardona—. ¡Que puede contraatacar!

La advertencia no fue atendida. El individuo de la linterna siguió corriendo hacia el árbol donde se había refugiado el chino.

Y antes de que Cardona pudiera gritar otra orden, dos invitados se habían colocado dentro de la zona iluminada. El chino apareció entonces a la vista, apuntando con su revólver al más próximo de los inermes bailarines.

Cardona hizo un disparo inútil. Sabía que a aquella distancia se perdería la bala.

En el mismo instante rugió una automática en el segundo piso de la mansión. El chino se desplomó.

El detective se volvió rápidamente y miró hacia arriba, pero no pudo descubrir el menor indicio de la ventana desde donde se había hecho el disparo.

Pero Cardona adivinó la identidad de la mano que había enviado aquella bala salvadora. El estruendo de un gigantesco 45, la perfección de la puntería a tan larga distancia, revelaban la presencia de La Sombra.

Una vez más había intervenido la poderosa mano del caballero de la noche.

Cardona gritó unas órdenes que ahora sí que fueron obedecidas. La inminencia de la muerte había hecho más cautos a los jóvenes invitados de Maximina Schofield.

Fue suerte, pensó Cardona que La Sombra se encontrase todavía en el segundo piso; y probablemente, el vengador había acudido a tiempo de prestar su oportuna ayuda. Cardona miró una vez más hacia la casa; luego ordenó a los invitados que se retirasen al interior.

El detective no descubrió la figura que en aquel momento se descolgaba de la ventana para buscar al único chino que faltaba.

Mientras el enlutado fantasma daba lentamente la vuelta por la trasera de la mansión de Schofield, Cardona condujo a Cubitt y sus compañeros ante la casa, y dijo a Cubitt señalando la puerta abierta:

—Suba. Asegúrese de que *mister* Schofield sigue tranquilo. Yo me situaré bajo la ventana de su dormitorio. Llámeme usted desde allí.

Cardona se dirigió al sitio indicado y esperó el aviso enfocando la luz de una linterna hacia la parte superior de la casa. Pero aunque miraba en aquella dirección, no distinguió la forma de La Sombra, pegado a los muros.

El caballero de la noche estaba esperando a su vez a que Cardona se retirase de aquellos lugares.

Se encendieron las luces del piso de arriba. Se oyó luego un grito de asombro. El rostro de George Cubitt apareció en la ventana.

Y al ver al detective allá abajo, el joven abogado proclamó su desconcertante descubrimiento:

—¡Barton Schofield ha desaparecido! ¡Las ropas de la cama están en desorden... las sillas derribadas!

—¡Cómo! —exclamó Cardona incrédulo. En aquel mismo instante se oyó el zumbido de un motor en la carretera. Cardona hizo girar su linterna y se lanzó en aquella dirección.

Sabía lo que aquel ruido significaba. Nuevos asaltantes, apostados no sabía dónde, habían conseguido apoderarse del anciano banquero; ¡Y el detective le había asegurado que no tenía nada que temer!

Cardona era un gran corredor y llegó al camino en el preciso momento en que arrancaba el coche. Tras él, invisible, llegó también La Sombra.

Cardona distinguió la odiosa mueca de un rostro amarillo al volante de un gran *sedan*. El bandido huía llevándose al desvalido Barton Schofield.

Cardona levantó su revólver. Pero antes de que pudiera disparar surgió de detrás de un árbol un enemigo inesperado.

¡Era el chino que La Sombra había echado de menos! Sus ojos saltones, sus dientes lobunos y la maligna expresión de su rostro no dejaban lugar a dudas sobre su identidad.

¡Kwa! El monstruo, esgrimiendo el cuchillo, se lanzó sobre el

detective y lo derribó al suelo.

A treinta pies detrás de Cardona, La Sombra, invisible en la obscuridad, había levantado su automática al mismo tiempo que el detective su revólver.

El rostro del hombre del *sedan*, visible para La Sombra al resplandor de la linterna de Cardona, ofrecía, aun a aquella distancia, un blanco admirable.

Pero antes de que La Sombra oprimiese el gatillo, el último chino cayó sobre José Cardona. La linterna rodó por tierra.

El *sedan* quedó sumido en las tinieblas y Cardona a punto de morir bajo el cuchillo de su enemigo.

Al oír la caída de los dos cuerpos, La Sombra varió instantáneamente de blanco. La obscuridad aumentaba las dificultades, pero el resplandor de la linterna ofrecía mejor puntería que el conductor del *sedan*.

La Sombra disparó, pues, no al coche, sino contra el chino que estaba punto de asesinar al detective. Tronó la automática una... dos veces.

El chino soltó el cuerpo. Por segunda vez en aquella noche, La Sombra había salvado la vida del detective.

La automática no enmudeció por eso. Siguió escupiendo plomo, con la esperanza de detener al fugitivo del *sedan*.

Aunque disparaba a ciegas, La Sombra realizó una hazaña increíble. Dos de sus balas dieron limpiamente en el invisible blanco. Una perforó el parabrisas, y la otra fue a clavarse entre el neumático y el tanque de la gasolina.

Fue el conductor del coche, y no La Sombra, quien tuvo suerte. De haberse desviado unos milímetros cualquiera de las dos balas, habría quedado fuera de combate el conductor o el coche mismo.

El auxilio prestado a José Cardona permitió al *sedan* escapar. Ya era demasiado tarde para detenerle. La Sombra lo comprendió así, y desistió de su persecución.

José Cardona se había puesto en pie... el haz de luz de su linterna iluminó las facciones del chino moribundo. El detective trató de interrogarle. El caído abrió los ojos, levantó una mano y señaló hacia la carretera, como si delirase:

—Kwa-repitio—. Kwa... Kwa el...

Lanzó un estertor. Se le cerraron los ojos. Estaba muerto. José

Cardona quedó perplejo.

—Kwa-repitíó—. ¿Qué podrá significar esa palabra?

Para José Cardona, la palabra no podía constituir pista alguna. Pero el detective no era la única persona que había oído lo que dijo el moribundo.

Una alta figura fantasmal, inmóvil en las tinieblas, había escuchado las últimas palabras del mogol y había comprendido su significado...

¡El extraño conductor del *sedan* fugitivo no era otro que Kwa, el Ídolo Viviente! ¡El más tenebroso poder del Chinatown; La repugnante criatura que había hecho del crimen el ideal de su vida; el responsable de la desaparición del opulento Barton Schofield!

CAPÍTULO XVIII

CHINATOWN

LA invasión china que había dado como resultado el secuestro del anciano Barton Schofield llenó la primera página de los periódicos con titulares a toda plana hasta las ediciones de la noche.

A las seis de la tarde siguiente, cerca de veinticuatro horas después del secuestro, el doctor Ward Zelka estaba sentado en su reservado del restaurante Brindle, leyendo las últimas noticias.

Alguien se apoyó en la mesa. El doctor Zelka levantó la cabeza e hizo un gesto de sorpresa al reconocer a David Moultrie.

Con una agria mueca, que no añadió el menor atractivo a su boca de grandes dientes, el agonista tomó asiento frente al médico.

—¿Y bien? —interrogó Zelka.

—Bastante bien-dijo Moultrie, riendo por lo bajo—, parece que las cosas favorecen lo de la Huxley.

—Pues a mí no me gusta el giro que toma el asunto-declaró Zelka malhumorado—, y lo que es más, no me gusta estar con usted ni aun en un lugar reservado como éste.

Y al decir estas palabras, Zelka lanzó una mirada fuera del reservado, y viendo que él y Moultrie estaban lejos de oídos indiscretos, decidió reanudar la conversación.

—Ha sido un poco excesivo, ¿no le parece a usted? —interrogó Zelka suavemente—. ¡Dos asesinatos y un secuestro!

—Sí-confesó lentamente Moultrie—. No me agrada el crimen, Zelka, aunque me favorezca. Quizá sean prejuicios míos, pero no estoy ni por es asesinato... ni por el secuestro.

Zelka escuchaba atentamente las palabras del agonista. No se dio cuenta de que habían llegado dos jóvenes al departamento inmediato.

Harry Vincent y Clyde Burke, agentes de La Sombra, se habían encontrado delante del restaurante Brindle y juntos habían penetrado en él para ver de sorprender parte de la conversación de los individuos a quienes estaban vigilando.

—¿De manera que le desagrada a usted? —insistió Zelka—. ¿Aunque sea para su ventaja; aunque le hayan sugerido a usted la idea?

—¿Su... sugerirme a mí? —recalcó Moultrie—. Supongo que no creerá usted que estoy complicado en el asunto. De ser así...

Zelka entornó los ojos. El médico parecía esperar el resto de la amenaza de Moultrie. Pero no llegó. El agonista guardó sombrío silencio.

—Me he limitado a hacer una observación impersonal-declaró Zelka—. A veces la gente toma medidas desacostumbradas cuando ve la manera de conseguir una fácil ganancia. ¿Asesinato? Nada estaba más lejos de mi imaginación, Moultrie, cuando le dije a usted que le eliminación de Hartnett y Goodall facilitaría el trato con el viejo Barton Schofield.

—Mire, Zelka-replicó Moultrie en tono brusco—, usted que acaba de ver este periódico, ¿qué opina del asunto?

—¿De qué asunto?

—Usted ya me entiende. Desde mi punto de vista hay una banda de chinos detrás de estos asesinatos... es decir, si es que tienen relación con el secuestro de Schofield. ¿Pero qué entiendo yo de cosas de chinos?

—Supongo que nada-dijo Zelka, con cierto sarcasmo que no pasó inadvertido a Moultrie.

—Ni siquiera puedo entender el billete de una lavandería china-añadió el agiotista—. Pero tratándose de cosas de la China, usted es el amo. Creo que ha estado usted allí. Y hasta apuesto a que conoce usted el idioma perfectamente.

—¿Acaso insinúa usted...?

—¡No, nada! —Moultrie se tranquilizó repentinamente—. Yo solo quiero decir que ambos podemos sacar provecho de la manera cómo se presentan las cosas; sólo que no me gustaría verme complicado en esas muertes.

—Con las que usted cree que estoy relacionado-rió Zelka.

—Sí-confesó Moultrie ingenuamente.

El doctor Zelka sonrió de nuevo.

—Cuando surgen circunstancias desacostumbradas-declaró el médico—, es a veces aconsejable aprovecharse de ellas sin profundizar demasiado en su origen. Yo he hecho de eso mi norma de conducta, Moultrie. Quizá haría usted bien en imitarme.

—Explíquese.

—Quiero decir que usted y yo, con las condiciones que ahora existen, podemos poner en práctica un plan bien determinado con miras a la adquisición de las acciones de la Compañía Huxley.

—En eso estamos de acuerdo-convino Moultrie—, pero así y todo no quisiera verme comprometido...

—Si eso sucede-le interrumpió Zelka—, recuerde que vamos embarcados en el mismo bote—. Zelka hizo una pausa para ensartar un cigarrillo en su boquilla de oro—. A la policía le corresponde averiguar quién mató a Hartnett y Goodall, y secuestró al viejo Schofield. A nosotros sólo nos interesa el asunto de los valores de la Huxley.

David Moultrie sonrió comprensivo. El doctor Zelka continuó hablando en tono suave.

—Supongamos-sugirió—, que mi observación respecto a esos tres hombres le impulsase a usted a emprender alguna acción contra ellos— Zelka con un movimiento de la mano contuvo la incipiente protesta de Moultrie—. ¿Cuál sería el efecto sobre mí? Se lo diré a usted.

“Cierta gente, la policía, por ejemplo, diría que Moultrie y Zelka tienen mucho de común. Demasiado quizá. Por lo tanto, Moultrie, sus intereses están estrechamente ligados con los míos. ¿Está claro?

—Bastante-afirmo Moultrie—. Pero no empiece usted a complicarme en...

—¡Yo no le complico a usted en nada! —le interrumpió energéticamente Zelka—. Me limito a hacer suposiciones y a recordar que fui yo quien sugerí la eliminación de los tres individuos que estorbaban. Realizada ésta, ¿qué cree usted que dirá la gente? Se lo diré, Moultrie. La gente-la policía inclusive-dirá que sea como fuere lo que Zelka haya hecho, Moultrie se habrá beneficiado con ello. Por lo tanto, los intereses de Zelka han arrastrado los de Moultrie...

El agiotista hizo una mueca de desagrado y estudió el rostro del

doctor. Al fin se encogió de hombros para hacer una afirmación terminante.

—¡Tiene usted razón, Zelka! Sea lo que fuere lo que haya usted hecho, se me censurará a mí. No hay manera de escaparse de ello.—

—Así es-declaró—. Si yo he actuado... digamos criminalmente... tendrá usted Westley Hartnett compartir conmigo esta responsabilidad, puesto que estoy dispuesto a compartir los beneficios si todo marcha bien.

“Yo tampoco esperaré que usted se portase de otro modo conmigo, suponiendo que se hubiese visto en la extrema necesidad de cometer un crimen. Le seré franco, Moultrie. No apruebo el asesinato más que usted. No obstante, no hay manera de alterar lo que ya ha sucedido.

—En las actuales circunstancias-observó Zelka—, mi consejo es que debemos evitar más que antes el ser vistos juntos.

—En eso tiene usted razón-repuso Moultrie—. Hice una tontería viniéndole a buscar hoy aquí esta noche, pero sentía curiosidad y, ¿por qué no decirlo?, alguna preocupación.

—Los que están preocupados-afirmó Zelka—, tienen, por lo general, alguna carga sobre su conciencia. No obstante, no necesita usted preocuparse por mí. Y en cuanto a los valores de la Huxley, pueden esperar. Goodall no está aquí para hacer su declaración. Hartnett no puede ya influir en Schofield. Quizá-el tono del doctor se hizo pensativo— no tardaremos en saber algo del viejo banquero.

—¿Sabe usted dónde está? —preguntó ávidamente Moultrie.

—No-respondió Zelka—. ¿Y usted?

Moultrie rió por lo bajo.

—Supongamos que no volvemos a saber de Schofield. Supongamos también que ha sucedido algo... que lo han matado... ¿qué haremos entonces?

—Si no volvemos a saber de Schofield-contestó Zelka tranquilamente—, podemos seguir nuestras compras de valores de la Huxley. Pero sería mejor esperar un poco.

—¿Hasta que veamos lo que hace la policía?

—Hasta que veamos en que van a parar todos esos manejos chinos. Las investigaciones pueden terminar en un resultado sugestivo.

David Moultrie hizo un gesto de asentimiento y se levantó de la

mesa. Ward Zelka le siguió con una enigmática sonrisa.

—Dejaremos el asunto como está—fue la decisión final de Moultrie, hecha en tono de resignación.

El doctor Ward Zelka encendió otro cigarrillo después que hubo desaparecido el agiotista. Fumó en silencio; luego se levantó y salió del restaurante, pasando por delante del reservado en que Harry Vincent estaba ahora sentado solo.

Acompañado de Clyde Burke, Harry había sorprendido trozos de la conversación sostenida entre Moultrie y Zelka.

Cada uno de los agentes había tomado sus notas; luego Clyde se había visto obligado a marchar cuando Moultrie había abandonado el restaurante.

Ahora, a su vez, Harry reanudó la vigilancia de Ward Zelka cuando éste salió del local.

El médico avanzó por Broadway, fumando todavía. Tenía el aire del que pasea por matar el tiempo. De pronto sus ojos se fijaron en un *autocar* para Chinatown, detenido en la esquina de la calle Cuarenta y Siete.

Zelka se detuvo para escuchar lo que decía el propagandista, pero hizo un gesto negativo cuando éste trató de enrolarle en la excursión.

Zelka siguió andando, pero volvió la cabeza para mirar por encima del hombro. Los farolillos del *autocar* parecieron sugerirle algo.

De pronto hizo señas a un taxi y ordenó al conductor que le llevase a una estación del “elevado”. Cuando Zelka se apeó advirtió que se aproximaba un tren. Subió apresuradamente las escaleras, deslizó un níquel en la caja y subió al tren en el preciso momento en que arrancaba.

Cinco segundos después Harry Vincent llegaba a la misma plataforma.

¿Fue por accidente o por designio, por lo que el doctor Ward Zelka había eludido al hombre que le vigilaba? ¿Fue por casualidad o por determinado propósito por lo que el médico apareció en el distrito chino menos de media hora después?

El doctor Zelka hacía frecuentes paradas mientras caminaba por las proximidades de Mott y Pell. Escuchaba los trozos de conversaciones chinas que llegaban a sus oídos.

En cierta ocasión se detuvo más de lo acostumbrado al oír una voz que pronunciaba por lo bajo el extraño y misterioso nombre de Kwa.

El médico reanudó su camino en el momento en que aparecía un guía uniformado, conduciendo un grupo de curiosos.

Ninguno de los que componían éste vio al doctor Ward Zelka, el médico se había alejado unos momentos antes de que ellos llegasen.

Casi cerrando el grupo caminaba Hugo Urvin, con el aire de un observador aburrido. Tras él iba un individuo alto, de facciones impasibles, de mirada extrañamente fría y penetrante.

Una vez más el secuaz de Kwa acudía a Chinatown. Y de nuevo le seguía otro visitante a aquel extraño distrito. Se planeaba un nuevo crimen.

Hugo Urvin tenía que desempeñar su parte. Pero por encima de los siniestros proyectos de Kwa se erguía la poderosa presencia de La Sombra; ¡El Idolo Viviente iba a enfrentarse de un modo decisivo con el caballero de la noche!

CAPÍTULO XIX

UN VISITANTE INOPORTUNO

ERA cerca de medianoche cuando alguien tocó el timbre del departamento de David Moultrie. Una voz soñolienta respondió a través del teléfono del vestíbulo.

El visitante se anunció como Hugo Urvin y mencionó nombres de amistades comunes a los dos comunicantes. Un chasquido en la cerrada puerta permitió a Urvin entrar.

El departamento de Moultrie era pequeño y estaba situado en el tercer piso.

El agiotista, vestido con pijama y bata, recibió al individuo que había ido a verle a hora tan intempestiva y le indicó una silla.

El departamento se componía de un recibidor y de un gabinete con un dormitorio adjunto. El gabinete era amplio y con un lecho exageradamente alto.

Los primeros muebles que Urvin observó fueron una mesa en el centro de la habitación y una maciza librería cerca del rincón próximo a la puerta.

—Siento haberlo hecho levantar a usted—se excusó Urvin—; temí no encontrarle en el despacho mañana por la mañana. Tengo algunas inversiones que hacer. Me han recomendado a usted, *mister* Moultrie.

—Tome un cigarro—ofreció Moultrie con suave sonrisa.

Hugo Urvin aceptó un cigarro y se recostó en su asiento.

—¿Ha pensado usted en algunos valores en particular? —interrogó Moultrie.

—Petróleos, con preferencia—dijo Urvin—; quiero hacer la prueba invirtiendo unos diez mil dólares. Pero quiero algo que tenga probabilidades de subir rápidamente.

Moultrie disimuló una sonrisa. Se sentó a la mesa, abrió un cajón y sacó un paquete de papeles. Acto seguido empezó a maniobrar para aquel inesperado cliente.

Los hombres que tenían diez mil dólares para invertir no eran frecuentes.

¡Especular en petróleos! Para Moultrie aquello era como tener un lingote de oro en la mano.

Hugo Urvin se sentía verdaderamente satisfecho. Había ido allí no para invertir unos miles de dólares, sino para estudiar la disposición del departamento. Estaba desempeñando la misma misión que ya había realizado en el departamento de Westley Hartnett.

Un mensaje de Kwa. Un pequeño *bibelot* envuelto en billetes de cien dólares. Una hoja de papel que se había separado de la envoltura.

Un mensaje que había desaparecido en una llamarada repentina.

Instrucciones para presentarse allí y preparar el terreno, tras lo cual debería volver a Chinatown al otro día a las ocho.

Hugo Urvin pensaba en todos aquellos detalles. Para él, Moultrie era un ser inofensivo que no sospechaba nada. Nunca se le había ocurrido que él mismo hubiese sido vigilado en su propio domicilio; que el mensaje de Kwa hubiese sido leído por otros ojos que los suyos.

La siniestra presencia de La Sombra había seguido a Hugo Urvin como a otros partes y en aquellos momentos estaba muy cerca, pero Urvin no tenía la menor sospecha de ello.

La puerta de entrada había ido abriéndose pulgada a pulgada y unos ojos de fuego atisbaban por la estrecha abertura. Aquellos ojos observaron cómo Urvin estudiaba la librería mientras Moultrie se inclinaba sobre la mesa.

La Sombra observó también la sonrisa que iluminó el sensual rostro de Urvin.

—Aquí tengo tres buenas proposiciones-declaró Moultrie incorporándose.

El agiotista arrojó un paquete de certificados sobre la mesa y empezó a quitar la cinta de goma. Hugo Urvin le detuvo con un gesto.

—¿Dice usted que tiene tres buenas proposiciones? —preguntó.

Moultrie asintió con un gesto.

—Es estupendo-declaró Urvin—. ¿Pero cómo elegiré la que más me conviene?

—Déjemelo eso a mí-sonrió Moultrie—. Las acciones petrolíferas, *mister* Urvin-el agiotista decía la verdad—, casi siempre son como un juego de azar. Recuerde que se lo he advertido por anticipado. Tengo otros valores que son menos especulativos. No obstante los petróleos ofrecen maravillosas oportunidades. ¡Maravillosas!

—Supongamos-interrumpió Urvin—, que nos reunimos definitivamente mañana. Me gusta operar al contado, *mister* Moultrie. Tengo que ir a Hartford, mi país natal, para sacar el dinero del Banco local. Podríamos reunirnos aquí mañana por la noche, por ejemplo.

—¿A las diez?

—A las diez y media será mejor.

—Muy bien. Usted, claro está, me dará ahora una nota diciendo que desea adquirir estos valores.

—Preferiría esperar hasta mañana por la noche-dijo Urvin recogiendo su bastón y poniéndose en pie—. Para entonces ya tendré el dinero y así le daré a usted tiempo para elegir los valores que más me convengan.

David Moultrie estrechó afectuosamente la mano de su visitante. La puerta de entrada se cerró poco a poco.

Un largo reguero de negrura se deslizó a lo largo del suelo. Cuando Moultrie abrió la puerta del recibidor no había rastro de ser viviente.

Desaparecido Hugo Urvin, David Moultrie se frotó las manos y rió satisfecho. Una mosca acababa de caer en la tela de araña preparada por el fullero.

Moultrie guardó los certificados en el cajón y escribió un memorándum para la entrevista del día siguiente por la noche.

Entretanto Hugo Urvin hacía malabarismos con su bastón mientras caminaba por la calle. Al poco rato hizo señas a un taxi que pasaba y entró en el vehículo conteniendo la risa.

David Moultrie iba a caer en su propia trampa. Al día siguiente a las diez y media, Hugo Urvin sabía muy bien que no tendría necesidad de acudir a aquella cita. Esa noche la había dedicado al

espionaje.

Al otro día, David Moultrie recibiría un visitante inesperado en lugar de Hugo Urvin. El secuaz de Kwa se regocijaba todavía con la situación cuando el taxi se detuvo ante la puerta de su casa.

Poco después otro coche rodaba por la misma calle. El doctor Ward Zelka se apeó de él y pagó al conductor. El médico iba fumando su inevitable cigarrillo. Al entrar en el vestíbulo parecía preocupado y meditabundo.

Siempre le sucedía lo mismo tras sus frecuentes visitas al distrito chino.

Chinatown había tenido siempre un atractivo especial para él. Mezclado con los orientales, escuchando su idioma, con el que estaba familiarizado, se sentía presa del mismo interés que había experimentado durante sus viajes al Lejano Oriente.

La calle estaba silenciosa, brillaban raras luces en las fachadas de las casas.

Un negro reguero pareció desvanecerse al deslizarse bajo un farol. Aquel reguero fugitivo era la señal de la presencia de La Sombra.

David Moultrie... Hugo Urvin... Ward Zelka. Cada uno tenía su parte en el drama que iba a tener lugar como consecuencia del secuestro de Barton Schofield. Grandes cosas iban a suceder al día siguiente por la noche.

¡La Sombra estaba preparado!

CAPÍTULO XX

TAREA TERMINADA

A las nueve de la noche siguiente un *autocar* de Chinatown se detuvo en la esquina acostumbrada. Hugo Urvin estaba entre los pasajeros que abandonaban el vehículo.

En su bolsillo llevaba otro paquetito que había recibido de manos de Chon Look, el budista.

Las diez y media; a aquella hora, David Moultrie le esperaría en su casa.

Hugo Urvin sonrió. Pero aquella noche él no se entrevistaría con el agiotista. En su lugar acogería a la soledad de su departamento para recrearse con la última entrega de fondos que acababa de recibir de Kwa.

Un individuo alto y enlutado se había apeado del *autocar* al mismo tiempo que Hugo Urvin. Este individuo no tenía semejanza física con el hombre de rostro imperturbable que había acompañado a Urvin en algunas de sus anteriores excursiones. Sin embargo, tenía cierto parecido.

La silueta que este individuo arrojaba sobre la acera era idéntica a la de aquel extraño personaje. Un detalle que pocos habrían notado y que, sin embargo, era la indicación de la presencia de La Sombra.

Bajo otro disfraz, el caballero de la noche había sido secretamente el compañero de Urvin en su visita a la capilla de Chon Look.

Cuando Hugo Urvin tomó el ferrocarril subterráneo hacia la parte alta de la ciudad, el desconocido no lo siguió. En su lugar detuvo a un taxi y dio al conductor una dirección.

De un paquete que llevaba el disfrazado viajero sacó una capa

negra y un sombrero de fieltro y se puso estas prendas en la obscuridad del coche.

Un trozo de papel revoloteó por la ventanilla y fue a caer junto al conductor del taxi mientras el vehículo se detenía ante una casa de vecindad. El chofer recogió el papel y vio que era un billete. Entonces miró hacia atrás y, con gran asombro, se dio cuenta de que el coche estaba vacío. El pasajero había desaparecido misteriosamente.

Entretanto, Hugo Urvin entraba en su departamento, encendía una lámpara y sacaba el paquetito del bolsillo. Era otro regalo de Kwa. Quitada la envoltura, Urvin encontró dentro de una caja. Era un curioso cachivache que parecía no tener abertura alguna.

¿No le mandarían dinero? Urvin se sentía intrigado. Cogió la envoltura el papel y separó la hoja inferior. Leyó el mensaje. Solo contenía estas palabras:

“Su trabajo ha terminado. La recompensa final está dentro de la caja.”

¿Oro? No; la capa era demasiado ligera. Urvin sonrió; se imaginaba que dentro de la caja encontraría alguna valiosa gema, algo que podría convertir fácilmente en dinero contante y sonante.

Urvin suspiró. Sentía una extraña sensación de alivio al darse cuenta de que había recobrado su libertad. Ya no era un esclavo de Kwa y podía reanudar su vida de ocio con tal de que la caja contuviese medios suficientes para ello.

Así lo esperaba.

El joven manipuló nervioso. No dedicó la menor atención a la llamarada que emitió el mensaje final de Kwa depositado sobre la mesa.

La caja tenía su misterio; podía ser rota, pero no abierta. Urvin la apretó contra el borde de la mesa.

¡Chas! La caja cedió bajo la presión. Hugo Urvin lanzó un grito al sentir que un poderoso resorte le aprisionaba los dedos mientras unas agujas se los punzaban. Su mano izquierda estaba cogida como en una trampa.

Consiguió al fin apartar una abrazadera de metal que le aprisionaba y se miró los dedos a la luz de la lámpara.

Las punzadas de las agujas habían dejado unos puntitos rojos que iban ennegreciéndose gradualmente. Una sensación de mareo

se apoderó de Hugo Urvin. Se agarró al borde de la mesa. Sintió que se le doblaban las piernas.

Trató de gritar, pero los músculos de su garganta parecían paralizados como el resto de su cuerpo.

El joven se desplomó sobre el suelo. Hugo Urvin había recibido la recompensa de Kwa. Su misión había terminado. Víctima de un violento veneno oriental, ya no había el riesgo de que revelase alguno de los secretos del Ídolo Viviente.

Algo se movió en la ventana. La siniestra forma de Chun Shi se deslizó dentro de la habitación. El astuto asesino se había apostado allí por orden de Kwa para actuar rápidamente en caso de que el veneno no surtiese su efecto.

La muerte había actuado sin la ayuda de Chun Shi, pero tenía otros deberes que cumplir. Rápidamente Chun Shi reunió los extraños objetos que Hugo Urvin había recibido en la capilla budista.

Los monos sabios, el elefante verde y, finalmente, la trampa de acero que había clavado sus afiladas agujas en la mano del sentenciado.

Ni siquiera se le olvidaron las envolturas de papel de arroz tiradas en un rincón y que no mostraban escritura alguna.

Luego se deslizó por la ventana, llevándose las pruebas de la complicidad de Hugo Urvin con Kwa, y su cuerpo semejó una gigantesca araña al correr a lo largo del muro hasta la ventana de un departamento desalquilado.

Aquella noche hubo más trabajo para Chun Shi. Este secuaz de Kwa era ahora su único agente, ya que Koy Shan había muerto en combate con La Sombra, y Kwa se veía obligado a emplear la astucia a falta de la fuerza.

Sin embargo, el mismo Kwa había empleado un sutil ardid en su trato con Hugo Urvin, aprovechándose de la avaricia del joven y de su falta de escrúpulos para proporcionarse dinero.

Estaba seguro de que Urvin se encerraría en la soledad de su cuarto para abrir el paquete que contenía la recompensa y había puesto así un rápido final a la criminal carrera del disoluto joven.

¿Había adivinado La Sombra las intenciones de Kwa? ¿Había consentido el caballero de las tinieblas que Hugo Urvin corriese hacia la suerte que merecía?

Sólo La Sombra lo sabía y se encontraba en otra parte aquella noche. El gabinete de Hugo Urvin quedaba abandonado sin otro habitante que el cuerpo sin vida del hombre que lo había habitado.

Kwa no necesitaba ya de Hugo Urvin. La misión de éste había terminado.

Por eso Hugo Urvin había muerto.

CAPÍTULO XXI

CARDONA SIGUE UNA PISTA

EL detective José Cardona paseaba por su despacho. El reloj colgado de la pared marcaba las diez. El rostro del policía expresaba viva contrariedad; y un montón de papeles colocados sobre una mesa indicaba investigaciones sin fruto.

La invasión china que había terminado con el secuestro de Barton Schofield había conducido a una pista ciega. Cardona conocía la identidad de Koy Shan, pero aquello era todo.

Se trataba de un individuo sospechoso, de Chinatown. Nadie le conocía otras actividades que las que figuraban oficialmente como sus medios de vida. El mismo Cardona había recorrido el distrito chino, pero sin resultado.

Otros detectives habían entregado sus informes, pero ninguno había aportado el menor rastro.

Cardona sospechaba que a espaldas de Koy Shan actuaba algún insidioso poder, pero excepto las palabras del chino que murió en casa de Schofield, Cardona no había conseguido el menor indicio de la extraña identidad de Kwa.

Cardona había olvidado las palabras del moribundo. Había olvidado asimismo las observaciones de Barton Schofield antes de su secuestro.

Pero ahora, sin ninguna otra pista a mano, el as de los detectives recordó repentinamente ciertas insinuaciones hechas por Schofield respecto a los valores de la Huxley.

Cardona se pellizcó la barbilla. Había sido un necio olvidando aquello.

El asunto de los chinos le había apartado completamente de la pista que siguiera en un principio.

—¡Oiga, Markham! —llamó Cardona a su sargento detective que se encontraba en un despacho inmediato—. Venga aquí un minuto. ¿Ha oído usted alguna vez hablar de un tal Poultry? Es algo que el viejo Barton Schofield me dijo antes de que lo llevaran. Habló de dos hombres... un individuo que traficaba en valores industriales y un doctor. El primero tenía un nombre parecido a Poultry.

—¡Moultrie! —exclamó Markham—. ¡David Moultrie!

—¿Conoce usted algún individuo de ese nombre? —preguntó rápidamente Cardona—. Se trata de un agiotista.

—Sí-asintió Markham—. Pero no es ningún estafador. Hace meses recibimos algunas quejas de gente que le había comprado acciones. Los valores resultaron papeles mojados, pero no había nada que impidiera a Moultrie el poder vender tales valores a gentes que sueñan con ganancias fabulosas y se consideran engañadas.

Cardona cogió la guía telefónica y buscó el nombre de David Moultrie.

Encontró dos direcciones: un despacho y una residencia. Anotó ésta última.

—Aquí es a donde voy a ir-informó a Markham—. Quédese aquí por si lo necesito.

Eran justamente las diez y media cuando José Cardona llegaba a la casa de David Moultrie. El detective subió las escaleras y escuchó atentamente a la puerta del departamento.

Oyó que alguien venía por el pasillo y se irguió rápidamente para encontrarse con un individuo que parecía dirigirse a aquel mismo sitio.

—¿*Mister* Moultrie? —preguntó Cardona.

—Yo soy-contestó el otro—. Siento venir un poco retrasado; pero...

—el rostro de Moultrie hizo un gesto de sorpresa. Había confundido a Cardona con Hugo Urvin.

El detective echó hacia atrás la solapa de su americana y mostró una insignia.

Moultrie palideció.

—¿Debo acompañarle? —preguntó.

Cardona indicó con el pulgar la puerta mientras hablaba. Moultrie asintió y sacó una llave. Luego abrió nerviosamente.

Seguido de Cardona, el agiotista dio la luz del recibidor. Cardona continuaba a su lado cuando encendió la lámpara del gabinete.

—Oiga-dijo Cardona, que necesitaba un pretexto para continuar el interrogatorio—. ¿A quién esperaba usted aquí esta noche?

—A un individuo llamado Hugo Urvin-contestó Moultrie algo más tranquilo—. Va a comprarme algunos valores; probablemente acciones petrolíferas.

—¿A qué hora espera usted a ese Urvin?

—Ya debe estar llegando-contestó Moultrie.

—Entonces esperaremos un poco-decidió Cardona—. Y charlaremos mientras esperamos. ¿De manera que se dedica usted a la venta de valores industriales?

Moultrie asintió.

—¿Y los comprará usted, por supuesto?

Moultrie volvió a asentir.

—Diga, pues-rezongó al detective—. ¿De qué clase de valores se trata? ¿Trafica usted en grandes cantidades?

—Sí... es decir, rara vez-balbució nerviosamente Moultrie—. Perdone mi nerviosidad. El negocio de esta noche con Urvin era muy importante.

—A las diez y media-murmuró Cardona—. Extraña hora para negocios.

—Sí, un poco desacostumbrada-convino Moultrie, afectando indiferencia—. Urvin tenía que ir a Hartford. Yo no le esperaba antes. Él fue quien fijó la hora para esta entrevista.

—¿Qué clase de individuo es ese Urvin? —preguntó Cardona como por casualidad—. ¿En qué se ocupa? ¿Es un profesional?

—No sé nada de él-contestó Moultrie—. Anoche se presentó aquí por primera vez. Dijo que tenía dinero para invertir. ¿Pero a qué viene tanta pregunta? ¿Acaso se sospecha de mí?

—¿Puedo utilizar su teléfono? —preguntó a su vez Cardona.

Moultrie agitó una mano hacia el aparato que descansaba sobre la mesa.

Cardona levantó el receptor y llamó a la Jefatura de Policía. Habló con Markham.

—Aquí Cardona-informó Joe—. Markham, necesito que busque usted a un individuo llamado Hugo Urvin. Se retrasa a una cita que

tenía aquí... Sí, estoy en casa de Moultrie... Descubra dónde vive Urvin y vaya a buscarle... No, no telefonee. Vaya a su casa, si puede localizarla.

Cardona ojeaba las páginas de la guía telefónica mientras hablaba. Encontró así el número de Urvin, notó el nombre de la calle y se lo comunicó a Markham.

—Voy a volver a Jefatura—añadió Cardona enfáticamente—. Le estaré esperando allí cuando regrese usted.

El detective colgó el receptor y miró a David Moultrie. Había algo en la actitud del agiotista que no agradaba a Cardona.

El detective decidió emplear una treta que siempre le había dado buen resultado. El primer paso consistía en enseñar repentinamente su baza; el segundo, en dar a su rival una oportunidad inesperada.

—¿De manera que se dedica usted a vender valores? —preguntó—. Pues nosotros estamos muy interesados en un asunto de esa clase. ¿Tiene usted algunos clientes que hayan tratado de comprar acciones de la Compañía Huxley?

—No, que yo recuerde—contestó Moultrie. El hombre estaba en guardia ahora—. ¡Hay valores de tantas clases!

—Lo sé—repuso Cardona—. Bien, si usted sabe algo de esas acciones de la Huxley dígalo ahora. Si ese Urvin declara luego que iba a comprar algunas, tendré que hacerle a usted más preguntas, pero en otra forma. Creo que Urvin no es el único que...

La mirada de Cardona se fijó en la puerta de entrada; y poniendo un fin brusco a su conversación, el detective se dirigió a la puerta y la cerró tras de sí. Fuera de la vista de David Moultrie, corrió el pestillo para poderla volver a abrir, y se quedó en el pasillo.

El detective calculaba sus actos. Había insinuado a David Moultrie algo que tenía que preocuparle. Si el agiotista estaba comprometido en alguna actividad criminal, era seguro que actuase sospechosamente.

Quizá se deslizaría hasta el pasillo para escapar; quizá trataría de llamar a alguien por teléfono. Cardona había previsto la llamada a Urvin enviando a Markham a su domicilio.

Sucediera lo que fuese, Cardona estaba preparado para entrar en acción desde el primer momento. El detective apoyó una mano en el

pomo de la puerta. Ya se había visto en casos como aquél. Daría a David Moultrie por lo menos... ¡tres minutos!

¡Muchas cosas podían suceder en aquel espacio de tiempo! Dentro de su departamento, David Moultrie, junto a la mesa, estaba completamente ajeno al peligro que le amenazaba. Desde el estrecho espacio comprendido entre la voluminosa librería y el techo, se iban extendiendo los tentáculos de unos brazos. Luego asomó un cuerpo... una forma redondeada en contraste con los brazos de aquella araña humana. El repulsivo ser se dispuso a saltar sobre su víctima. Esta era David Moultrie, que se encontraba cinco pies más abajo.

Un momento más y aquella repugnante criatura ahogaría a Moultrie entre sus brazos.

Moultrie miraba aprensivamente hacia la puerta medio abierta del dormitorio. En aquella parte la obscuridad era casi impenetrable, pero parecía haber en ella como un aviso de peligro inminente.

Moultrie medio se levantó de la mesa. En el mismo instante la criatura escondida en lo alto de la librería se dispuso a dar su terrible salto.

Simultáneamente surgió de las tinieblas del dormitorio una terrible detonación a la que acompañó una larga llamarada. David Moultrie retrocedió, lanzando un grito de espanto.

La araña humana pareció dar media vuelta en el aire y uno de sus largos brazos golpeó a Moultrie en un hombro haciéndole tambalearse; el cuerpo chocó luego con el tablero de la mesa y rebotó al suelo.

La puerta se abrió de un empujón. José Cardona, revólver en mano, se precipitó en la habitación. El detective se detuvo en seco al ver a Moultrie arrimado contra la librería, mirando con ojos de espanto a la criatura que se retorció sobre el suelo.

Cardona miró hacia lo alto de la librería; luego hacia la puerta medio abierta del dormitorio. La espantosa detonación de la automática resonaba todavía en sus oídos. La verdad empezó a abrirse paso en el cerebro del detective.

Alguien, un ser de asombrosa destreza y calma, había estado esperando aquella ocasión. Una mano firme había encañonado al asesino en el momento de ir a arrojarle sobre su descuidada

víctima.

¡La Sombra, infalible en su poder, acababa de dar muerte a Chun Shi, el Astuto!

CAPÍTULO XXII

LA LEY ACTUA

EL detective José Cardona quedó frente a David Moultrie, separados por la mesa. De la Jefatura de Policía iban acudiendo agentes en respuesta a las llamadas de Cardona.

Se había dejado orden de que Markham llamase a casa de Moultrie cuando pudiera informar de lo averiguado en el departamento de Urvin.

Cardona registró el dormitorio, pero no encontró a nadie. El detective no había esperado otra cosa. La ventana que se abría junto a una chimenea había ofrecido rápida salida a La Sombra. Cardona concentró entonces su interés en el hombre que tenía antes sí.

—Hablabamos claro-rezongó—; será mejor que diga usted ahora lo que sepa de este asunto.

—Trataban de eliminarse-se lamentó Moultrie, mirando a Cardona con ojos de espanto—. Querían deshacerse de mí como de Hartnett, Goodall, Schofield...

—¿Quién trataba de eliminarle a usted? —preguntó Cardona.

—Le diré-la voz de Moultrie se convirtió en un ronco lamento—. Fue el doctor Zelka... ¡Ward Zelka! Él era el único que sabía lo de la probabilidad de apoderarnos de las acciones de la Huxley. Tenía miedo de que yo hablase a alguien.

—Zelka-repitió Cardona—. De manera que ese es el nombre de su socio, ¿eh?

—Le juro a usted que él solo llevaba el asunto-se defendió Moultrie—. Yo tenía miedo de que llegase a suceder todo esto, pero no estaba seguro. Carecía de pruebas.

“El doctor posee muchas acciones de la Huxley. Quería que yo le comprase más. Pero Schofield no se prestaba a nuestro juego. Esa es

la causa de que Zelka le haya secuestrado... después de matar a los otros, Zelka quería matarme a mí también.

Moultrie señaló el cuerpo de Chun Shi. Cardona se vio obligado a hacer un gesto de asentimiento a la vista de la prueba que le indicaba el espantado Moultrie.

El hombre muerto era, sin duda, el secuaz del individuo de rostro amarillo que Cardona había visto huir de la mansión de Schofield.

Alguien llamó a la puerta. Cardona dejó pasar a dos detectives. Tras unas breves instrucciones relacionadas con el cadáver de Chun Shi, Cardona volvió a encararse con David Moultrie.

—Perfectamente-anunció el detective—. Usted dice que es inocente. Pero habrá que comprobarlo. Alguien se preocupaba demasiado de su bienestar y se cuidó de librarle de esta araña disparando desde la otra habitación. En lugar de estar muerto, está usted hablando. ¿De manera que Ward Zelka es el individuo que tenemos que buscar? ¿Y qué me dice usted de ese Hugo Urvin?

—No sé nada de él-insistió Moultrie—. No acabo de comprender cómo puede estar mezclado en este asunto. Vino aquí a hablar de valores petrolíferos.

La mirada de Cardona se posó en lo alto de la librería. El policía vio lo que Moultrie no había visto; que el asesino agazapado allí tuvo que ser informado de antemano de la existencia de tal sitio estratégico.

—¿Estuvo Zelka alguna vez en este departamento? —preguntó Cardona de pronto.

—No, que yo sepa-contestó Moultrie.

Cardona sonrió. Empezaba a convencerse de la absoluta inocencia de Moultrie. El detective reflexionó apoyada la mano en el teléfono.

De pronto resonó el timbre. Cardona levantó el receptor. Era Markham.

—¿Cómo? —la voz de Cardona vibró con la emoción—. ¿Muerto? ¿Pero cómo? ¿Parece un caso de envenenamiento? Quédese ahí... sí... que le acompañen sus hombres... Aquí también ha habido un intento de asesinato...

José Cardona colgó el receptor y miró directamente a David Moultrie. Le pareció ver en su rostro una mirada de consternación.

—Hugo Urvin ha muerto-anunció Cardona tranquilamente—. Asesinado. En su propio domicilio. Escuche ahora, Moultrie. Dígame todo lo que sepa de ese tal Zelka. Tenemos que darnos prisa para echarle mano.

Mientras José Cardona se ocupaba del doctor Ward Zelka, éste entraba en su casa. Esta noche venía en dirección opuesta y al parecer no había observado la confusión que reinaba en la puerta del edificio cercano en que Hugo Urvin había muerto.

Mientras Zelka cerraba la puerta del piso su pie tropezó con un pedazo de papel abandonado en el suelo. El doctor encendió la luz y recogió la nota.

Al abrirla y recorrer los caracteres chinos que adornaban la página brilló en sus ojos una mirada de contrariedad.

Zelka cruzó la habitación y volvió a leer la nota; luego hizo con ella una pelota entre sus manos y la arrojó al cesto.

Se sentó, ajustó un cigarrillo a su boquilla y rió entre dientes. Su rostro tenía una expresión verdaderamente maligna. Tras unos minutos de reflexionar consultó su reloj.

El doctor levantó el teléfono de la mesa y marcó un número. Llamaba al domicilio de David Moultrie. Oyó sonar el timbre y sonrió de un modo extraño. Luego ante su sorpresa, contestó una voz.

El tono era el de la voz de David Moultrie; pero Zelka se dio cuenta instantáneamente de que había algo de forzado en ella. Oyó que Moultrie preguntaba quién estaba al aparato.

—Dígame-preguntó Zelka—, si hay alguien con usted ahí... Sí... aquí el doctor Zelka.

El doctor oyó una exclamación ahogada en parte por una mano aplicada sobre la embocadura del aparato. Luego escuchó una voz autoritaria.

Una expresión de alarma apareció momentáneamente en su rostro. El doctor colgó el receptor.

La policía estaba en casa de David Moultrie. Zelka había identificado la voz autoritaria como perteneciente a un detective. Zelka vio una amenaza en la presencia de la policía. Sabía demasiado bien que otros detectives podían estar camino de su casa en aquel momento.

En Manhattan las fuerzas de la Ley se movían rápidamente.

Zelka abrió un cajón de su mesa y cogió un paquete de papeles. Luego se puso el sombrero y el abrigo, y abandonó apresuradamente su departamento, sin esperar siquiera a apagar la lámpara. Pero en lugar de dirigirse al ascensor se encaminó hacia el sitio por donde bajaba la cañería del agua.

Pasaron unos minutos. La puerta se abrió y apareció una figura en la abandonada habitación. La Sombra entró en el campo de luz de la lámpara.

Observador penetrante y espectral, vio inmediatamente el cajón abierto. Su escrutadora mirada lo recorrió todo.

De pie junto a la mesa, La Sombra miró hacia el suelo y percibió la arrugada bola de papel que Zelka había tan imprudentemente abandonado en el cesto.

La Sombra comprendió. Zelka, al entrar allí, iba tranquilo y sereno y había arrojado el mensaje al cesto figurándose que nadie lo encontraría; luego, en repentino apresuramiento por el desconcertante descubrimiento, había olvidado la hoja de papel.

La enguantada mano de La Sombra recogió la bola del cesto y la alisó sobre la mesa. Su penetrante mirada recorrió la inscripción china.

Instantáneamente La Sombra supo quien había llevado aquel mensaje.

¡Chun Shi!

Se comunicaba en él el éxito conseguido en casa de Hugo Urvin y se anunciaba que el astuto asesino se trasladaba para continuar su criminal tarea al domicilio de David Moultrie.

Las palabras estaban escritas con la precisión de un informe. Una risa apagada salió de los invisibles labios de La Sombra. De pronto la enguantada mano arrugó el papel y lo ocultó bajo su capa negra.

La Sombra ganó rápidamente la puerta del departamento. Su alta figura desapareció en una revuelta del pasillo en el preciso momento en que el sargento detective Markham y otros dos hombres se presentaban en la escena.

El trío se había acercado sin producir el menor ruido; sin embargo, el fino oído de La Sombra había percibido su proximidad.

La Sombra desapareció como el doctor Zelka. Las tinieblas de

Manhattan se tragaron al doctor fugitivo y al caballero de la noche. Markham encontró la habitación vacía. La Sombra se había llevado el único rastro.

Parpadeaban las luces de Chinatown; una sombra se deslizó a lo largo de la acera en una oscura esquina no lejos del centro de aquel distrito.

Era el único indicio de la presencia del caballero de la noche.

Sus ojos atisbaban en todas las tiendas a lo largo de una estrecha callejuela.

La Sombra, firme en su creencia de que los crímenes cesarían por el momento, había llegado hasta allí para tratar de robar su secreto a Kwa, el Ídolo Viviente.

Hugo Urvin había muerto aquella noche. David Moultrie se había salvado de correr la misma suerte. El doctor Ward Zelka había desaparecido.

La Sombra, que conocía todos estos hechos por sus propias actividades, se había propuesto dar un paso decisivo: descubrir la guarida de Kwa.

La Ley estaba en movimiento. Su mecanismo, puesto en marcha por el detective José Cardona, giraba ya lentamente.

¡Pero La Sombra se había anticipado a la Ley!

CAPÍTULO XXIII

LA ESTRATEGIA DE CARDONA

LA noche siguiente sorprendió a detective José Cardona ocupado en conferenciar con el inspector Klein. El as de los detectives exponía enfáticamente su opinión respecto a la desaparición del doctor Ward Zelka.

—Moultrie nos lo ha contado todo—informó al inspector—. El y Zelka se proponían hacer un buen negocio aprovechando la eliminación de Hartnett, Goodall y Schofield. Moultrie dice que Zelka mencionó varias veces la necesidad de que ocurriese este hecho. Luego murieron dos hombres y otro desapareció. Moultrie estaba dispuesto a denunciar a la policía lo que sospechaba, pero no estaba seguro. Tenía miedo de equivocarse y caer en el desagrado de Zelka. Este es casi un chino. Conoce el idioma y pasó muchos años en el país.

—Buen trabajo—comentó Klein.

—Ahora he aquí mi opinión—siguió diciendo Cardona—. En el barrio chino ha hecho su aparición un hombre inteligente y astuto a quien obedecen centenares de secuaces; y este hombre no es otro que Ward Zelka.

—Pruebas—pidió Klein.

—Hasta esta noche no he tenido suerte. Pero uno de mis hombres ha olfateado en el Barrio Chino un poderoso mogol que cuenta con centenares de adeptos.

—¿Qué más?

—Esto es todo; ninguna pista definitiva. Pero estoy siguiendo una que es casi una corazonada. Escuche, inspector. Aquel individuo, Hugo Urvin, debió de estar muy metido en el asunto. La curiosa manera que tuvieron de envenenarle me hace sospechar que

alguien le entregó un objeto en Chinatown.

—¿Quiere usted decir que pudo tener contacto con algún criminal chino?

—Precisamente. Hasta ahora no hemos podido descubrir nada, pero se me ocurre una gran idea. En el Barrio Chino no viven muchos americanos, de donde se puede deducir que los que se encuentran por allí son los más apropiados para descubrir a los compatriotas que frecuentan aquellos lugares. ¿Estoy o no en lo cierto?

—Sí-convino Klein—. Pero se mueve usted dentro de un círculo vicioso, José. Usted mismo acaba de decir que por allí no viven muchos americanos...

—No viven muchos-interrumpió Cardona con maliciosa sonrisa—, pero los hay que se pasan allí la vida, y son los que trabajan como guías en los grandes *autocars* de Chinatown.

—¡Tiene usted razón! —exclamó Klein entusiasmado.

—Los estoy haciendo desfilan por delante del cadáver-añadió Cardona—. La prueba tiene lugar en la Morgue y allá voy yo ahora. Markham interviene en la operación y está hablando con los primeros que han llegado.

Cuando José Cardona llegó a la Morgue fue recibido por Markham.

El sargento detective parecía emocionado, e inmediatamente llevó a Cardona al departamento en que yacía el cadáver de Hugo Urvin. Un guía uniformado contemplaba la inerte figura.

—Este es el individuo-afirmó cuando se le aproximaron los policías.

—¿Quién? —preguntó Cardona.

—El que hizo conmigo tres excursiones-respondió el guía—. ¿Qué quieren ustedes saber de él?

—Nos figurábamos que tenía negocios en Chinatown-declaró Cardona—. Usted dice que hizo tres excursiones en su *autocar*. ¿Le pareció a usted sospechoso en alguna ocasión?

—¿Sospechoso? —repitió el guía riendo—. Dése usted cuenta de que quien ha visto Chinatown de la manera que nosotros lo enseñamos, puede decirse que lo ha visto para siempre. Este individuo es el primero que he conocido que repitiese la excursión y, además, solo. ¿No le parece bastante sospechoso?

—Así es-confesó Cardona—. Pero lo que yo quiero saber es lo que hacía allí.

—Pues acompañar a los demás excursionistas. Eso era todo.

—¿Pero no se detenía en algún lugar para ver a alguien? ¿No había modo de que recibiese algún mensaje, algún objeto quizá, que contuviera el enérgico veneno que le ha ocasionado la muerte?

El guía movió lentamente la cabeza. De pronto empezó a hacer aspavientos, agarró a Cardona por un brazo y expuso una repentina idea.

—¡Ya está! —exclamó—. Allí hay un falso templo budista explotado por un individuo llamado Chon Look. Por cierto que aquel prójimo hace cosas muy raras que no acabo de comprender. De vez en cuando entrega a los visitantes, como regalo, paquetitos y otros objetos. Pero nunca se sabe cuándo va a hacerlo. Los chinos son así. Quizá este individuo que ahora está ahí tendido recibiese uno de aquellos paquetes. Me parece recordar que Chon Look le entregó uno en la última visita.

—Me bastan esos detalles-dijo Cardona volviéndose a Markham—. Iremos allá y registraremos en templo. No... espere un momento. ¿Qué clase de lugar es aquél?

—No se compone más que de una habitación-explicó el guía—. Ignoro lo que habrá detrás...

—Hágame un diagrama-ordenó Cardona—. Usted conoce el distrito. Póngame las calles y todo.

El guía se acercó a una mesa y dibujó un mapa rudimentario. Cardona se dio cuenta de que la capilla de Chon Look estaba situada en una estrecha calle a mitad de un bloque de casas. El detective señaló el diagrama con un dedo.

—Quizá haya algún escondite aquí detrás-comentó—. De ser así, tendrá otra entrada. Y no en esta calle tan alumbrada, por donde patrulla regularmente la policía. Vamos a averiguarlo, Markham. No nos presentaremos con nuestros coches. Llevaremos toda una tropa de policías de paisano en el *autocar* de este muchacho y haremos que nos conduzca al templo.

“Una vez que estemos allí nos diseminaremos. ¿Comprende? Usted se encargará de vigilar todas las puertas de aquellas tres calles con los agentes uniformados del distrito. ¡Vamos ya!

Media hora después, un gran *autocar* salía de un garaje y se

dirigía a Chinatown. Más de treinta hombres se recostaban tranquilamente en los cómodos asientos.

El enorme vehículo recorrió tambaleándose la calle Cuarenta y Dos.

Después atravesó Broadway y tomó el camino acostumbrado hacia Chinatown. El guía, en su asiento delantero, empezó su acostumbrada explicación de las principales curiosidades de Manhattan.

El coche se detuvo en los alrededores del Barrio Chino. Los ocupantes se apearon y formaron un grupo que siguió al guía por una estrecha callejuela hacia las parpadeantes luces de Chinatown.

Próximo al guía marchaba el detective José Cardona con Markham a su lado. El grupo avanzó hacia la capilla budista de Chon Look.

Aquella noche se verificaría una redada espectacular planeada por un hábil policía. José Cardona había robado una idea al Ídolo Viviente.

Utilizaba el propio método de Kwa para llevar los americanos a Chinatown sin despertar sospechas. Por donde Kwa había pasado el contrabando de un solo pasajero, Cardona llevaba todo un grupo de treinta hombres dispuestos a descubrir la misteriosa guarida del terrible chino.

CAPÍTULO XXIV

LA SOMBRA SE ANTICIPA

MIENTRAS José Cardona y sus hombres se aproximaban a las iluminadas calles de Chinatown, un americano de rostro impasible penetraba en la tienda de Soy Foon.

Su viva mirada, atisbando a través de la puerta de la trastienda, no tardó en percibir la curiosa anaquelería apoyada contra la pared.

El americano se alejó de allí. Llegó a las obscuridades de una calle lateral.

Desapareció en una callejuela comprendida entre dos muros. No volvió a aparecer. En su lugar surgió el revuelo de una capa negra.

La Sombra estaba en Chinatown.

Como José Cardona, La Sombra había adivinado que tenía que existir un refugio oculto tras la capilla budista de Chon Look.

También La Sombra sabía que el refugio secreto tenía que contar con otra salida diferente de la conocida.

En su visita a la capilla, La Sombra se había dado cuenta de la extraña anaquelería apoyada contra el muro y sospechó en seguida en ella la probable entrada a un pasadizo secreto.

En la tienda de Soy Foon, una manzana más allá, La Sombra había visto otra anaquelería que era una reproducción exacta de la capilla. Aquellas eran las entradas secretas de la guarida de Kwa.

La Sombra las conocía; sin embargo no había intentado entrar por ninguna de ellas; buscaba otro modo más sutil de llegar hasta el refugio de su enemigo.

Bien sabía La Sombra que el misterioso personaje que se hacía llamar el Ídolo Viviente ni entraría ni saldría por ninguno de aquellos caminos.

Tenía que existir otro pasaje... otro que conociese Kwa

solamente.

Surgió una risa sorda de los invisibles labios de La Sombra. El defensor de la Ley llevaba mucho tiempo buscando aquel sitio, pero no en el bloque donde estaba situada la capilla y las tiendas sospechosas, sino en lugares más apartados.

Aquella noche La Sombra había conseguido su propósito, y se encontraba preparado para invadir la oculta guarida de Kwa. Pero antes tenía que convencerse de que marchaba todo bien en las salidas guardadas por Soy Foon y Chon Look.

Dos agentes avisados por La Sombra vigilaban aquellos lugares, mientras el caballero de la noche buscaba el camino conocido solamente por Kwa.

Al llegar a la calle frente a la que se levantaba la capilla budista, La Sombra se aplastó contra un muro. Un grupo de curiosos se aproximaba capitaneado por un guía.

Mientras La Sombra observaba, el individuo uniformado torció hacia la capilla. Tres personas le siguieron. Los demás continuaron adelante.

Había un pequeño restaurante entre la capilla y la esquina. Un hombre se quedó allí, los otros siguieron, apagando las pisadas, y pasaron por delante del sitio que se había refugiado La Sombra.

Dos hombres se detuvieron en la esquina. El resto dobló y desapareció.

Con increíble rapidez, La Sombra se deslizó hacia el otro extremo de la calleja, pasó ante la capilla budista y se detuvo en la esquina que lindaba con la calle iluminada.

Unos agentes de uniforme azul patrullaban por los alrededores. Los invisibles labios de La Sombra emitieron una risa de desafío.

Silenciosamente, el misterioso personaje volvió sobre sus pasos hasta encontrarse frente a la tienda de Soy Foon.

Allí, como en los demás sitios, había unos hombres estacionados. Esperaban una señal. La Sombra se perdió en las tinieblas de un callejón que no mediría más de seis pies de anchura. Abandonaba definitivamente aquel bloque de casas en busca de otro objetivo.

La Sombra comprendió que Cardona y sus detectives actuaban siguiendo determinada pista. Atacaban desde tres sitios, cubriendo las patrullas de la policía el cuarto. Sin darse cuenta contribuían a los planes de La Sombra.

¿Pero qué necesidad había ahora de la vigilancia de los agentes? Lo único que se necesitaba era actividad.

Un ataque en masa habría bloqueado los pasadizos que arrancaban de la tienda de Chon Look y Soy Foon; pero la confusión habría dado la señal de alarma a Kwa.

Cuando Cardona y sus detectives llegasen a los dominios del Ídolo Viviente, sería demasiado tarde para capturar al temible criminal.

En aquello estribaba la misión de La Sombra. El fantasma tendría que acomodar su evasión a la actuación de los detectives.

Era lo que La Sombra venía esperando tanto tiempo: verse frente a frente con Kwa, el Ídolo Viviente.

La negra forma era invisible en las tinieblas de la silenciosa callejuela.

Brilló un delgado haz de luz, proyectando un disco luminoso del tamaño de un dólar de plata. Este disco reveló una reja practicada en la parte inferior de un edificio al parecer deshabitado.

La luz se extinguió. Unas manos firmes levantaron la reja. Una ágil figura se deslizó hacia abajo por la abertura. La reja de hierro volvió a descender suavemente cerrando el camino. La Sombra se encontró en el fondo de una pequeña bodega y sus manos empezaron a manipular en los cimientos del edificio.

El resplandor de la linterna reveló una pequeña oquedad practicada en la piedra. Una mano enguantada de negro sacó una delgada palanca de acero, que introdujo en la pequeña abertura. La palanca emitió un chasquido y la piedra giró hacia atrás bajo la presión.

Arrancaba de allí una estrecha escalerilla de piedra, y la linterna iluminó momentáneamente un húmedo pasadizo que terminaba en una verja de hierro.

Pero aquel no fue obstáculo para el paso de La Sombra, su destreza consiguió apartarlo igual que el anterior.

Avanzaba la sombra precedida del haz de luz de su linterna. El caballero de las tinieblas iba caminando por el túnel abierto bajo las calles de Chinatown hacia la guarida de Kwa.

Si el Ídolo Viviente intentaba huir por aquella salida, tendría antes que hacer frente al poderoso ser que se proponía destruir sus infernales maquinaciones.

CAPÍTULO XXV

EN EL TEMPLO

SE elevó un panel en uno de los ángulos del templo de Kwa. Un chino penetró tambaleándose, y el panel descendió tras él.

Era Chon Look. El rostro generalmente plácido del budista mostraba una expresión de alarma.

Chon Look levantó apresuradamente el silencioso gong y descargó un golpe sordo. Esperó algunos segundos. Los pebeteros emitieron sus humaredas y la odiosa forma de Kwa apareció sobre el gran taburete.

—¡Gran Kwa! —dijo Chon Look en su lengua nativa—. ¡Nos han descubierto! ¡Viene hacia aquí!

—¿Quién viene hacia aquí? —preguntó el Ídolo Viviente en un tono que parecía indicar que conocía la respuesta.

—¡La policía! —exclamó Chon Look—. Entraron en la capilla. Empezaron a preguntarme. Yo me las arreglé para eludirlos y me metí por el pasadizo. Vieron que la entrada se cerraba detrás de mí. ¡Ya vienen...!

La voz del chino enmudeció al ver que se abría un panel en el otro ángulo.

Soy Foon se precipitó en la habitación. El panel descendió y el comerciante se detuvo para inclinarse solemnemente ante Kwa.

—¡Vienen hacia aquí, Gran Kwa! —anunció igualmente Soy Foon—. ¡La policía ha entrado en mi tienda! ¡No sé cómo he conseguido escapar!

Salió una risa burlona de los abultados labios del Ídolo Viviente. Sentado sobre su taburete, Kwa extendió los brazos y señaló ambos paneles secretos.

—¡Abridlos! —ordenó—. Colocaos ante cada uno de ellos para

recibir a nuestros huéspedes. Decíles que sus jefes pueden entrar a hablar con Kwa.

Chon Look y Soy Foon se miraron uno a otro asombrados. Las órdenes de Kwa tenían que ser obedecidas.

Tras una inclinación ante el Ídolo Viviente, cuya insidiosa figura estaba envuelta en la humareda de los pebeteros, cada uno de los chinos se dirigió a su respectiva puerta. Se elevaron los paneles.

El resplandor de una poderosa linterna iluminó el pasadizo que Chon Look había seguido para llegar hasta allí.

José Cardona, al frente de sus hombres, vio la figura de Chon Look. El guardián de la capilla extendía los brazos y se inclinaba para darle la bienvenida.

—Pueden ustedes entrar-anunció en inglés—. Mi señor hablará con ustedes. Pero que no entren muchos... Kwa hablará con los jefes solamente.

El inesperado recibimiento hizo detenerse a Cardona. El detective hizo una seña a Markham y a otros dos policías.

—Venga conmigo, Markham-ordenó—. Y vosotros, muchachos, cuidad de que este panel quede abierto. Los demás que esperen un poco más atrás por si ocurriese algo.

Atisbando por la abertura, Cardona vio la extraña figura de Kwa. Chon Look se hizo a un lado para permitir que entrasen Cardona y Markham.

Ambos detectives contemplaron con asombro el odioso rostro que tenía delante.

Nunca se habían figurado que existiese tan monstruoso ser, aun en aquella misteriosa guarida de las profundidades de Chinatown.

—Se aproximan otros y sería conveniente que no nos molestasen-dijo Kwa en inglés, con cierto tono chillón—. Vienen por el otro pasadizo...

El Ídolo Viviente indicó la puerta donde se había estacionado Soy Foon. Se oían voces en el subterráneo, prueba de que los detectives avanzaban por él desde la tienda.

Cardona hizo una seña a Markham para que vigilase al extraño personaje sentado sobre el taburete y se aproximó al sitio donde estaba Soy Foon.

El detective gritó unas palabras hacia el pasadizo y recibió una respuesta que indicaba que le habían reconocido.

—Venid dos para mantener abierto este panel-ordenó José—. Los demás quedaos un poco más atrás por si se os necesita.

Aparecieron dos detectives. José Cardona se reunió con Markham.

Cardona y su compañero se enfrentaron con el Ídolo Viviente. La situación estaba francamente a favor de los policías. Estos iban armados de revólveres.

Sus hombres, igualmente pertrechados, estaban prontos a entrar en acción.

Había circulado la orden, y la brigada entera de policías se distribuyó por los dos pasadizos. No quedaba escape alguno para Kwa, el Ídolo Viviente.

Cardona estaba dispuesto a terminar el fantástico drama tan rápidamente como había empezado.

—¿Quién es usted? —preguntó el policía—. ¿A qué está destinado este lugar? ¿Qué ha hecho usted de Barton Schofield?

—Yo soy Kwa, el Ídolo Viviente-contestó el chino con su voz chillona—. Yo nada tengo que ver con vuestro mundo. Soy el de la lejiana China.

—También era chino Koy Shan-replicó Cardona—; y chino era también Chinatown. Póngase usted los motes que quiera... conozco su verdadera identidad. Usted no es chino. Levante los brazos-el detective amenazó con su revólver—, antes que le meta una bala en el corazón... ¡doctor Ward Zelka!

Mientras Cardona pronunciaba este nombre los labios de Kwa dejaron escapar un rugido y una expresión de rabia infinita apareció en su monstruoso rostro. De pronto levantó las manos obedeciendo la orden de Cardona y masculló su respuesta:

—Has venido a mi templo y has descubierto mi identidad-dijo con sombrío acento—. Quieres capturarme. Quieres rescatar a Barton Schofield. Es mi prisionero, tendrás que apoderarte de Kwa, el Ídolo Viviente. ¡Y eso jamás lo conseguirás!

La repugnante figura se echó hacia atrás riendo desafiadoramente.

El desplazamiento del peso de su cuerpo produjo un resultado instantáneo: surgieron de los pebeteros densas columnas de humo. José Cardona, recobrándose rápidamente de su sorpresa, disparó repetidas veces.

El humo se disipó. La repulsiva figura de Kwa había desaparecido. Los hombres de Cardona penetraron en tropel por los pasadizos para apoyar a su burlado jefe.

Chon Look y Soy Foon quedaban presos; ¿pero qué había sido de Kwa?

El Ídolo Viviente se había desvanecido, pero no tardó en llegar hasta los que habían ido a capturarlo una nueva prueba de su poder y de su maldad.

Llenó el templo un olor acre; los detectives empezaron a vacilar. José Cardona vio que Markham se tambaleaba y él mismo sintió los efectos de un poderoso gas. La habitación dio vueltas ante sus ojos.

El as de los detectives se esforzó vanamente por sostenerse en el taburete que tenía ante sí. Los revólveres iban cayendo al suelo. Entraba en la estancia la muerte, una muerte en forma de un vapor purpúreo que se elevaba de los pebeteros. Tendido en el suelo, José Cardona sintió la inconfundible sensación que precede a la pérdida del conocimiento.

Kwa había desaparecido.

Desde algún lugar secreto de su templo estaba desencadenando un contraataque para exterminar al nutrido grupo de policías que habían ido a prenderle.

¡Muerte! ¡Tal era la suerte reservada por Kwa a Cardona y sus hombres!

CAPÍTULO XXVI

LA HABITACIÓN SUBTERRÁNEA

EN una cámara cuadrada, de sólidas paredes, colocada directamente bajo su templo, Kwa, el Ídolo Viviente, tenía la mirada fija en el techo.

A su lado se veían los dispositivos mecánicos con que había realizado hasta allí sus desconcertantes hechos.

El esqueleto de un émbolo terminado en un asiento plano apuntaba directamente hacia la bóveda. Aquel era el potente resorte que permitía a Kwa aparecer y desaparecer con tan súbita rapidez.

El émbolo terminaba en el sólido asiento del taburete que servía de trono a Kwa en su templo.

Un tanque estaba conectado por medio de un tubo a unos surtidores que penetraban con humo de incienso a los pebeteros.

Un segundo tanque se levantaba junto al primero; Kwa había desconectado el recipiente automático que producía el humo y, en su lugar, había puesto en comunicación el que estaba inundando la capilla de arriba de gases asfixiantes.

La larga mano de Kwa terminada en uñas como garras, descansaba en una palanca que gobernaba el suministro del mortífero gas. Una nube purpúrea salía silbando de los pebeteros para aniquilar a los enemigos de Kwa.

La penetrante mirada del chino se posó en la pared derecha del subterráneo; sus facciones expresaron el mayor asombro.

Aquel muro era el principio del camino que el monstruo tenía reservado para su fuga. Y el muro se iba abriendo lentamente por el centro.

Kwa estaba sin armas. Su malvada imaginación presintió una amenaza inesperada. Alguien intentaba penetrar por allí... ¡algún

desconocido enemigo que había descubierto el pasadizo secreto de Kwa!

El Ídolo Viviente lanzó un rugido, saltó al lado opuesto de la habitación y empuñó una palanca allí insertada. Mientras el muro de la derecha se abría a la presión ejercida desde fuera, el de la izquierda iba separándose igualmente, accionado por Kwa.

En el momento en que Kwa se disponía a escapar por aquella abertura, una figura toda vestida de negro apareció en la de la pared opuesta. La Sombra había vencido el último obstáculo.

¡Estaba en el corazón de los dominios de Kwa, bajo su mismo templo!

Tronó una automática. El disparo se produjo un momento demasiado tarde.

Kwa, con notable rapidez, acababa de cerrar la barrera, escapando así a la amenaza de La Sombra.

Una risa burlona salió de los labios del caballero de las tinieblas.

A la débil luz de la estancia, La Sombra descubrió al tanque del gas y accionó la palanca. Un instante después cesaba el paso del mortífero fluido por el tubo de comunicación.

¡Cardona y sus hombres estaban salvados!

La Sombra examinó la abertura que Kwa había cerrado. Si aquel camino conducía a otra salida secreta, la huída de Kwa era inevitable. La Sombra dedicó sus esfuerzos a separar las dos partes del muro.

Sus primeros intentos fracasaron. Entonces la negra figura sacó de debajo de su capa dos pomos. Uno contenía un polvo grisáceo; el otro una sustancia negra que se parecía al grafito.

Unidos aquellos materiales al pie del muro. La Sombra sacó un frasquito y vertió un líquido sobre los polvos. Luego ganó de un salto la entrada por donde había venido. Llegado al pasadizo cerró la barrera tras él.

Reinó un largo silencio en la habitación subterránea; y de pronto se oyó una espantosa detonación. La acción química del líquido y los polvos había derrumbado la barrera por donde había huido Kwa.

La cueva se llenó de humo. Durante aquel intervalo, La Sombra esperó.

Se oyó movimiento allá arriba. Cardona y sus hombres volvían a

la vida y se dedicaban a despedazar el pesado taburete. Habían descubierto el émbolo aplicado en su centro.

Los ojos de La Sombra atisbaban por la rendija que acabó de cerrarse cuando el primer detective se dejó caer en la habitación por la abertura del techo. Otro hombre le siguió. Ambos llamaron a los que quedaban arriba.

Se descolgó Cardona; después Markham.

Los policías examinaron el destrozado muro por donde había huido Kwa y creyeron que era la única salida de la habitación en que se encontraban. Tras llamar a los que quedaban arriba, Cardona penetró en el estrecho pasadizo.

Un túnel de piedra de unos veinticinco pies terminaba en una especie de calabozo. Cardona lanzó un grito de triunfo al llegar a él y reconocer a un individuo tendido en un rincón en un estrecho catre. Pero su asombro se cambió en temor al aproximarse a la inmóvil figura.

Aquel individuo no era Kwa. Era el hombre a quien el detective había ido a rescatar: ¡Barton Schofield!

Durante unos momentos Cardona temió que el anciano banquero estuviese muerto. Pero al levantarle la blanca cabeza y mirarle el pálido rostro, Schofield abrió los ojos y miró con asombro al detective.

—¿Dónde está? —interrogó Cardona—. ¿Dónde está Zelka... Kwa... el que buscamos? ¿Qué camino tomó?

Schofield estaba demasiado débil para contestar. Uno de los detectives lanzó un grito al descubrir la boca de un pasadizo en el oscuro rincón de aquella celda de piedra.

Tras dejar Schofield recostado en el catre, Cardona se lanzó por aquel sitio y disparó el haz de luz de su linterna hacia un corto corredor que terminaba en una brusca revuelta.

El as de los detectives ordenó a los otros que le siguiesen y se lanzó por el único camino que parecía practicable. Markham y los demás policías le siguieron revólver en mano. Barton Schofield quedó solo.

El anciano trató de incorporarse. Sus débiles esfuerzos para reunirse con sus salvadores tuvieron un éxito inesperado y logró ponerse en pie. Vio la negra abertura y se dirigió tambaleándose en aquella dirección.

Dio un traspié, logró sostenerse y colocó una mano sobre el pomo de una puerta situada junto al pasadizo por donde habían salido los policías.

Un ruido hizo volverse al anciano. Al mirar hacia la entrada de la celda vio una figura amenazadora, toda vestida de negro, cuya enguantada mano empuñaba firmemente una automática.

Los ojos de La Sombra parecían echar fuego; una risa siniestra y burlona animaba sus labios.

CAPÍTULO XXVII

EL FINAL DEL ÍDOLO VIVIENTE

¡KWA!

El insidioso nombre salió de los labios de La Sombra. La palabra fue más que un nombre; fue una acusación. Barton Schofield se apoyó contra la pared.

—¡Se terminaron tus crímenes! —sentenció La Sombra—. ¡Tú eres Barton Schofield, el mayor enemigo de la humanidad! Eres el que ha representado el papel de Kwa, el Ídolo Viviente.

Schofield temblaba de un modo lastimoso y trató de negar la acusación con sus gestos, pero la despiadada risa de La Sombra resonó en la estancia.

—Tienes una doble personalidad a cuál más diabólica-siguió diciendo el implacable caballero—. Estuvo todo bien discurrido: por el día fingías ser un anciano inválido, para poder representar tu insidioso papel durante la noche.

“Tu estratagema era muy hábil. Modelo de integridad, llevaba una vida austera rodeado de personas honradas para ocultar mejor la vida de crímenes que prefería tu maldad. Cuando viste que la Compañía Huxley, por su situación especial, ofrecía la fácil ganancia de unos millones, te ofreciste a desarrollar tu astuto juego.

“Westley Hartnett... Blaine Goodall-prosiguió La Sombra, pronunciando solemnemente los nombres de los que habían muerto por orden de Kwa—, fueron tus primeras víctimas. Koy Shan y Chun Shi eran los encargados de ejecutar tus crímenes, pero yo te privé de tus servicios.

“Había dos hombres a quienes también proyectabas exterminar. Lo lograste con uno... Hugo Urvin... porque merecía morir. Pero David Moultrie no murió. Yo le salvé la vida, ¡yo soy La Sombra!

El rostro de Barton Schofield iba sufriendo un cambio peculiar. Sus facciones experimentaban una extraña distorsión, que el malvado parecía forzar.

Sus labios se hincharon; su mandíbula inferior avanzó como dislocada; los ojos se abultaron dentro de las órbitas con brillo infernal.

Barton Schofield, en su doble personalidad descubierta por La Sombra, adoptaba el odioso continente de Kwa, el Ídolo Viviente.

—Tenías una buena pantalla—añadió La Sombra en tono aún más burlón—. El doctor Ward Zelka. Un pillo, quizá, pero no un criminal. Zelka era un viajero. Conocía las costumbres de los chinos. Le gustaba recorrer las calles de Chinatown. Era el hombre más apropiado para servir de “cabeza de turco”... el hombre a quien la Ley aceptaría fácilmente como el Ídolo Viviente. Por eso dejaste a Zelka vivir, porque sabías que cuando llegase la ocasión bastaría para acobardarle una simple amenaza de Kwa.

“Tu propio secuestro fue el acto que colocó a Moultrie y Zelka en situación más crítica. Matando a Moultrie, quedaba solamente Zelka. Y éste, temeroso de Kwa y de la policía, no tendría más remedio que huir para evitar ser asesinado o declarado asesino.

Barton Schofield, cuyo rostro era ahora una máscara grotesca y lívida, dejó escapar un gruñido amenazador.

Su cuerpo se encogió como presto a saltar sobre la puerta que guardaba La Sombra. Pero la amenaza de la automática fue suficiente para contenerle.

Una mano de arrugado papel apareció en la mano izquierda de La Sombra, quien con hábil movimiento la desplegó ante los asombrados ojos de Kwa.

—Esto fue dejado en casa de Zelka—infirmó La Sombra—. El doctor leyó sus caracteres chinos. Al principio quizá le hicieron reír, aunque el mensaje afirmaba que Chun Shi venía de ver morir a un hombre y se dirigía a asesinar a David Moultrie.

“Entonces Zelka decidió averiguar si Moultrie había muerto. Se enteró así de que el plan había fracasado y de que la policía se ocupaba del asunto. El doctor tenía un solo camino que seguir: huir como le ordenaba la nota de Kwa.

La risa de La Sombra se hizo sibilante.

—Tú sabías—continuó diciendo—, que Moultrie vivía aún.

Esperabas otra oportunidad. La policía se presentó aquí esta noche, pero conseguiste burlarla y ella sigue creyendo que Kwa es Ward Zelka.

“La astucia que ahora tratas de poner en juego consiste en dejar que te rescaten como Barton Schofield. Acabas de darte cuenta de que puedes hacer caer en una trampa a los que te han descubierto y tener una nueva probabilidad de escapar. ¡Pero no contabas con La Sombra!

“Yo hace mucho tiempo que conozco la verdad. Aquella figura agazapada tras los setos de tu mansión me dio el primer indicio. Planeabas un verdadero secuestro; te proponías que Koy Shan te llevase a Soy Foon para que éste te encerrase inerte en el templo de Kwa, donde pasarías a la vez por el prisionero del Dios y por el Ídolo Viviente.

Barton Schofield tenía un aspecto terrible. Su fiero rostro, sus manos crispadas, su nervioso cuerpo que se agitaba de un lado a otro en rabia incontenible, eran pruebas de la índole malvada que con tanta habilidad había logrado ocultar al mundo...

La Sombra se echó a reír.

—Si deseas seguir desempeñando el papel de Kwa-dijo burlón—, ponte los adminículos que acabas de quitarte. Los necesitas ahora. Aquellos largos dientes, aquellas falsas uñas, aquella grotesca túnica del Ídolo Viviente. Sí, ¡Póntelo todo para contemplar la repulsión de tu diabólica personalidad!

Barton Schofield lanzó un rugido y se lanzó sobre La Sombra. Tras largos saltos le llevaron casi al cañón de la amenazadora automática.

Pero se detuvo de pronto, contenido por la firmeza de la mano que sostenía el arma y por la ardiente mirada de los ojos de su enemigo.

Schofield retrocedió así hasta la abertura del otro ángulo de la habitación.

Tenía el rostro lívido aún, pero se escapó un grito de triunfo de sus abultados labios. ¡La Sombra había retrocedido también!

¡El misterioso personaje se había fundido con las tinieblas del pasadizo!

Schofield estuvo a punto de lanzarse hacia allí, pero titubeó y se volvió al fin. Vio la causa de la repentina retirada de La Sombra.

Los detectives que capitaneaba Cardona volvían del túnel tras una inútil investigación. El túnel no tenía salida.

Cardona lanzó un grito de asombro al ver el rostro de Kwa, que le miraba desde el centro de la habitación.

Cardona levantó su revólver. Barton Schofield, todavía no reconocido por el detective, dio un salto y se agarró al policía.

Este inesperado ataque hizo tambalearse a Cardona, pero Markham lo sostuvo por detrás, mientras Cardona hacía fuego.

Unas poderosas garras se clavaron en su garganta, pero no tardaron en aflojar su presión y el monstruo rodó por el suelo.

—¡Schofield! ¿Dónde está?

Cardona contempló el camastro mientras pronunciaba estas palabras; luego su mirada se paseó por la habitación y, lentamente, se posó sobre la figura que yacía inmóvil a sus pies.

En el rostro de Kwa percibió enseguida el extraño parecido.

—¡Es Schofield! —exclamó asombrado—. El viejo banquero era el criminal. ¡Es increíble!

Los demás policías corroboraron el descubrimiento. Muerto, el rostro del chino iba transformándose lentamente en el de Barton Schofield.

Las facciones de Kwa perdían su dureza al relajarse los músculos faciales.

—¡Llévadle arriba! —ordenó José Cardona—. ¡Registradlo todo y reunid cuantas pruebas sea posible. La túnica, los pebeteros... todo!

Cardona quedó solo en la abovedada estancia. Sabía ahora que el doctor Ward Zelka era inocente; que se había visto obligado a huir a causa de las amenazas y actividades de Barton Schofield.

El detective avanzó por el pasadizo que conducía a la habitación donde estaban montados los dispositivos de gobierno.

Los otros policías mandados por Markham habían subido el cadáver de Schofield por la trampa que comunicaba con el templo y se habían llevado también los tanques para añadirlos al taburete y al batintín silencioso, que debía tal propiedad a una capa de goma transparente colocada sobre la superficie del latón. Objetos de su criminal profesión.

¡Trofeos del peligroso criminal! Pero Cardona no pensaba en aquellos detalles por el momento. El detective contemplaba una

nueva abertura que se había abierto misteriosamente al otro lado de la habitación subterránea.

Aquella debía ser la salida secreta que Kwa utilizaba en vida.

¿Quién había estado allí para impedirle escapar por ella?

Cardona tuvo la respuesta al aproximarse a la abertura para examinar el pasadizo.

Por el túnel de piedra que arrancaba de aquel sitio llegaba el trino siniestro de una risa lejana. Cardona sabía quien lanzaba aquella risa.

Sabía lo que significaban los sibilantes ecos que persistían a lo largo del túnel, como gritos de agonía de seres invisibles.

La Sombra, señor de las tinieblas, era quien reía. El eco misterioso de su voz era como un reto de muerte. Eran las notas simbólicas de la justicia triunfante.

La Sombra había aniquilado a la banda de criminales mas osados que habitara jamás en el Barrio Chino de Nueva York.

¡El poder de La Sombra había terminado con los crímenes de Kwa, el ídolo Viviente!

FIN

Título original: *The Living Joss*